

**¿Conmemorar  
los 200 años?**

**Aculco 1810**

**El ángel de la  
Independencia**

**Memorial de  
un conspirador**

# Bicen tena rio



1810  
1910  
2010

EL AYER Y HOY DE MÉXICO



**Volumen 3 número 9 2010**

**“El pasado y el presente son nuestros”**

# En este número...



**Comer en  
la capital  
novohispana  
hacia  
1800 6**

**La Apoteosis  
44**

**Orizaba  
en el  
Centenario  
52**



**Modas y  
censura 14**



**¿Manos  
arriba!  
20**

**¿Conmemorar los  
200 años? 60**

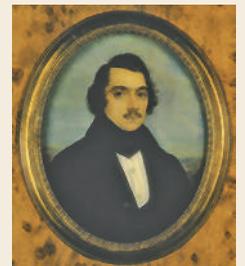


**Crónicas  
de Aculco 68**

**Cañones  
para la  
libertad 26**



**Alamán  
en 1810:  
cuento  
histórico 76**



**El ángel 82**

**Los presos  
y el  
Centenario  
30**

**Arcos  
triumfales  
36**



**Memorial de un  
conspirador 90**





# Editorial

Presentamos un número especial dedicado a la conmemoración de la Independencia. No se trata de celebrar sin más los acontecimientos y los héroes, sino de recordar lo sucedido de manera crítica, de conocer de qué manera los grandes episodios de la historia alteraron la vida de todos los mexicanos. Queremos acercarnos a la historia de un país dividido entre realistas e insurgentes, nacientes ciudadanos criollos y mestizos y grupos indígenas segregados, entre unos cuantos acaudalados y una ingente cantidad de pobres, una desigualdad tan grande que sorprendió a Alejandro de Humboldt cuando visitó la Nueva España en 1803.

Abordamos aquí la historia de la vida cotidiana, la guerra, las celebraciones, los símbolos construidos para recrear a la patria, los testimonios de la gente común sobre la gesta insurgente. Se trata de una exploración sobre temas novedosos, alejados de los estereotipos de la historia. Dos artículos se refieren a la transición entre el régimen colonial y el independiente. Uno aborda el tema de la censura a la indumentaria y el peinado a la francesa y otro nos habla de lo que comían los diferentes grupos sociales en las postrimerías del virreinato, de cómo la guerra insurgente trastocó los hábitos alimenticios de los capitalinos.

Otros dos artículos más nos hablan de procesos derivados de la guerra de Independencia: la construcción de armas y el auge del bandolerismo. En el primero se da cuenta de las dificultades encaradas por los caudillos insurgentes para hacerse de cañones, municiones y explosivos y de cómo se las ingeniaron para erigir maestranzas, conquistando técnicas celosamente guardadas por las autoridades españolas. El segundo analiza cómo, a la par que se libraban las batallas por la Independencia, aumentó el bandolerismo.

Tenemos cinco textos sobre la forma en que se celebró la Independencia en 1910. En uno, la autora nos habla de los arcos triunfales, esas construcciones efímeras, hoy en desuso, que se instalaban en ocasión de las ceremonias y recepciones a nuevos gobernantes. Dos escritos se centran en las fiestas porfirianas de 1910. Uno describe la festividad de la apoteosis, en la que se construyó un catafalco para depositar las cenizas de los héroes de la Independencia en Palacio Nacional. Otro nos refiere a las fiestas del Centenario en Orizaba (asiento de las industrias textil y cervecera mexicanas más desarrolladas de la época). Un cuarto artículo nos cuenta cómo una festividad tan impulsada por Porfirio Díaz fue utilizada por los presos comunes y el grupo rebelde magonista para pedir al anciano dictador la condonación de las penas carcelarias. Cierra este conjunto el análisis de un emblemático monumento, la Columna de la Independencia, “el Ángel”, que en realidad es una victoria alada, la diosa que personifica el triunfo en la mitología romana. Como remate, no podían faltar imágenes sobre los cientos de recuerdos que se produjeron a propósito de las galas organizadas por Díaz.

En la sección *Desde hoy* se reflexiona sobre las conmemoraciones del Bicentenario y se nos invita a repensar en el significado de nuestra Independencia. Por su parte, *Desde ayer* nos presenta dos visiones contrastantes sobre la batalla de Aculco, una de un insurgente, antiguo empleado de Ignacio Allende, y otra de un notable médico capitalino, favorable a la causa realista.

El cuento imagina los recuerdos de un polémico hombre público del siglo XIX, en tanto que cierra este número el testimonio de Epigmenio González, un casi desconocido participante de la conjura de Querétaro en 1810.

Ponemos a su consideración esta edición de *BiCentenario*, una mirada plural que reúne distintas formas de recordar los acontecimientos, alejadas de la historia de bronce, de esa historia oficial que construye biografías de los “grandes hombres” a la medida de sus proyectos políticos.

MARÍA DEL CARMEN COLLADO  
INSTITUTO MORA

# CORREO DEL LECTOR



## CARTAS

Crecí en Tapachula, en el seno de una familia mestiza que me enseñó a sentir orgullo de mis orígenes mexicanos y, sobre todo, de los chinos. Mi bisabuelo

llegó hace más de cien años a Chiapas, donde se casó y tuvo hijos. Y no fue sino hasta hace poco que supe que por mi padre biológico también descendía de japoneses. Por eso, el texto de Sekiguchi me despertó muchas preguntas sobre los japoneses que llegaron a México más o menos cuando el bisabuelo chino llegó. Supe además que un tío abuelo se hizo rico durante la segunda guerra mundial, pues era empleado de un comerciante japonés, quien le dejó al frente de su negocio al tener que huir y que no volvió jamás.

Guadalupe Álvarez Cruz, Chiapas

Querida Lupita:

Apreciamos tu relato. Nos ayudas a saber quiénes somos los mexicanos.



El bicentenario debería celebrarse en el 2021. La independencia de México no se logró sino hasta septiembre de 1821, antes de eso el territorio seguía siendo Nueva España.

Alberto Andrés, Facebook

Estimado Alberto Andrés:

Gracias por su comentario. Nosotros celebramos el 2010 en el entendido de que, en efecto, el fin del movimiento de Independencia fue 1821, pero que éste se inició, en tanto que proceso de lucha contra el “mal gobierno”, en 1810.

Leer Desde mi sótano de Manuel Olimón me transmitió la reacción de quien siente que leyes impuestas por el gobierno en turno amenazan sus convicciones más íntimas y está dispuesto a dar la vida para defender su legítima libertad. Me parece que el autor deja en claro que, por debajo del gran “edificio histórico” que forman las decisiones políticas, las frías cifras estadísticas o los escuetos resultados bélicos, se ocultan entrañables experiencias humanas individuales, las que más nos conmueven, que sustentan el devenir y un historiador



sensible nos supo comunicar desde el “sótano de la historia”.

Ilse Escobar de Salas, San Pedro de los Pinos

## CONSULTAS

Ahora que nos disponemos para la gran fiesta de este 16 de septiembre, me pregunto cuándo se celebró por primera vez. ¿Me podrían ayudar? Fiestaera

Por supuesto. Fue en

1812, cuando Ignacio López Rayón, presidente de la Suprema Junta Gubernativa declara, en el pueblo de Huichapan (hoy Hidalgo), que el 16 de septiembre de 1810 debía ser un día “indeleble en la memoria de todo buen ciudadano”, pues entonces se dio en Dolores “un grito repentino de libertad...”

## ¿SABÍAS QUÉ?

La Fundación Mexicana Pro Niños de la Calle, recibió el Premio Reina Sofía contra las Drogas. La reina lo entregó a su representante en el Palacio de la Zarzuela, Madrid, a fines del 2009. Esta institución de asistencia privada se dedica a convencer a estos niños —unos 3,500 en la ciudad de México—, a que dejen los terrenos baldíos, casas abandonadas, puentes, estaciones, basureros y alcantarillas donde habitan entre privaciones y



FUNDACIÓN PRO NIÑOS DE LA CALLE, I. A.

peligros y en las que sobreviven como pueden, consumiendo drogas, en una degradación física y moral de la que es muy difícil salir. El método que se ha aplicado, con muy buen éxito,

tiene dos partes fundamentales: el respeto a las decisiones de “los chavos” y el estudio de las familias que abandonaron, considerando ante todo la posibilidad de que se reintegren a ellas.

## POR AMOR A LA HISTORIA

Luis Valdez, hoy considerado el padre del teatro chicano, se inspira en tres fuentes del pasado para su obra teatral y cinematográfica: la historia de California —dónde nació en 1940—, la tradición y la espiritualidad mexicanas así como la mitología y los rituales mayas y aztecas. Hijo de una familia de inmigrantes, Valdez trabajó la tierra desde los seis años. Sin embargo, se las arregló para estudiar



y terminó una carrera universitaria y después se dedicó al teatro, que ha sido y es su gran pasión. Se le conoce por el éxito tenido con Zoot Suit (obra teatral y película) y por haber organizado el Teatro Campesino, en el que los mismos trabajadores agrícolas llevaron a escena su vida y sus problemas.

Esto tuvo un gran peso en el movimiento chicano.

## RELOJ DE ARENA

HACIA EL 16 DE SEPTIEMBRE DEL 2010

1960 – El presidente Adolfo López Mateos enciende la antorcha de la libertad y la entrega a los jóvenes que la llevarán a lo largo de la ruta del cura Hidalgo, desde Dolores –donde se encuentran— hasta el paredón donde el Padre de la Patria fue fusilado. El 15, a las once de la noche, en

compañía de sus cuatro antecesores en el Poder Ejecutivo, ondeó

la bandera de México, tañó la campana y, en medio del júbilo popular, proclamó: ¡Mexicanos... viva Hidalgo, padre de la patria!; ¡vivan los insurgentes, héroes de nuestra libertad!; ¡viva Dolores Hidalgo, cuna de la Independencia! ¡Viva México, viva México, viva México!

1910 – En Los Ángeles, Ricardo Flores Magón se dirige a sus camaradas del Partido Liberal Mexicano: Veo con los ojos de mi imaginación la simpática figura de Miguel Hidalgo. Veo sus cabellos, blanqueados por los años y por el estudio, flotar al aire [...]. Lo veo, en la tranquilidad de su aposento, ponerse repentinamente en pie y llevar

la mano nerviosa a la frente.

Todos duermen, menos él.

[...]; pero Hidalgo vela [...].

Veo a Hidalgo lanzarse a la cabeza de media docena de hombres para someter un despotismo sostenido por muchos miles de hombres.

[...] Ese fue el principio de la formidable rebelión cuyo centenario celebramos esta noche; este fue el comienzo



de la insurrección que, si algo puede enseñarnos, es a no desconfiar de la fuerza del pueblo, porque precisamente fueron sus autores los que generalmente son los más débiles.

1860 – Miguel Miramón, presidente por el partido conservador, en plena guerra contra el gobierno liberal de Benito Juárez, inicia el festejo en la capital con una solemne función religiosa en Catedral y luego, en Palacio Nacional, expresa ante los presentes su esperanza de que pronto reine la paz.

1810 – Enterado de que la conspiración se ha descubierto, el cura Hidalgo, párroco del pueblo de Dolores, hace que se echara a los presos a la calle; y todos se armaron con leños y piedras y dieron prisión a los europeos en sus casas, como a eso de las seis de la mañana y concluida esta operación a cosa de las ocho [...], ya se habrían juntado mas de seiscientos hombres de a pie y a caballo por ser domingo y haber ocurrido a misa de los ranchos inmediatos y el cura que los exhortaba a que se uniesen con el y le ayudasen a defender el reino por que querían entregarlo a los franceses; que ya se había acabado la opresión, que ya no había mas tributos; que los que se alistasen con caballos y armas les pagaría a peso el día y los de a pie cuatro reales [...] Juan Aldama, 20 de mayo de 1811.

## DEL COSTURERO DE LA ABUELA

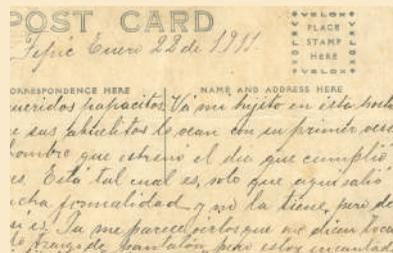
Tepic, enero 22 de 1911

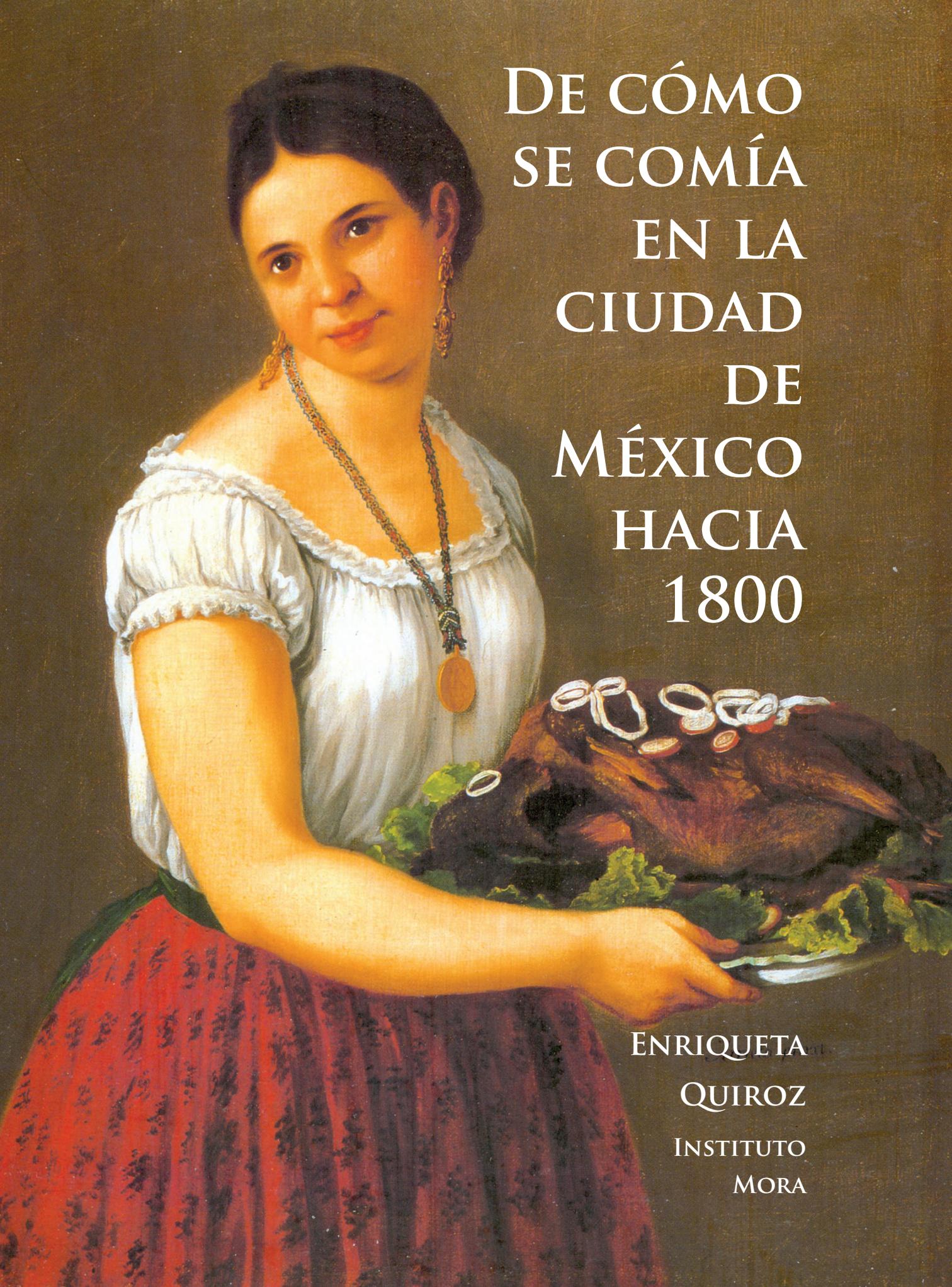
Muy queridos papacitos:

Va mi hijito en esta postal para que sus abuelitos lo vean con su primer vestido de hombre que estrenó el día que cumplió 15 meses. Está tal cual es, sólo que aquél salió con mucha formalidad y no la tiene, pero de gordo así es. Ya me parece oírlos que me



dicen loca porque lo traigo de pantalón, pero estoy encantada con mi hijito. Su hija que los quiere. Domitila.



A painting of a woman in 18th-century attire. She has dark hair pulled back, wears a white off-the-shoulder blouse with ruffled edges and a red skirt with a dark floral pattern. She is holding a large, roasted bird, possibly a turkey or duck, on a silver platter. The bird is garnished with sliced onions and tomatoes. The background is a dark, textured brown.

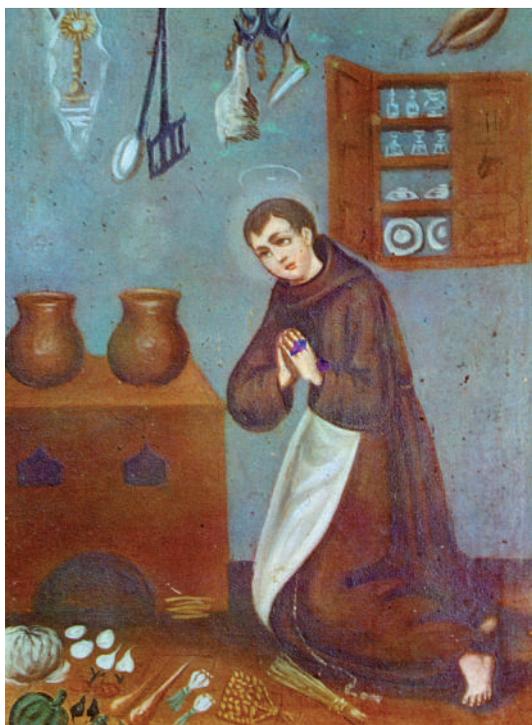
DE CÓMO  
SE COMÍA  
EN LA  
CIUDAD  
DE  
MÉXICO  
HACIA  
1800

ENRIQUETA  
QUIROZ  
INSTITUTO  
MORA

**R**esulta difícil de creer, a la fecha, que durante la Colonia, la dieta de todos los capitalinos estuviera centrada en las carnes de matadero —como el carnero, la res y el cerdo—, el maíz, el trigo y el pulque, bebida diaria y popular por excelencia. Y también que había muchas diferencias sociales en la forma de comer y preparar las comidas, en cuantía, variedad y combinación de platillos. Sin embargo, luego de los años de la insurgencia, se advirtió una baja en la cantidad de alimentos consumidos por la mayoría de la gente, pero sobre todo en las raciones habituales de los jornaleros y, en particular, en las de carne.

Se sabe que el consumo de alimentos entre los estratos altos era muy exclusivo y una forma de exhibir abundancia, lujo y riqueza. Los españoles al servicio del rey gozaban del privilegio de saborear varios tipos de carne en una sola comida así como de probar un sinfín de panes o bizcochos cada día. Y todo de gran calidad, bien sazonado con especias y condimentos, acompañado por hortalizas y frutas y degustado con las bebidas preferidas.

Llama poderosamente la atención la gran diversidad de carnes que se consumían. Era bastante normal, por ejemplo, que en las comidas ofrecidas por las autoridades del Cabildo se sirvieran tres carneros, dos pechos de vacas, tuétanos de vaca,



lomo de puerco, jamón, dos gallinas, lenguas y pies de puerco, 32 pollos, cuatro docenas de pichones y diez pavos, además de una arroba de pescado fresco.

Desde luego, la variedad se incrementaba mucho más si se trataba de banquetes para recibir a los virreyes o conmemorati-

vos, como indican muchos documentos existentes en el Archivo General de la Nación. En ellos se hallan los cálculos para los gastos de mesas de hasta 60 cubiertos; era tal la abundancia de carnes rojas que se llegaban a preparar tres terneras, una vaca, cuatro cochinitos de leche y hasta 16 carneros. Sobraban las carnes blancas —pavos, gallinas, pollos— y los animales de caza —codornices, perdices, conejos, liebres—, además de cabritos, piezas frías —pies y cabezas de puerco, jamón, salchichas y tocino— y, como si algo faltara, había pescado blanco, bagre, truchas y bacalao de España.

Las especias más usadas en la mesa virreinal eran la canela, el clavo, la nuez moscada, la pimienta, el “chile y especias ordinarias”, junto con el ajo, el perejil y la hierbabuena. Otros ingredientes para cocinar y aderezar eran el vinagre y el aceite de Castilla, los encurtidos de España, las mantequillas, la manteca, los quesos, el requesón, las pasas, las aceitunas sevillanas, las alcaparras y azúcar blanca. Había macarrones y fideos, arroz y cantidades muy pequeñas de garbanzos y frijoles. Se disponían asimismo manojos de espárragos, docenas de alcachofas y una pluralidad de hortalizas: coles, repollos, nabos, cebollas, espinacas, zanahorias, betabeles, apio, puerros, berenjenas, coliflor, calabazas, pepinos, cardos y otras verduras. En los banquetes virreinales, los postres apa-

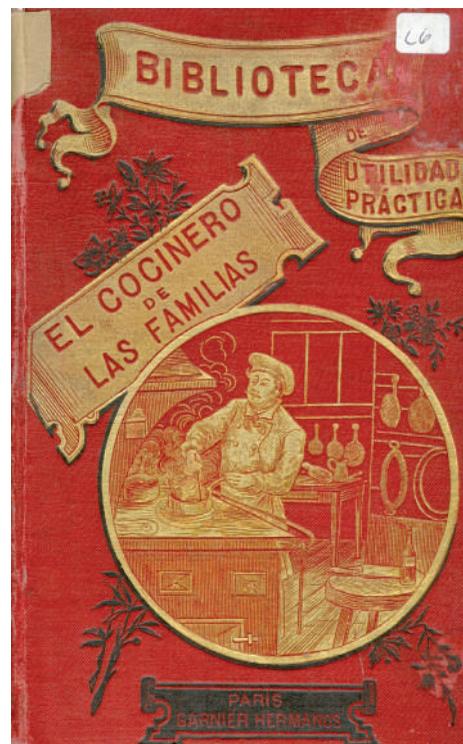


ILUSTRACIÓN DE UNA MUJER CON SU COMIDA EN LA MANO



recían al llegar la noche, junto con la repostería, elaborada sobre la base de azúcar blanca, almendras, avellanas, compotas, obleas, frutas, helados, dulces y barquillos.

También en los libros de gastos del Cabildo pueden verse las cuentas por los almuerzos y comidas de los grupos dirigentes de la ciudad, en los que carnes y harinas son las materias principales. En las listas de compra figuran, por ejemplo, “harina para masas”, “pan blanco”, “pan español”, “pan francés para sopa y mesa”, “bizcochos para el chocolate” y pasteles. Podríamos asegurar que este grupo social paladeaba cotidianamente la repostería descrita en muchas recetas del *Recetario novohispano del siglo XVIII*, en el que se detallan 19 modos de preparar buñuelos, aparte de masas para pasteles finos, pastelillos y bizcochos; o del *Recetario mexiquense* en el que Dominga de Guzmán, una criolla de 1750, puntualiza 21 maneras de preparar bizcochos: con queso, castañas, almendras, avellanas, chocolate, naranja, limón, entre otros.

Por otra parte, la comida que saboreaban criollos y mestizos en sus casas o en los mesones y puestos callejeros era más sencilla y menos ostentosa que la de la corte y los altos funcionarios. Pese a ello, el gusto por la carne era notable porque la probaban dos veces al día, en raciones totales de hasta 450 gramos. En estos sectores medios de la sociedad, acomodados a la tradición española, estaba el gusto cotidiano por el puchero,

que no sólo se comía en las casas de criollos como Dominga de Guzmán, sino también en los hospitales y colegios de la ciudad. El franciscano fray Gerónimo de San Pelayo —de quien se conservan también las recetas en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional— recomendaba preparar con carne de res la que llamó la “olla buena”, algo parecido a un cocido de carne de res, con trozos de jamón, ave, garbanzos y verduras.

Se sabe que a la capital novohispana llegaban diariamente unas 20,000 personas. Arrieros, hortelanos, carboneros, “loceros” (alfareros), entre otros, venían de fuera y se instalaban en la plaza mayor hasta acabar de vender sus mercancías. Allí pernoctaban y comían, junto a los “oficiales de pluma” del palacio virreinal y los vendedores. Allí podían comer hasta con medio real y cenar apenas con una cuartilla, es decir, en la calle los alimentos eran muy baratos. También había en la ciudad almuercerías o sitios con “menús” completos, como los descritos por José Joaquín Fernández de Lizardi en *El Periquillo Sarniento*; cuenta, por ejemplo, de la vez en que éste y alguien más tuvieron con cuatro reales para “un par de tortas de pan con sus cubiertos, dos escudillas de caldo, dos sopas, una de fideo y otra de arroz, el puchero, dos guisados, el vino, el dulce y el agua; comida ciertamente frugal para un rico, pero a mí me pareció de un rey”. Si pensamos que un oficial o maestro de albañilería ganaba de cinco a seis reales por día, podemos concluir que cualquier artesano o mercader tenía ocasión de probar comidas como la del Periquillo.

Un alimento muy socorrido eran los caldos



de carne de res o carnero, combinada con gallina, lo que daba a la primera, más insípida y con menos grasa que el segundo, un sabor peculiar. Para el sacerdote y sabio novohispano José Antonio de Alzate, el carnero era más sano por su alto contenido en grasa, idea que debió estar extendida si revisamos las dietas hospitalarias, en que tenía prioridad. Sus “vigorosos” caldos se prescribían en el Hospital de San Lázaro, donde el “puchero de carnero” y otros platillos de la misma carne se servían en la comida y la cena. Dominga de Guzmán incluyó en su recetario algunos pucheros de fácil digestión para enfermos y convalecientes con base en carne de borrego.

En “tiempo normal”, las sopas eran de fideos, arroz, garbanzos o frijoles y en vigilia se optaba por las lentejas o las habas, como lo describen los recetarios conventuales. Las raciones diarias de frijoles en los hospitales de la ciudad de México fluctuaban entre media onza (unos 14 gramos) para los muy enfermos y dos onzas en la comida y cena para los enfermos y sirvientes. Los tallarines ya se conocían; el *Recetario novohispano* contiene la “Sopa de moda [la de] tallarín blanco.” No es sorprendente pues, hacia fines del siglo XVIII, la capital contaba con varias fábricas y expendios de pastas.

Todos los guisados de carne, que no siempre eran lomos, pulpas, espaldillas o piernas, sino también “carne picada”, bofes, sesos, manitas, cabezas, menudo, morcilla, jamón, chorizo, etc., se cocinaban con variedad de hortalizas, siendo la mezcla con cebolla, jitomate, chile ancho, ajo,



aceitunas y alcaparras la más frecuente. La carne se estofaba, enrollaba, acomodaba o cocía con infinitud de ingredientes. Se recurría, por ejemplo, al plátano, camote, piña, manzana, pera y betabel para darle un sabor agridulce. A los cocidos se les añadía col, lechuga, alcachofas y por encima, aguacate.

La carne también se rellenaba o revolvía con frutos secos, tales como nueces, pasas, piñones, almendras y ajonjolí tostado y con frecuencia se aderezaba con azafrán, clavo, pimienta, canela, perejil, acitrón, chiles verdes o anchos, tornachiles. Los ingredientes se sofreían en grasa o manteca y se les agregaba caldo de agua, vinagre, vino, sal y a veces azúcar. Es decir, los guisados podían ser agridulces, consistentes, grasosos y coloridos,



en todos se constituía y disfrutaba de un conjunto indisoluble de sabores y aromas.

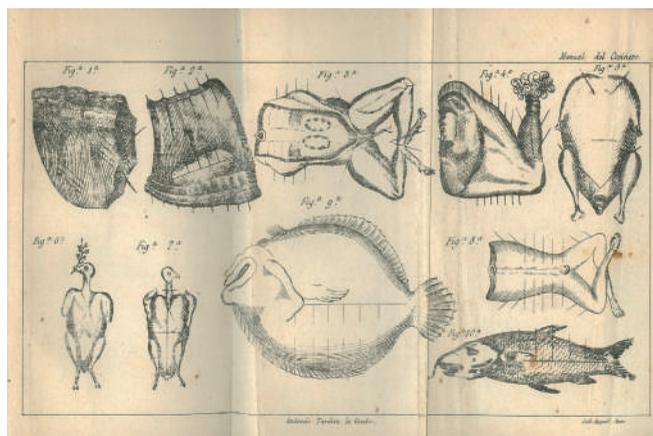
Todos los habitantes de la ciudad comían carne de cerdo, que se aprovechaba casi totalmente: la sangre, la piel, la grasa y las vísceras, con las que se elaboraban embutidos —entonces llamados entonces “segundas especies”— , longaniza, moronga o rellena, queso de puerco, escabeches de pata o productos más refinados como el jamón o el chorizo. Los carniceros o tocineros decían: “la carne de puerco, y demás segundas especies,

sirven para toda clase de gentes desde la superior orden hasta las de ínfima plebe [en especial...] cuando algún accidente suele suceder en las cocinas; y también para preparar algunas viandas cercanas al medio día”.

Las comidas callejeras más populares eran el nenepile, el clemole o tlemole y el tremolillo, que se comían con tortillas, totopos o chilaquiles. También los tamales con carne y grasa de puerco y los frijoles. Del nenepile, Alzate cuenta que se hacía con las vísceras o partes menores de la res y el carnero, que muchas mujeres guisaban en su casa por la noche, para salir a venderlo de mañana en las calles. El clemole era un platillo cocinado con cecina, esto es, carne conservada en sal por varios días y con “maíz tostado y molido frito en manteca lo que se juzgue necesario para que espese en lugar de pan y al punto se echa el chile, tomate molido... incorporado y frito todo, [se] echa al caldo de la carne pimienta y epazote y una hoja de aguacate y luego la carne y sal y déjalo a fuego manso”. El tremolillo, con que el Periquillo Sarmiento se regalaba durante sus andanzas por la ciudad era muy popular: “a las doce del día no veía yo de hambre, y para más atormentar mi necesidad tuve que pasar por la Alcaicería, donde [...] hay tantas almuercerías, y como los bocaditos están en las puertas provocando sus olores el apetito, mi ansioso estómago piaba por soplarse un par de platos de tremolillo con su pilón de tostaditas fritas”.

Bebidas comunes eran el atole y el chocolate, pero, sobre todo, el chinguirito o aguardiente de caña y el chinguirito, que se servían de modo indistinto en el desayuno, el almuerzo, la comida y la cena. Otros consumos diarios y básicos eran las tortillas y los chilaquiles, junto a las raciones de pan semita, pambazo o torta de pan común, todas de harina flor mezclada con la más gruesa llamada cabezuela o con esquilmos o restos de harina y residuos de salvado así como el pan dulce vendido por las indígenas en la calle.

Las raciones de pan solían ser generosas, como hacen constar los registros de hospitales y cárceles, donde el pan común se repartía en piezas de 17 hasta 24 onzas por día (688 gramos aprox.), las últimas asignadas en especial a los empleados. También era usual que en las grandes casas ca-





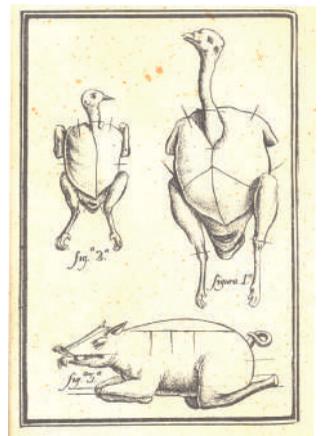
pitalinas la servidumbre recibiera cotidianamente una torta de pan común, la cual, hacia 1794, pesaba más de 600 gramos. Es decir, que los panes populares eran en verdad grandes y pesados, lo que significa que la gente compraba más gramos de pan común que del fino, pese a que ambas clases costaban lo mismo: medio real.

En contraste con las mesas virreinales, criollas o mestizas, las raciones alimenticias de marginados sociales como los presos, los menesterosos o los indígenas de los barrios contiguos al centro, como Jamaica y Candelaria, y que en ese entonces eran reconocidos “como refugiados o escondidos en chinampas, islas o mogotes unos indios infelices... no tienen otros consumos que los de su maíz, su chile, alguna panocha y alguna carne de toro”.



Lo anterior implica que la carne de res estaba asociada con los consumos populares y era la más barata del mercado. Se servía en algunas instituciones públicas y de caridad a sus empleados, a trabajadores, enfermos convalecientes e incluso a los presos. Hacia 1767, la cárcel pública de la ciudad de México administraba “a cada uno una torta de pan de 17 onzas [casi ½ kg], una libra de vaca [460 gramos] sazónada con chile y tomate, un jarro de atole para desayuno y frijoles para cena, y en los días de vigilia por comida”, en vista de que no podían comer carne.

Las raciones de los presidiarios eran similares a las de los peones de la construcción. Si sabemos que los segundos ganaban tres reales diarios por día —18 en una semana— significaría que, de acuerdo con los gastos del reo —el peón podía gastar, en una semana, ocho reales en maíz (24 kg), 6.1 en carne de res (1.7 kg) y 3 ½ reales en arroz, frijoles, especies como chile y algunas hortalizas. Para los criterios alimentarios de la época resultaban raciones muy frugales e insuficientes para alimentar a una familia, aunque más adecuadas para una persona sola. De allí que, en una familia de



operarios, tuvieron que trabajar el padre, la madre y los hijos, a fin de proveerse del alimento cotidiano.

La situación de los grupos marginales empeoró con la llegada del siglo XIX. Sabemos que los precios de alimentos resguardados por el abasto, tales como el maíz, el trigo, la carne de res y carnero subieron de manera simultánea, por primera vez después de más de 100 años. Las alzas extremas fueron a partir de 1808, cuando la historia de la ciudad registra que no se pudo reemplazar al maíz con el trigo y la carne de res fue igualmente cara que la de carnero. Y con el movimiento insurgente las cosas se complicaron pues los caminos hacia la capital eran bloqueados y sufrían asaltos frecuentes y la ciudad de México se constituyó en el refugio de muchos emigrados del campo en busca de alimentos. Los recién llegados llevaron consigo epidemias devastadas y muerte.

Wenceslao Barquera, ilustrado juriconsulto, manifestó en su *Semanario Económico de México* en 1809 su inquietud por la escasez de los víveres usuales de la dieta y declaró —quizá a modo de consuelo— que el uso de caldos, huevos y carne propiciaban las enfermedades “pútridas” (infecciosas) y que, en cambio, los vegetales las prevenían de la corrupción de “las viruelas”. En su opinión, alimentos como el maíz, el azúcar y las naranjas alargaban la vida, por lo que proponía a sus lectores el consumo de una libra de azúcar diaria (460 gr) para llegar, a su juicio, a los 90 o 100 años de edad. Tanto él como Alzate en sus *Gacetas* comenzaron a recomendar raciones



“suficientes” para el sustento de un adulto, tal como las aconsejadas en Europa por el gran médico dietista escocés, George Cheyne, para quien era suficiente con que, cada día, se ingirieran “8 onzas [unos 230 gr] de carne, 12 onzas [casi 350 gr] de pan, verduras, legumbres o frutas y una pizca de vino”.

Desde luego, este tipo de dieta se hallaba muy lejos de los excesos virreinales. Barquera insistía en que la moderación en el comer era buena para la salud, ayudó a definir qué alimentos de precio reducido podían ser bastante nutritivos y declaró que “con muy pocos alimentos sólidos se puede matar el hambre y gozar de buena salud, si están bien aderezados y de a poca costa se puede mantener un jornalero”. A su juicio, un cuartillo y medio de caldo y ocho onzas de pan eran capaces de alimentar a un desvalido. Las recetas de sopa que proporcionaba el *Semanario Económico* eran acuosas preparaciones de harina de trigo o

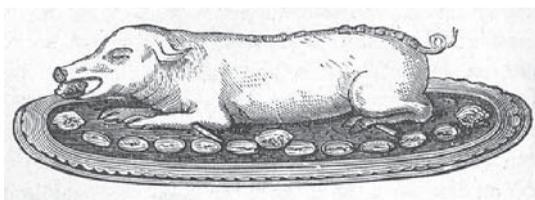




cebada con verduras, vísceras y trozos de pan. *El Semanario* y las *Gacetas* apoyaron el consumo de nopales y cactáceas, que inspiraron a Barquera para pintar a la Naturaleza como “próvida [*sic*] y sabia”, hábil para ofrecer a los hombres bienes en un “orden perfecto”, de acuerdo con los cambios climáticos y sus necesidades alimenticias.

Estas ideas eran justamente contrarias a las sostenidas en el *Diccionario de Autoridades* de principios del siglo XVIII, en el sentido de que el fin de la alimentación era aumentar la sustancia del cuerpo, así como a prácticas como la empleada en 1785, en que, ante la escasez de maíz en los pueblos, el Santuario de Guadalupe proveyó a los indigentes de “un abundante plato de arroz bien condimentado con media libra de vaca y media torta de pan”; el dicho santuario resaltó esa vez por las “las copiosas y diarias limosnas en arroz, tortillas, pan de semita y carne”.

En suma, que el nuevo siglo llevó consigo un cambio en las mesas capitalinas; se comió menos, sobre todo menos carne entre los grupos más desamparados. A diferencia de lo dicho por Fray Francisco de Ajofrín un siglo antes, de que en México “la carne la come todo pobre”, la marquesa Fanny Calderón de la Barca dejó ver en sus cartas sobre la capital en la primera mitad del siglo XIX que los indios no comían carne, “porque sus medios no se los permitían” y que nada más lo hacían “las mejores clases” y era un privilegio.



PARA SABER MÁS:

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI, *El Periquillo Sarniento*, México, Porrúa, 2008 (“Sepan Cuántos”, 1).

DOMINGA DE GUZMÁN, *Recetario mexiquense. Siglo XVIII*, México, Conaculta, 1999 (Recetarios Antiguos).

ENRIQUETA QUIROZ, “Del mercado a la cocina. Alimentación en la ciudad de México”, en Pilar Gonzalbo (coord.), *Historia de la vida cotidiana en México. El siglo XVIII: entre tradición y cambio*, México, Fondo de Cultura Económica/El Colegio de México, 2005, vol. 2, pp. 17-43.

-----, “De cómo la gente se agolpaba para comprar carne a principios del siglo XIX” en *BiCentenario. El ayer y hoy de México*, vol 2, núm. 5, 2009, pp.6-15.

### Albondigon

“Se muele la carne y se extiende en un pliego de papel a la mitad, se le echa huevo cocido en rebanadas, pasas, almendras, piñones, acitrón, se cubre con su capa de carne, se envuelve en más papel, se amarra y ya ha de estar el agua hirviendo, se echa a cocer, después de cocido, se saca y se rebana, se echa a freír en su propia manteca, se sazona el caldillo con el caldo en que se coció y se le echan todas sus especias, jitomates, chilitos, aceitunas, menos ajos ni cebollas.

### Potaje saramullo

Pondrás a asar unas pechugas de gallina con carnero, todo bien picado, con su recaudo de pasas, chorizos, aceitunas, chilitos, almendras y huevo duro, haces de todo una tortita y la pones a cocer a dos fuegos hasta que cuaje, le echas después chile dispuesto como para adobo con bastante manteca y vinagre, y ya que está para llevarlo a la mesa se le echa un poco de aceite con huevos batidos y revuelto todo, para que cuaje; ponerle ajonjolí tostado por encima.

### Otro carnero en ensaladilla

Se corta el carnero en raciones y se pone a cocer con una capa de carnero, otra de jitomate, ajos y cebollas. En una olla se pone a cocer, se le echa también culantro, clavo, canela y pimienta, su agua y manteca y se tapa la olla con bastante yerbabuena, un poquito de vinagre, se deja en infusión y luego se sazona. En cazuela se pone a cocer trocitos de lechuga, piña, pera, manzana y ya cocido se le echa a la cazuela y se le quita la yerbabuena con que se coció, se muele y se le vuelve a echar para que espese con ella, se le echa plátano, camote, manzana y aceite de comer.

*Dominga de Guzmán*

# Modas

*y censura  
en la época de la  
independencia*



Atzín Julieta Pérez Monroy

UNAM

Un articulista anotó en el periódico El Diario de México: “Aunque en todos los tiempos haya reinado la moda, en el presente está sobre muy distinto pie su imperio: antiguamente mandaba el gusto en la moda; y hoy manda la moda en el gusto.” Si bien estas palabras podrían describir el impacto que las modas tienen en la sociedad actual, se publicaron en 1806 y su autor intentaba demostrar que ejercían un amplio dominio en el estilo de vida de su época.

De hecho, las modas han sido un fenómeno significativo en las sociedades modernas, debido a que forman parte de la cultura y expresan identidades que cohesionan o distinguen a las personas según pertenezcan a determinado género, nacionalidad, clase social, grupo étnico, tendencia política, oficio, profesión, etc. Asimismo revelan gustos estéticos, formas de pensamiento y expresiones del imaginario popular, por lo que su estudio enriquece cualquier conocimiento histórico. Así, durante el proceso que abarca la invasión napoleónica a España y la guerra de independencia de la Nueva España (1808-1821), surgieron críticas y determinadas posturas hacia las modas, en función de la moral religiosa y de las preferencias políticas.

Hubo una gran influencia de la cultura y las costumbres francesas hacia España y de ésta hacia la Nueva España. En las dos últimas décadas del siglo XVIII en Francia había surgido la moda neoclásica, que cobró auge durante la Revolución de 1789; los revolucionarios adoptaron trajes inspirados en la antigüedad grecorromana, en un intento por diferenciarse del estilo rococó que identificaba a la nobleza. Dos prendas novedosas fueron, para las mujeres la robe en chemise, que en los lugares de habla hispana se denominó vestido imperio o túnico (ajustado por debajo de los senos) y, para los varones, el pantalón, prenda que llegó para sustituir al aristocrático calzón y que cubría sus piernas después de siglos de haberse exhibido. Las siluetas adquirieron verticalidad a semejanza de columnas clásicas y la belleza se buscó en la sencillez.

En España estas modas se aprecian, por ejemplo en el cuadro en que Goya pinta a la familia de



Carlos IV. En la Nueva España, en los trajes femeninos del retrato de la familia Iturrigaray y en el uniforme que luce un soldado de Mixcoac en un cuadro de 1813, ambas obras anónimas. Y el pueblo, que todo lo observa, cuando en 1810 llegó a la Nueva España Francisco Javier Venegas a ocupar el cargo de virrey, un pasquín lo describía: “de patilla y pantalón, hechura de Napoleón”, sátira derivada de que se inspirara en Napoleón Bonaparte, es decir, en la moda francesa, a pesar de que en aquellos tiempos el emperador de Francia era acérrimo enemigo de España y sus posesiones.

La moda se planteaba como un “modo” y no sólo de vestir, sino de hablar, bailar y hasta de hacer ciencia. El escritor Joaquín Fernández de Lizardi, en el periódico El Pensador Mexicano (1813), lo reconoce así. Se refiere también al “imperio de la moda”, esto es, al dominio que ejerce sobre todas las cosas, en todas partes —cabe precisar que en el mundo occidental— y sobre todas las personas, sin importar edad o condición social. Observa asimismo una lucha generacional a través de las modas. Los viejos, dice, critican las novedades y los jóvenes las defienden, pero el escritor recuerda a los viejos que ellos mismos vivían aferrados a otras modas, las de tiempos pasados, que en algún momento también fueron novedades.



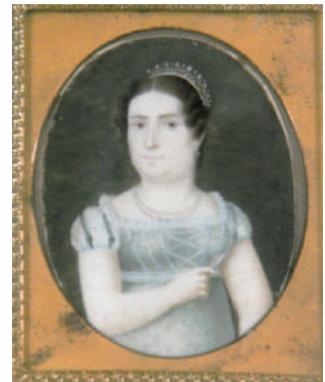
En su novela *La Quijotita y su prima*, distinguía las modas “útiles” de las “indiferentes” y las “malas”. Las “útiles” debían adoptarse, como el pantalón debido a su comodidad. En este punto se advierte la influencia de las ideas de la Ilustración, en especial de Juan Jacobo Rousseau, respecto a las ventajas de un traje cómodo. Las “indiferentes” podían o no ser adoptadas. En cuanto a las “malas” debían evitarse, por ejemplo, los vestidos escotados por su carácter profano. Y no es que le pareciera que una prenda hacía a la gente pecadora o virtuosa, pues afirmaba categóricamente que “el hábito no hace al monje”, sino que debía evitarse el abuso.

Otras voces desde la prensa censuraron las modas durante las primeras dos décadas del siglo XIX. Se las juzgaba como fenómeno perjudicial que causaba gastos superfluos, rivalidades y envidias. El principal blanco de las críticas eran las mujeres, a quienes se atribuía todo tipo de males porque se consideraba que vivían sujetas a caprichos, a los placeres del arreglo, los adornos y el lujo, muchas veces en detrimento de sus deberes.

Desde la perspectiva moral se manifestaron



posturas de repudio, en especial hacia las modas francesas. En 1807, un artículo del *Diario de México* titulado “Origen detestable y horroroso de algunas de las modas actuales, sacado de la historia de la revolución francesa”, refiere que durante el gobierno del Directorio (1795-1799), el túnico empezó a usarse por las nuevas “Frinés” y “Aspasia” cortesanas de la Grecia clásica, con el propósito de lograr el efecto de transparencia que se observa en los vestidos de las antiguas esculturas clásicas. En el caso de los varones, señala el mismo artículo, llevaban el peinado “a la Tito” (con el cabello hacia el frente), las corbatas subidas hasta el cuello y los “calzones largos de marinero” léase pantalón, modas que a juicio del autor eran tan “ridículas como indecentes”, con un origen “impuro y maligno”. Las descripciones recuerdan a las *merveilleuses* y los *incroyables*, personajes que aparecieron en el escenario de la Revolución francesa en la última década del siglo XVIII, femenino y masculino respectivamente, y que se reconocían por su atuendo, similar al que indica el articulista. Las críticas se vuelven inconsistentes cuando el autor afirma que no importaba usar las modas francesas, siempre y cuando no corrompieran las costumbres; por lo que, después de expresar su horror hacia ellas, termina aceptándolas, al menos parcialmente. Y es que las modas francesas se impusieron sobre todo entre los sectores acomodados a pesar de sus detractores.



Tras la invasión de Napoleón Bonaparte a la Península ibérica en 1808 los ataques a las modas francesas se acentuaron. En una carta pastoral de ese año, el obispo de Cádiz se refería al cautiverio en Francia de Fernando VII y a la búsqueda de soluciones para enfrentar la crisis política. Una fue el edicto de la Suprema Junta de Gobierno, que estableció una reforma de las costumbres consistente, además del ejercicio de las virtudes cristia-

nas humildad, fervor, caridad y paz, en la modestia de los trajes. Para apoyar el edicto, el ministro religioso predicaba la abstinencia de “desnudeces provocativas”, “desmedido lujo” y “vanidades desenvueltas”. De acuerdo con su interpretación, los problemas por los que atravesaba España eran resultado de la ira de Dios por los excesos de su población, como en las modas. Lo dicho por el obispo permite suponer que se refería en especial a los túnicos que las señoras lucían incluso dentro de las iglesias y a las lujosas joyas que los acompañaban.

Por su parte el obispo de Nueva España, Francisco Javier Lizana, publicó el mismo año la Instrucción pastoral sobre la costumbre de llevar las señoras el pecho y brazos desnudos, en la que censuraba la introducción de las más recientes modas francesas a la Nueva España. Se trata de una modalidad del túnico, con escote y manga corta, por lo que dejaba a la vista parte de los senos y los brazos. El obispo reclama: “¿Qué importa pues, que vuestra intención no sea mala, si la desnudez con que públicamente os dejais ver por todas partes, siendo como es por sí misma acción muy torpe y provocativa, causa la ruina, la muerte espiritual del prójimo?” E igualmente repudiaba una prenda masculina que desde su óptica resultaba “perversa” porque excitaba a las mujeres al ser vista. Aun sin mencionarlo por su nombre es evidente que se refiere al pantalón ajustado, que lucían los jóvenes petimetres, quienes vivían pendientes del último grito de la moda.

Lizana también aborda la cuestión de las modas francesas desde la perspectiva económica, con el propósito de demostrar los trastornos que su consumo provocaba en el imperio español. Señalaba que París, “la fábrica diabólica de modas” había logrado la expansión de sus manufacturas por las naciones europeas. En el imperio español circulaban de Madrid a Sevilla, luego a Cádiz y



llegaban hasta “los países remotos de América.” De modo que al convertirse en consumidores pasivos, los españoles y los habitantes de sus posesiones beneficiaban el comercio del país enemigo.

La invasión napoleónica propició todo tipo de cuestionamientos a la influencia de la cultura francesa en el mundo hispano. Un articulista del Diario de México lamentaba en 1809 la “deplorable amistad” que hubo con los franceses, ya que sus modas habían generado una corrupción de costumbres: “se comía a la francesa, se bebía a la francesa, se dormía a la francesa, se vestía a la francesa, se hablaba a la francesa”. Por su parte, en el periódico El Hablador de la Habana (1811), un articulista reprochaba a los

franceses el haber destrozado los lazos de amistad que los unían con España, por lo cual se habían hecho merecedores de su odio. Como solución proponía nuevas leyes que abolieran los vestidos a la francesa, el pan francés, el vino de Burdeos y los encajes de Flandes; en adelante, sólo se consumieran productos españoles. Según se aprecia, la guerra contra Francia pretendía abarcar el campo de las costumbres.

Mientras tanto, en la Nueva España se gestaban las condiciones para el inicio de la lucha por la independencia. Mucho se ha discutido acerca de qué tanto había una conciencia nacional. Independientemente de los sucesos políticos, en el campo de la cultura surgieron manifestaciones



entre los criollos ilustrados de aprecio hacia lo propio, si bien es menester reconocer que acusaban influencia de las publicaciones que por aquellos tiempos circulaban en Europa. Un ejemplo lo encontramos en un anuncio sobre la próxima venta de estampas de lugares y personajes "nacionales", aparecido en los periódicos en 1808:

Un sujeto que se halla en esta capital tiene una colección de las principales vistas de ella, que contienen sus mejores edificios, paseos, plazuelas, garitas, sus santuarios y pueblos inmediatos, como los Remedios, San Agustín de las Cuevas, etc. Igualmente comprende esta colección los trajes nacionales que caracterizan a los indios, a los vendedores, y a otros individuos, de modo que podrán formarse uno o más tomos con estas estampas, que a más de la diversión, proporcionarían la instrucción y conocimientos de los que distantes de esta capital o fuera del Reino desean con ansia noticias ciertas e individuales de ella...

No se sabe qué tanto llegaron a circular las estampas, pero el silencio posterior de la prensa indica la posibilidad de que no tuvieran una amplia difusión. Sin embargo, el solo hecho de anunciarlas indica el interés surgido en algunos círculos por mostrar lugares, tipos sociales y trajes típicos de la capital de la Nueva España y sus alrededores. Se revela asimismo que las intenciones no eran sólo recreativas sino didácticas, como un medio para aprender, adquirir conciencia y valorar lo que se tenía en territorio novohispano. El costumbrismo se desarrolló como género literario en México a lo largo del siglo XIX, pero aquí encontramos un antecedente.

Como es sabido el movimiento armado que en la Nueva España se inició en contra del gobierno virreinal, irá- p i d a -

mente se transformó en una guerra por la independencia. Si bien los primeros días el suceso no tuvo amplia divulgación, se publicó un bando que daba noticia del levantamiento el 2 de octubre de 1810, ofreciendo \$10,000 de recompensa a quien entregara a Hidalgo, Allende y Aldama. Las noticias sobre el movimiento a partir de entonces fueron constantes. En diciembre de 1811, cuando esos líderes habían muerto, el Diario de México publicó un diálogo imaginario entre dos mujeres; una expresaba su total convencimiento de que la guerra en la Nueva España se debía al exceso de pecados y en especial a que las mujeres usaran vestidos tan provocativos. En éste, como en otros artículos, se hacían llamados para moderar el uso de los trajes que estaban de moda. Se establecía una asociación entre la crisis política del virreinato y la falta de cumplimiento de los deberes cristianos. Y, como era costumbre entre los escritores moralistas de la época, se atribuía a las mujeres la responsabilidad en el relajamiento de las costumbres. El mensaje es claro, cambiar la manera de vestir, digamos, con el uso de prendas menos tentadoras, contribuiría a la solución del conflicto, es decir, a acabar con la insurgencia.

Durante este proceso las mujeres también se dividieron entre quienes apoyaban la causa insurgente y las que favorecían a los realistas. Y las prendas de vestir se convirtieron en símbolo de uno u otro bando. La saya o enagua exterior, prenda tradicional que usaban los sectores populares, distinguía a las insurgentes, mientras que el túnico era propio de las realistas, seguidoras entusiastas de las modas francesas a pesar de los sermones públicos. Un impreso que circuló en Nueva España en 1814 convocaba a las americanas a unirse a la causa de Morelos. En el encabezado hay una imagen de dos mujeres que se enfrentan y cada una representa a los grupos en pugna. La insurgente porta un traje compuesto por camisa, saya y un sombrero adornado con una pluma; la realista lleva un túnico y un sombrero estilo napoleónico (el bicornio). De lo anterior se desprende que la saya o enagua adquirió un incipiente sentido nacionalista a diferencia del



túnico, que representaba lo extranjero.

Del conflicto entre la saya y el túnico, Joaquín Fernández de Lizardi, en *El Pensador Mexicano*, opinaba desde una perspectiva moral, que no era preferible un traje sobre otro, pues lo importante eran sus detalles. Un túnico sin escote, con manga larga y hasta los tobillos era digno de llevarse no sólo en un convento, sino hasta en un altar de santos. En cambio, unas enaguas con adornos vistosos como lentejuelas, listones y muy cortas a la mitad de la pierna eran objetables. Seguramente, el escritor se asombraría al saber que las enaguas de colores vivos, con adornos vistosos y relativamente cortas, no sólo se harían populares unas décadas después en el traje de la china poblana, sino posteriormente se convertirían en uno de los símbolos nacionales.

Para 1815 los franceses habían desocupado España y Fernando VII reinaba nuevamente. No obstante, en abril de ese año todavía se proferían maldiciones hacia los consumidores de productos franceses, quienes eran vistos como traidores, según se aprecia en el siguiente pasaje del *Diario de México*: “Maldito sea el español, perezca el atrevido que intentase coligarse con ningún francés, o recibir algunas de sus modas, fuese en vestidos, literatura o sistemas: guerra eterna contra la Francia y todas las producciones francesas, tanto materiales como espirituales”. A primera vista sorprende esta postura. Es posible que las expresiones reflejen el temor que Napoleón quien acababa de recuperar el poder en Francia en lo que se conoce como el gobierno de los cien días se convirtiera de nuevo en una amenaza para las monarquías europeas. Sin embargo, como es sabido el imperio napoleónico se encontraba en su última fase. Waterloo estaba cerca.

A pesar de que la Francia revolucionaria fue derrotada sus modas imperaron. En los años que siguieron a la consumación de la independencia, en México declinaron los juicios de desaprobación hacia su influencia. Más aún, el emperador Agustín de Iturbide, como antes los virreyes, fue uno de sus fieles seguidores junto con su esposa Ana María Huarte y pretendió crear una corte al estilo napoleónico, incluyendo el tipo de trajes usados por el emperador francés en sus días de

gloria. Pero el imperio de Iturbide fue efímero.

En resumen, las modas francesas como expresión cultural se vincularon con los principales sucesos de la época en España y Nueva España. En el campo de las ideas fueron censuradas desde la óptica moral y política. Se relacionaron con el pecado, sobre todo en la mujer, pues ante los ojos de escritores de la época era el ser más proclive a la depravación. En lo económico y político, durante la invasión napoleónica fueron rechazadas por las autoridades civiles y eclesiásticas del imperio español porque se consideró que su uso favorecía al enemigo y a sus seguidores se les llegó a tildar de traidores. Y en la guerra de independencia de Nueva España, la insurgencia, con un criterio patriótico pensó que los trajes franceses eran ajenos a los usos de la tierra. Sin embargo, aun cuando después de la independencia se buscarían modelos de trajes que definieran lo mexicano, las modas francesas en sus distintas fases se impusieron en México durante el siglo XIX.



#### PARA SABER MÁS:

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI, *La Quijotita y su prima*, México, Porrúa, 2009, 7ª ed. (“Sepan Cuántos”, 71).

JAMES LAVER, *Breve historia del traje y la moda*, Madrid, Cátedra, 2006.

LYDIA LAVÍN y GISELA BALASSA, *Museo del traje mexicano. Volumen V: El siglo del Imperio y la República*, México, Clío, 2002.

Pudor y liviandad. *Tres siglos de moda en México*. La colección del Museo Soumaya, México, Museo Soumaya, 2003.

\* Visitar las secciones “Nacimiento de un proyecto ilustrado” y “Retrato del México independiente” en el Museo Nacional de Arte (Munal), Tacuba 8, Centro Histórico de la Ciudad de México.

\* Entrar a la página de internet: “El textil mexicano tradicional-Artes e Historia de México”, siglo XVIII y siglo XIX en <http://www.arts-history.mx/sitios/index.php?id...>



# ¡Manos arriba! El bandolerismo durante la guerra de independencia

**Rodrigo Méndez**

**Facultad de Filosofía y Letras, UNAM**

*26 de octubre de 1811*

Excelentísima señora:

Hace ya dos días que llegué sano y salvo a la capital de la América Septentrional. Perdóneme por no haber escrito antes y dejarla en vilo por la salud de mi persona, pero ha sido el largo trabajo el que me ha arrancado su bello rostro de la mente.

Como ya se lo había notificado, mi plan era

llegar a esta ciudad el 22 de octubre, pero un sinnúmero de infelicidades retrasó mi llegada. Una de ellas -la más desgraciada- fue la que viví hace dos noches, con un cielo de luna nueva y muchas estrellas. Vuestra Señoría sabe que las convulsiones en esta Nueva España están desatadas, desde que ese “bribón” cura Hidalgo empezó el levantamiento que persigue la independencia de este reino el desorden está por doquier. Tal situación



ha puesto en predicamentos a la Acordada, que no se da abasto con los bandidos de los caminos. Pareciera que esta ola de ladrones sabe más del tránsito en los parajes que las mismas ratas.

Justo cuando bajaba la peligrosa cuesta de “El Pinar” para dirigirme a Puebla de los Ángeles y el sendero se torna misterioso, el crujir de la diligencia provocó que mis huesos se estremecieran como anticipando lo que en seguida iba a suce-

der. Todo era silencio, todo era paz, cuando de repente oímos una voz arrebatada: ¡Manos arriba!, ¡azorríllense todos, que es un asalto!

Siendo estos ataques de bandoleros resultado de la acción de un grupo de hombres armados, cometidos con un grado mayor o menor de violencia para apropiarse de lo ajeno y por lo general en un marco rural, donde suelen reunirse factores que le son propicios, como el hambre, la pobreza, la ilegalidad, la ignorancia, etc., se puede entender que el fenómeno fuera una constante en la vida cotidiana de la Nueva España. Veamos como el escritor José Joaquín Fernández de Lizardi sube a la escena a una gavilla:

Ahora es tiempo, compañeros, de manifestar nuestro valor y aprovechar nuestro lance, porque sin duda los que vienen son mercaderes que van a emplear a Veracruz y toda su carga se compondrá de reales y ropa fina, la ventaja está con nosotros, pues somos cinco y ellos sólo tres. Perico, yo y el Pípilo les saldremos de frente y el zurdo y el chato les tomarán la retaguardia. Si se rinden no hay más que amarrarlos a ese cerro pero si se resisten no hay que dar cuartel, que todos mueran.

Al estallar la revolución de 1810, los ánimos exaltados tanto como la indisciplina y el desorden que se fueron extendiendo facilitaron los movimientos de los bandidos. Hubo quienes se mezclaron con los combatientes de la causa insurgente y se proclamaron amos y señores de los caminos reales y de la tierra que pisaban. Ofrece testimonio un viajero irlandés, quien se hallaba en Nueva España en el momento de mayor ímpetu de la insurrección (1814). Así cuenta que: “Antes de entrar en Puebla de los Ángeles, mi escolta y yo sufrimos un intento de asalto por una gavilla de bandidos pero por temerarios perdieron tres hombres y cinco caballos”.

Con el desarrollo del conflicto, el odio --reflejo del creciente deterioro en las relaciones sociales del virreinato— se desbordó. A cada paso de los rebeldes, se sentía el peligro. El historiador Carlos María de Bustamante cuenta cómo el furor de los indios llegó a ser tal que la vida corría peligro en cualquier momento. Ya en la toma de la Alhóndiga de Granaditas ocurrió que a una mujer le



dieron una cuchillada en la cara, tan sólo porque a la vista del cadáver de un gachupín gritó desfavorida... ¡Ay pobrecito!

La guerra fue cada vez más violenta. La necesidad de “ganar más partidos” permitió que el robo, el pillaje y el asalto fueran aceptados como medios para cubrir las carencias del ejército insurrecto. Ya el 13 de octubre de 1811 José María Morelos y Pavón declaró que los “nobles y empleados de primer orden, españoles y criollos ricos” debían ser vistos como enemigos de la nación y partidarios de la tiranía, por lo que, en adelante, sus tropas tendrían toda la libertad para requisar los bienes de los acaudalados y repartirlos a los vecinos pobres y la caja militar después de tomar una población.

Los realistas experimentaban múltiples tropie-

zos y vergüenzas cuando caían en manos de partidas rebeldes. Relata el historiador Carlos María de Bustamante como:

...luego de permanecer varios días en Nopalucan, el teniente Juan J. Olázabal regresó para Perote, pero nuevamente los americanos le quitaron los cañones, comida y barras de plata que traía consigo. Meses más tarde, una noble dama en España le dijo: Conozco a usted por el príncipe de los convoyes..., aludiendo al que le quitaron los insurgentes en Nopalucan, cosa que hizo reír a los mismos insurgentes cuando la noticia llegó a sus oídos.

Hubo algunos que, en un principio, se sumaron a la revolución con grandes ideales, pero que gustaron tanto de sus nuevas faenas que se volvieron bandoleros de tiempo completo, sin que les importara el rechazo de sus antiguos jefes y compañeros ante su falta de respeto a los códigos de guerra. Sin embargo, como lo cierto era que no a cualquier hijo de vecino le resultaba fácil cometer estos excesos, la cúpula insurgente debió recurrir a los “profesionales de la





violencia”, esto es, a los bandidos, para llenar las arcas de la guerra y dar de comer a sus seguidores. Así, lo primero que hicieron fue liberar de las cárceles a bandoleros famosos de la época y sumarlos a sus tropas. En 1810, por ejemplo, las tropas de Hidalgo soltaron a Agustín Marroquín, “capador” de fama como asaltante de caminos y preso en Guadalajara, quien más tarde se hizo célebre por las matanzas de gachupines que organizó a espaldas de sus superiores.

Como esto no bastó para lograr sus fines, los insurgentes acudieron a las bandas de salteadores, sin considerar el riesgo de que éstos rebasaran el límite de los “embargos o secuestros”. Así sucedió, pues, que se volvieron un problema. Los casos se multiplicaron, sobre todo en el camino real México-Veracruz, sin duda la vía de comunicación más importante de la Nueva España por su importancia comercial y su alto valor estratégico-militar. Tal y como lo hacían con los arrieros o los viajeros, los bandoleros no combatían de frente contra los realistas, sino que los pillaban en despoblado para robarles sus bienes. No dejaron de aprovechar la ocasión para operar por su cuenta, por lo que aquello a lo que aparentemente se le trazaron límites muy claros, acabó por degenerar en un afán desmedido de rapiña y las víctimas inocentes fueron muchas.

Bandoleros e insurgentes actuaron muchas

veces de común acuerdo; sorprendían a los convoyes reales y después dividían los botines. Era frecuente que sus víctimas no supieran si se trataba de unos u otros. Manuel Ignacio González, obispo de Puebla, aterrado por la ola de violencia sobrevenida a la comarca en perjuicio de los hacendados, condenó tal forma de hacer la guerra. Como solía acaecer que las fuerzas rebeldes se desviaran de sus fines y abusasen de sus ventajas cometiendo abusos, relató:

Llega una partida de bandidos a una hacienda, y exige el capitán de estos 100 pesos a cambio de no saquearla, o una mayor cantidad según su parecer. Viene después otro pidiendo dinero, y presentándole el desdichado aquel recibo lo rompe, diciendo que no se le debió dar cosa alguna, pues aquel era un bandido y no un miembro de las tropas insurgentes.

Los abusos alertaron casi de inmediato a los jefes insurgentes. Hidalgo lo expresó en el bando de fecha 1º de diciembre de 1810, en el que alude a individuos que “mostraron excesos” al apropiarse de las cabalgaduras que hallaban en sus lugares de tránsito, no sólo en fincas de españoles, sino de los “amados americanos” y profanaron la confianza que se les había otorgado. Fue preciso regular los niveles de pillaje ya que hubo atentados contra el orden civil y esto ponía en peligro el apoyo popular. Se recurrió a los castigos corporales como



los azotes e inclusive a la pena de muerte, que era la medida que se consideraba más apropiada para batallar contra determinados delitos y la única de disuadir otros.

Tiempo después, un bando de Morelos del 30 de septiembre de 1813 declaró su rechazo a los abusos cometidos por los bandoleros, que se aprovechaban de su afiliación a las filas independentistas para cometer asaltos y robos contra personas inocentes: “En esta atención se procederá contra el que se deslizare en perjudicar al prójimo, especialmente, en materia de robo y saqueo, y sea quien fuere, aunque resulte ser mi padre, será despachado arcabuceado”.

Pero, ¿quiénes eran estos bandidos?, ¿de dónde procedían?, ¿cómo explicaban su conducta? Se puede abreviar que estos hombres procedían casi siempre de un entorno rural, muy adverso, que los forzó a ir y venir de un lugar a otro, sin oficio y sin beneficio, y que en las cuadrillas de asaltantes hallaron la forma de sobrevivir. Solían ser de 20 a 25 años de edad, eran solteros y tener

ingresos precarios como jornaleros, peones o pastores. A esto hay que agregar los factores familiares y psicológicos que los hacían sentir un hondo rencor social; como refiere el especialista español Pastor Petit para los delincuentes de hoy en día, se trataba de desterrados del terruño, “donde seguramente nunca hubo un pan sobre la mesa, donde la violencia y el desprecio de los padres era habitual, donde nunca hubo instrucción moral, etc.”

Ejemplo de este hondo rencor social lo ofrece José Coronado Naxar, un mestizo de Tierra Caliente en Veracruz, cuya cuadrilla, que se concertaba con las fuerzas de Guadalupe Victoria, cobró fama entre el pueblo no tanto por los atracos que realizaba, sino por la grosería con que sus hombres trataban a los españoles acaudalados: “persigan a esos malditos”, “te vamos a matar y nos vamos a beber tu sangre”, “maten a esos ricos”, “persigan a ese cerdo inmundo”, “ladrones cornudos, no dejaremos vivo a ningún español”, “venimos a tomar lo que nos corresponde”.



En suma, la mayoría de los bandoleros no eran criminales a priori, sino individuos que respondían a una problemática social y que delinquían, ya por necesidad, ya por convicción. Sin embargo, hay que señalar, de acuerdo con historiadores como Paul Vanderwood y Eric Van Young, que, si bien es cierto que sus fechorías no se pueden calificar de revolucionarias y con una meta política definida, la participación de estos hombres en la lucha de los insurgentes no fue siempre por oportunismo, sino porque, posiblemente, muchos la valoraban como una lucha por reparar agravios y revertir su mala situación.

Al acabar la guerra, los caminos y los ejércitos quedaron diezmados, las ciudades abandonadas y los campos yermos. Abundaban los bandoleros inconformes con el final de un *modus vivendi* que les había resultado tan favorable. Atraídos por la promesa de aventuras y riquezas, se les añadieron muchos ex soldados que se negaron a volver a sus casas. Las gavillas crecieron y proliferaron. Sabían cómo vender sus servicios a intereses públicos o privados igualmente sórdidos y mezquinos que durante la Colonia. Sacaron ventaja de la debilidad del naciente Estado mexicano que fue incapaz de mantener el orden y garantizar la vida y los bienes de sus ciudadanos. Corrompieron a las autoridades judiciales, plagaron los caminos, destruyeron el comercio y atemorizaron a los pue-

blos. La anarquía se extendió y la inseguridad se convirtió en parte de la vida de todos los días de los mexicanos durante muchos años.

#### PARA SABER MÁS:

CARLOS AGUSTÍN BARRETO, "Los plateados en Morelos: un ejemplo de

bandolerismo en México durante el siglo XIX", en Takwá. Revista de Historia, primavera-otoño, 2007, año 5, núm. 11-12, pp. 105-129.

LUIS ALFONSO BRUC CET ANAYA, El crimen organizado: Origen, evolución, situación y configuración de la delincuencia organizada en México, México, Porrúa, 2001.

JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI, El Periquillo Sarniento, México, Porrúa, 2008 ("Sepan Cuántos...", 1).

JAIME OLVEDA, Con el Jesús en la boca. Los bandidos de los Altos de Jalisco, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2003.

JOSÉ ANTONIO ROSADO, Bandidos, héroes y corruptos: o nunca es bueno robar una miseria, México, Ediciones Coyoacán, 2001.

LAURA SOLARES, Bandidos somos y el camino andamos: bandidaje, caminos y administración de justicia en el siglo XIX, 1821-1855: el caso de Michoacán, México, Instituto Michoacano de Cultura/Instituto Mora, 1999.

# ¡HACER CAÑONES PARA LA LIBERTAD!

## Artillería artesanal en los albores de la Independencia



**U**na buena manera de acercarse a la problemática militar de la primera fase de la guerra de Independencia es la de plantear que la sublevación comenzó sin que los insurgentes dispusieran de armas apropiadas para pelear. Recordemos sólo una de los tantos relatos sobre su salida del curato de Dolores la madrugada del 16 de septiembre de 1810: “Los indios [...] se adhirieron a Hidalgo, yendo todos a armarse, unos con lanzas, machetes y hondas que les entregó Hidalgo, y otros con las mismas armas, arcos, flechas y garrotes que ellos se procuraron”.

Pero como la necesidad es la madre de la inventiva, jefes y combatientes rebeldes se sirvieron de ella para armarse mejor y disponer incluso de artillería, la mejor expresión de la tecnología bélica en el siglo XIX. No de balde la palabra “artillería” proviene de la raíz latina *Ars*, *artis*, que en latín vulgar alude a un conjunto de engaños, intuiciones o máquinas, en suma, a que los avances en artillería son reflejo del ingenio y la invención.

El apremio insurrecto resultaba cuánto más acuciante ya que los peninsulares sí contaban

con este recurso bélico. La artillería se había desarrollado en el Imperio español, cuando se hizo también patente la importancia de tener un personal bien formado en técnica artillera. Felipe V de Borbón restableció las escuelas de artillería en el territorio peninsular: la Escuela de Artillería y Bombas de Cádiz en 1710 y las de Matemáticas y Artillería de Barcelona, Pamplona y Badajoz en 1722. Y Carlos III fundó en 1760 el Real Cuerpo de Artillería, la Compañía de Caballeros Cadetes y el Real Colegio de Artillería de Segovia, que fue el primer intento de una escuela militar para adiestrar oficiales.

En cambio, no hubo artillería americana más la llevada por las compañías de infantería enviadas en ese entonces al Nuevo Mundo, que además contaban con soldados que se hacían cargo del manejo de los cañones y demás piezas de gran calibre. Más aún, las primeras academias militares no se construyeron sino hasta muy avanzado el siglo, a fin de dar dignidad a las tropas allí establecidas, pero sobre todo por el gran temor de que Napoleón Bonaparte invadiera los territorios americanos.



La fabricación de armamento y municiones solía llevarse a cabo en la península ibérica, donde prosperó una industria consagrada a ello durante el siglo XVIII. Los pilares eran las maestranzas de artillería, las cuales, según el Diccionario de Autoridades de 1726 y la Real Academia Española de la Lengua, son los talleres y oficinas:

1. Donde se construyen y recomponen los montajes para las piezas de artillería, así como los carros y útiles necesarios para su servicio.

2. Que se destinan a la artillería y efectos móviles de los buques de guerra.

En las maestranzas se guardaba todo los materiales de guerra utilizables, por lo común en distintos almacenes: uno para pólvora, otro para municiones y otro para las armas. Los almacenes contenían todo tipo de recursos susceptibles de ser esgrimidos en la defensa, como garfios de hierro, tachuelas, palas, picos, poleas, piedras, barras de plomo, correas, palancas, carros para el transporte, etc. Sin embargo, casi ninguno poseía las condiciones apropiadas para conservar su valioso contenido, ya por lo general sólo eran simples chozas. Las adversidades del clima, como los temporales (especialmente peligrosos para edificios poco seguros) o la humedad, llegaban a oxidar partes primordiales de los cañones, inutilizándolos.

Las principales maestranzas de la metrópoli fueron la de Sevilla (que indicaba el acabado de su forja con un delfín), fundada desde mediados del siglo XVI como “Real Casa de Fundición” y que era la que se ocupaba de producir las armas y municiones destinadas a América, la de Barcelona (cuyo símbolo era un dragón) y la de Cádiz que utilizaba el grabado de la Cruz de Borgoña sobre el cilindro del cañón.

Se sabe de la existencia de

maestranzas novohispanas –probablemente a nivel artesanal y muy burdo–, pese a la exclusividad peninsular sobre la fundición de armas, y a que sí hubo en operación antes de la guerra de Independencia. Al enterarse en 1808 que la familia real española había abdicado en favor de José Bonaparte, don Carlos María de Bustamante, letrado de ideas avanzadas, contrató a don José Francisco Dimas Rangel, relojero de prestigio y experto en mecánica, a fin de que construyera una fabrica, en donde forjaría cuatro cañones, siguiendo al pie de la letra la Ordenanza de Artillería y el Tratado de Artillería del Real Colegio de Artillería de Segovia. Don Carlos María mostraba su amor por la madre patria y, a la vez su odio, por el invasor francés.

Otro ejemplo procede de don José Luis Rodríguez Alconedo, connotado maestro platero y orfebre, además de excelente pintor. Criollo originario de la ciudad de Puebla y profesor de honor en la Academia de San Carlos, en 1808, luego de la destitución del virrey José de Iturrigaray, quien al parecer le protegía, fue acusado de estar forjando la corona que el ex virrey habría pensado ponerse cuando fuera emperador de la Nueva España. Nada se confirmó al respecto, pero como las tertulias que reunía en su casa e iban e n





aumento sugerían el desarrollo de un pensamiento disidente, se le embarcó en 1810 hacia España, donde permaneció preso durante varios meses. Una amnistía le permitió regresar un año después, cuando se sumó a la lucha insurgente y le prestó sus habilidades de oficio para fundir artillería. Acabó siendo fusilado en Apan (en el actual estado de Hidalgo), por órdenes del virrey Félix María Calleja el 1º de marzo de 1815.

Quienes habían tenido ocasión de obtener conocimientos empíricos de forja y disciplina en los acantonamientos militares que, como producto de las reformas borbónicas, se asentaron en Nueva España en el siglo XVIII, o de aprenderlos en el Colegio de Minería, se convirtieron en piezas clave de la rebelión cuando, después de la vorágine de la Alhóndiga de Granaditas, Hidalgo los designó jefes. Uno fue Mariano Jiménez, quien había dirigido la mina de La Valenciana y dominaba el lenguaje químico y matemático. Gracias a él y a otros como él, se fabricaron artefactos explosivos con azogue.

Así, a pesar de las vicisitudes que corrían al utilizarla, los insurgentes dispusieron de artillería pesada. Sus primeros cañones fueron de madera; en lenguaje militar, no solo se aplicó la tecnología bélica, también se traspasó. Según atestigua Calleja, “la mejor espada del reino”:

Bajé al llano para que la columna hiciera alto:

situé un cañón con el frente al camino real y otro mirando a la izquierda; la infantería cubrió el frente por donde bajaba la gente de a pie; y la caballería la situé

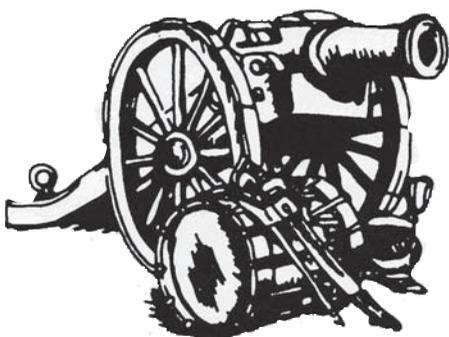
a retaguardia [...] En este estado vi que desde el camino hacían fuego con cañones y lo mismo de una altura: su corto estruendo y alcance me persuadió muy en breve que eran de palo.

Era recursos muy rústicos. Pero con ayuda de estos artesanos y profesionales, el armamento rebelde progresó y se fundaron otras maestranzas. Como las unidades peninsulares de artillería se situaban, por lo general, en las grandes plazas y tenían como característica principal la inmovilidad, para así defender los puntos clave de cada territorio, es posible suponer que las maestranzas de los insurgentes se localizaron en lugares estratégicos próximos a las ciudades de México y Guadalajara, en focos de la revuelta como Antequera (hoy Oaxaca), en sitios cercanos a las materias primas como los reales de minas o cercanos al extranjero, como Perote, en Veracruz.

Así que obviamente estas áreas serían punto focal de los intereses insurgentes, para proveerse de eficiente artillería, los jefes insurgentes se dieron cuenta, como se indicó, de la necesidad de tener armas mejores, si no podían ser capturadas, debían ser hechas por ellos mismos lo más rápido posible. Por eso, cuando Hidalgo entró en Valladolid con sus primeros cañones postizos, dispuso, ante todo, que se estableciera una maestranza en la cercana villa de Santa Clara (hoy Santa Clara del Cobre), misma que al poco arrasaron las tropas realistas. Cuenta la Gaceta de Gobierno del 1º de agosto de 1812: “Destruídos completamente todos los hornos de fundir cañones, moldes y demás que los insurgentes tenían en su maestranza por la calle de Barrio Fuerte”.

La experiencia militar de Ignacio Allende permitió que se percatara de ésta y otras exigencias. Dio prioridad a la construcción de maestranzas y autorizó el libre comercio —salvo de pertrechos como pólvora o cobre. También Manuel Muñiz, capitán del regimiento de Infantería Provincial, y fray Luciano Navarrete, erigieron fundiciones, respectivamente, en zonas de abundante madera como Pátzcuaro y Zacapu en Michoacán. Conforme el movimiento se extendía por los reales de minas, se levantaron más, aprovechando la circunstancia para acuñar moneda también.

De tal forma, en el periodo que corre entre 1810 y 1815, hubo maestranzas en Temascaltepec





(cerca de Toluca); Guadalajara; Valladolid, Pátzcuaro, Atijo (cerca de Zitácuaro), Zacapu, Santa Clara, Jungapeo, Jalpa (Michoacán), Isote (Isleta de Yuriria) y Tlalpujahuá (hoy en Michoacán); Matehuala y San Luis Potosí; Zacatecas; Barrancas de Cópore, San Miguel el Grande, Irapuato, Salvatierra, Villa de San Felipe, Cerro de Barajas, Cerro Culiacán y Guanajuato, por nombrar las más conocidas.

Fueron, pues, numerosas, aunque heterogénea la calidad de sus productos. Algunos podían salir hasta defectuosos, como lo relató el entonces capitán de las tropas realistas Agustín de Iturbide al llegar a Yuriria en abril de 1811: “Se emprendió la marcha a paso redoblado y al instante corrieron los que servían los dos cañones de palo que tenían en el camino con muchas conchas de hierro, y aunque por inservibles quise quemarlos, se ofrecieron los voluntarios de D. Manuel Valdovinos a conducirlos a este pueblo, en que han sido quemados, aprovechando las ruedas y el herraje”. Pero otros eran de muy buena calidad en cuanto a materiales y de manufactura magistral, a nivel peninsular. Lo admite el mismo brigadier

Calleja luego de la derrota de los alzados en la batalla de Puente de Calderón: “Excmo. Sr. Son las cuatro de la tarde, hora en que acabo de situarme en el campo enemigo, casi inexpugnable, como todos los que elige y guarnecido con 1,000 hombres y más de 80 piezas de artillería de todos los calibres, las más de ellas de las mejores que hay en América”.

Sin embargo, aun cuando las maestranzas proliferaron y los insurgentes dominaron sitios donde abundaban las materias primas indispensables para la artillería, la victoria no se pudo alcanzar en la primera fase de la guerra que terminó en la Independencia, en buena medida por la ausencia de una cultura de guerra, que se revelaba en la falta de disciplina, pericia militar y capacidad estratégica por parte de casi todos los jefes revolucionarios. Más que fabricar artillería, el problema era, más bien, tener que ponerla en manos de quienes no tenían la menor idea de cómo manejarla y de hacerlo bien. La pregunta es, por tanto, ¿cómo sacar de la nada a una sociedad en armas?



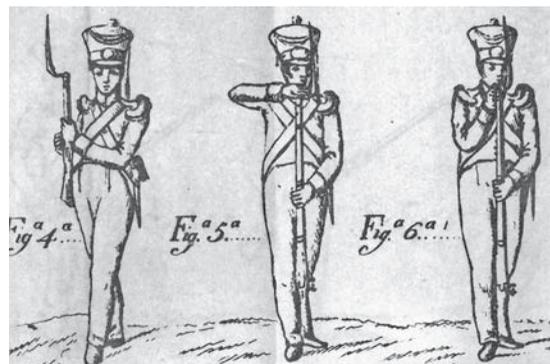
#### PARA SABER MÁS:

JUAN ORTIZ ESCAMILLA, Fuerzas militares en Iberoamérica: siglo XVIII y XIX, México, El Colegio de México, 2005.

\* Ver escena de la batalla de Puente de Calderón en la telenovela La Antorcha Encendida, en <http://www.youtube.com/watch?v=qopCyUaOtj8>.

\* Visitar el Museo del Ejército y Fuerza Aérea de México (Filomeno Mata 6. Centro, México DF).

\* Visitar la página electrónica de la Secretaría de la Defensa Nacional de México: <http://www.sedena.gob.mx/index.php?id=81>.





# LOS PRESOS Y EL CENTENARIO

DIEGO PULIDO ESTEVA  
EL COLEGIO DE MÉXICO

Los redactores de El Diario recibieron en la primavera de 1910 la que consideraron una conmovedora carta suscrita por cincuenta y dos presos de Puebla, quienes en nombre de todos los reclusos del estado pedían apoyo para que se les redujeran sus penas con motivo del Centenario

de la Independencia. Lejos de ser éste un hecho aislado, la carta se sumaba a una petición generalizada de indulto a lo largo y ancho del país. La expectativa de los presos era clara: recibir la gracia del Ejecutivo que mediante el perdón —decían— emularía las gestas heroicas de los insurgentes.



Con toda seguridad no era algo que estuviese en todos los periódicos. Ventilaba un asunto oculto, tan oculto quizá como la voz de los presos en la sociedad, una voz de rastros exiguos para el historiador. En este sentido, las peticiones de indulto invitan a pensar qué significados tuvieron

el Centenario y los héroes patrios en el mundo carcelario.

### Peticiones patrióticas

Entre la correspondencia personal de Porfirio Díaz, se conservan cartas y telegramas que le dirigieron los

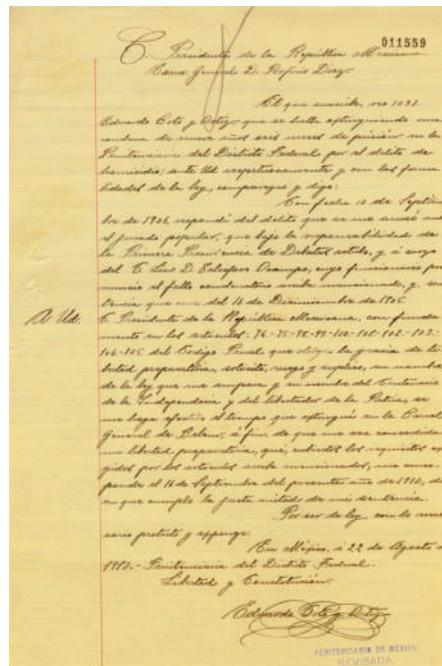
presos. Estos documentos exhiben una estrategia para conseguir ya sea la libertad o la reducción del castigo. Los “presos” en Tulancingo, Hidalgo, comunicaron el día 2 de abril:

Los desvalidos que gimen en los oscuros calabozos de esta prisión y que profesan a usted amor y veneración, le piden respetuosamente para el próximo Centenario de nuestra Independencia y libertad, el indulto para los sentenciados a sentencia plena, la reducción de ella para el condenado a muchos años y la absoluta libertad para los que, arrepentidos de todo corazón de su falta, tienen ya sufridos muchos años de prisión.

Aunque no debe descartarse la presencia de litigantes con o sin título de abogado —llamados tinterillos o huizacheros—, es claro que estas peticiones implicaban la aprobación de los presos. Al menos, todos los registros hablaban en su nombre, la mayoría tenía sus firmas y referían emotivamente su condición de encierro, arrepentimiento y anhelo de libertad. Por lo tanto, puede afirmarse que más allá de los mediadores presentes en el mundo litigioso, las peticiones estaban acreditadas por ellos mismos y permiten escuchar, así sea de manera fragmentaria y tenue, la voz de los sentenciados a cárcel o muerte por algún delito.

En ese cuerpo de documentos es posible identificar algunas tendencias.

1) La primera es sobre el remitente. Gran par-





te fueron enviadas por presos que, a título individual o colectivo, pedían el indulto. Si bien fueron menos, luego están las remitidas por familiares y asociaciones mutualistas que imploraban a Díaz conmutar las penas. Es decir, procuraban salvar del patíbulo a sus deudos o correligionarios según el caso.

2) La segunda tendencia es la similitud en los motivos por los cuales escribieron, pues cartas y telegramas rogaban el perdón con el fin de extinguir o reducir las sentencias.

3) La tercera es que procedían de localidades distintas, desde el municipio de Ocampo, en el estado de Chihuahua, a Comitán, en Chiapas; lo que permite asignar a las peticiones un carácter nacional.

4) La última es que los actores implicados eran igualmente plurales: de políticos envueltos en el magonismo o antirreeleccionismo a presos por delitos comunes, fuesen leves o graves. La constante más clara era la condición de encierro que compartían.

Como expresión colectiva, estos registros son todavía más llamativos ya que remiten a solidaridades entre los presos. A pesar de no estar diseñados para ello, los muros de la cárcel permitían la cohesión, pues la cotidianidad estaba



marcada por el contacto y la interacción continuos. Detrás del gesto de pedir en nombre de “los presos” es posible imaginar sociabilidades en las instituciones carcelarias. Estas debieron implicar reuniones orientadas a diseñar, discutir y firmar la petición.

Otro aspecto recurrente puede verse en los contenidos y estilos. La petición mencionaba la autoridad a la que se dirigía, el contenido de lo que cada uno solicitaba para reducir o condonar su sentencia, una motivación —en todas se alude al Centenario de la Independencia— y, desde luego, los nombres y, a veces, algunas cualidades de los que pedían el indulto.

En general, las peticiones no cuestionaban la legitimidad del poder, sino que se plegaron a un estilo deferente, mostrando que el autor de la petición no intentaba cuestionar la estructura de poder establecida sino obtener un favor mediante el halago, la emulación de algún héroe o la exaltación de la clemencia. Esto hace sentido en la medida que la petición solía dirigirse a rangos elevados cuando no a la cúspide de la pirámide política. Casi todos aprovecharon, incluso, otra fecha de enorme importancia en el calendario cívico del Porfiriato: el 2 de abril, felicitando sin inocencia a Díaz por la toma de Puebla en la lucha contra el Segundo Imperio.

Ahora bien, para comprender cabalmente el sentido de estas peticiones, conviene apuntar algunas características del indulto.

#### El indulto: continuidades y rupturas

En esencia, estas peticiones deben entenderse como parte de una tradición repetida durante todo el siglo xix y la primera mitad del xx, que hundía sus raíces en el antiguo régimen. Esto no esconde ningún misterio, pues el indulto es una figura jurídica que pasa del imaginario monárquico en torno a la justicia a formas modernas de impartirla. Cuando el delito era concebido como ofensa al monarca, éste tenía derecho de perdonar. Consecuentemente, el rey indultaba en forma paternal y misericordiosa, pues la gracia era una fuente trascendente de la justicia. El indulto iba más allá de los límites de la justicia pero sin el ánimo de transgredirla; en todo caso, su propósito era sublimarla.

Pese a su halo monárquico, el indulto se conservó en regímenes modernos. Contemplado en la Constitución de 1857 y reglamentado en el Código Penal de 1871, fue un atributo reservado al titular del ejecutivo, previa consulta a la Suprema Corte de Justicia y la Junta de Vigilancia de Cárceles, cuerpo encargado de dar seguimiento a la conducta de los presos.

En suma, el indulto permanecía como el último recurso para suavizar los rigores que resultaban de aplicar penas demasiado severas, rectificar errores cometidos en la imposición de las penas y para considerar circunstancias desconocidas cuando se había dictado la sentencia. Sobre todo, permaneció como instrumento para conmutar la pena de muerte por condena perpetua en la cárcel. Al reglamentarlo, se enfatizó en que, al conceder la gracia, las autoridades podían tomar en cuenta los “servicios a la nación” realizados por los candidatos a ser indultados.

Ahora bien, si pedir indulto fue una práctica sostenida, esto no quiere decir que las peticiones de 1910 calcaran sin más la tradición, pues, a diferencia de otras ocasiones, los presos buscaron el perdón a título colectivo y pretendieron que fuera general, esto es, que beneficiara a toda la población reclusa. La mención del Centenario y los héroes patrios sugiere que, a falta de méritos que pudieran ser tomados como “servicios a la nación”, los presos se ampararon en la memoria como fundamento para persuadir a las autoridades, cuando remitían su petición a algún funcionario de Estado, o bien a la opinión pública, como en las cartas dirigidas a algún periódico. Si algo llama la atención en este episodio, es que



los presos vieron la manera de introducirse en los rituales conmemorativos del primer Centenario de la Independencia.

#### Imaginarios en disputa

Fue de esta manera cómo, al margen de las procesiones cívicas, las exposiciones y los desfiles oficiales, participaron—si se quiere con interés— del Centenario de la Independencia. Usaron símbolos que se habían consagrado en la memoria histórica originada en libros, esculpida en estatuas y edificada en monumentos. De forma más cotidiana, estos símbolos aparecían también en tarjetas postales, hojas sueltas, juegos de la oca y títeres. Por ello, no es extraño que Nicolás Bravo asomara lo mismo en sus telegramas que en la base de la pirámide de la columna de la Independencia junto con los principales insurgentes. Los familiares de los presos conminaban a Díaz a emular a figuras históricas consideradas como ejemplares.

La clemencia es la virtud que más enaltece a los gobernantes y el perdón el acto más noble de los héroes. Si el inmortal Bravo perdonó no obstante de haberse sacrificado la preciosa vida de su padre [...] suplicamos que el héroe de la paz en acatamiento a sus virtudes y magnánimo una vez más, culmine su grandeza, sirviéndose otorgar [...] la gracia de indulto.

Al invocar héroes y episodios históricos resonaron ecos de la identidad nacional. Así lo revela el reconocimiento puntual de los personajes históricos a quienes se rendía culto. Los presos rememoraban, en concreto, dos figuras destacadas del movimiento de



*Deportados a las Islas Marias*



presos con motivo del Centenario”. En su número del 24 de febrero de 1910 discurrió ampliamente sobre el indulto. Si bien consideraba absurdo extender la gracia a todos los presos, aseguraba que la ocasión era propicia para “sacar de las cárceles a quienes no debían estar en ellas”, en clara alusión a personas procesadas y sentenciadas en forma incorrecta, en particular las acosadas por su militancia política.



### Negaciones legalistas

Si los primeros meses de 1910 fueron el tiempo de las peticiones, lo fueron también de las negaciones. En su correspondencia privada, varios funcionarios públicos insinuaron que otorgar el indulto en periodos de inestabilidad política podía ser algo delicado. Por ejemplo, la comunicación epistolar entre Porfirio Díaz y algunos gobernadores revela tendencias a endurecer la mano. A pesar de los ruegos, la agitación tenía ya suficientes signos inciertos como para conceder dádivas. En palabras de Jerónimo Treviño, gobernador de Nuevo León, se advierte que el orden estaba de por medio. Sobre José Lugo, magonista condenado a muerte por el asalto al poblado de Viesca, dijo: “Ha pedido varias veces indulto pero en estos momentos en que se han dado casos parecidos no conviene concederlo”. El 5 de agosto de ese año, *El Imparcial* comunicó: “Con su vida pagó las que debía el asesino José Lugo”, frase lapidaria que expresaba la supuesta ejemplaridad del castigo al presunto bandido.

Es posible que esto hubiera influido también en la negativa en que terminó el asunto. De manera lacónica, Porfirio Díaz aclaró que, tal como lo solicitaban los presos, el indulto general era indebido.

A pesar de que los reos no alcanzaron sus propósitos, este episodio es una mirilla privilegiada para comprender sus estrategias y discursos para obtener la libertad, así como para conocer la forma en que buscaron un lugar dentro de las fiestas del Centenario. Sin embargo, el programa oficial de estos festejos ya estaba escrito y se los había asignado. De la Comisión Central Española sur-

gió la idea de solazar a los reclusos de la Penitenciaría nacional a través de un concierto. Desde la torre central de Lecumberri, el Orfeón Catalán interpretó un repertorio de himnos y valsos. Dentro de los primeros estarían piezas de Anselmo Clavé, emblemáticas del asociacionismo y el republicanismo.

Las afinadas y armoniosas voces del Orfeón apagarían en esta ocasión el sinuoso coro de los presos. Sin embargo, la petición generalizada de indulto en 1910 precedía un ritual que se consolidó en la posrevolución. Esta vez, el Centenario conmemoraba la consumación de la Independencia y se decretó el indulto general a los reos el 15 de septiembre. La práctica de otorgar el perdón se sostuvo y fue objeto de encendidos debates en torno a quién lo otorgaba y en qué fecha: ¿Debía ser el 16 o el 21 de septiembre, o bien el 20 de noviembre? Este ritual de mando basado en el indulto todavía espera ser historiado.

### PARA SABER MÁS:

Heriberto Frías, *La cárcel y el boulevard*, México, Joaquín Mortiz, 2002.

Antonio Padilla Arroyo, *De Belén a Lecumberri. Pensamiento social y penal en el México decimonónico*, Archivo General de la Nación, México, 2001.

Elisa Speckman, *¿Quién es el criminal? Un recorrido por el delito, la ley, la justicia y el castigo en México (desde el virreinato hasta el siglo xx)*, Castillo, México, 2006.

-----, *Crimen y castigo: legislación penal, interpretaciones de la criminalidad y administración de justicia (ciudad de México, 1872-1910)*, El Colegio de México/unam-iih, México, 2002.

# LOS ARCOS TRIUNFALES EN LAS FIESTAS DEL CENTENARIO

Ma. Esther Pérez Salas C.

Instituto Mora



Las fiestas del Centenario llenaron la ciudad de México con una serie de arcos triunfales que servirían para darle mayor lucimiento a las celebraciones de 1910. La mayoría se erigió en las principales avenidas de la capital. Los vecinos de la colonia Roma disfrutaron de la presencia del arco triunfal que se instaló en la calle de Orizaba. La iluminación no sólo resaltaba los contornos y límites de la estructura, sino que también las inscripciones del mismo: “1810-1910”, “Paz” y “Colonia Roma”. Y en un alar-



de tecnológico, colgaban en el interior de los arcos, letras luminosas en las que se podía leer: Calle Orizaba. Se trataba de un elemento decorativo que retomaba la tradición que desde el periodo virreinal había sido empleado en nuestro país en las grandes celebraciones, sobre todo, en aquellas en las que se recibía a personajes importantes o se conmemoraban magnos acontecimientos.

La utilización del arco triunfal era una tradición que venía de la Roma clásica y servía como adorno para recibir a los emperadores romanos. Eran estructuras encargadas por alguna autoridad o corporación, ya fuese civil o religiosa. En su ejecución y proyecto se conjugaban la arquitectura, la escultura, la pintura, la poesía, la emblemática y la alegoría, que se acreditaban el poder de la potestad en cuestión.

Esta tradición fue continuada por el Imperio Español en todas sus posesiones, por lo que durante el periodo virreinal las fiestas reales convierten a las ciudades en el escenario público en el que se representa el fascinante espectáculo del poder majestuoso. Arte y propaganda se combinaban para transformar estas celebraciones urbanas en actos políticos de adhesión a la monarquía.

Dado que se trataba de eventos específicos, la mayor parte de los arcos triunfales tenían un carácter efímero. Se

hacían de madera y eran simulados mediante enormes lienzos que representaban las columnas o los relieves de la construcción, y se les coronaba con esculturas realizadas en cartón o madera. Generalmente se ubicaban en las calles o avenidas principales, por donde pasaría la procesión con el personaje celebrado.

No obstante que se trataba de obras que sólo duraban expuestas unas cuantas semanas, muchos de sus elementos se volverían a reutilizar, principalmente la estructura y los lienzos, ya que los primeros conformarían la base de nuevos arcos y los últimos se volvían a repintar.

Para el diseño y la elaboración de los arcos se contrataba a los mejores artífices de la localidad. A raíz de la fundación de la Academia de San Carlos en 1781, fueron los maestros y alumnos de esta institución los que se hicieron cargo de la elaboración de algunos de ellos. Como ejemplo, podemos citar a Gerónimo Antonio Gil, director de la academia, quien diseñó el arco que se erigió en 1784 en honor del virrey Matías de Gálvez. Décadas posteriores, a mediados del siglo XIX, los maestros y alumnos del mismo centro educativo participarían de manera activa en su erección.

Cuando se consumó la independencia y se





llevó a cabo la entrada del Ejército Trigarante a la ciudad de México, el acontecimiento se festejó de manera similar a como durante el periodo virreinal se habían llevado a cabo las celebraciones. Se hizo un paseo cívico-militar en el que Agustín de Iturbide ocupó el sitio de honor. El ejército de las Tres Garantías, formado por 16,000 hombres, fue recibido por el Ayuntamiento de la ciudad, la cual estuvo ricamente adornada e iluminada, hubo salvas, repiques, música, misa y sermón, banquetes y bailes.

Dentro de este ceremonial no faltó un arco triunfal, que se ubicó en la primera calle de San Francisco (actualmente la calle de Madero), entre el convento que daba nombre a la calle y el Palacio de los Azulejos. Se trataba de una construcción con tres entradas, una central, amplia y alta, por donde pasaría el ejército y la comitiva de los festejos, y dos entradas laterales, para los peatones, adornadas con pinturas, seguramente alegóricas. La parte superior del arco estaba coronada

por seis esculturas. En el centro, a manera de remate, se ubicaba el escudo nacional flanqueado con banderas tricolores.

En la pintura anónima que reproduce este arco triunfal, se puede apreciar el ambiente de júbilo y fiesta que caracterizó a la ciudad durante los tres días que duró el festejo, ya que además del 27 de septiembre, día en que se llevó a cabo la entrada de las tropas libertadoras, el 28 y 29 se celebró la instalación de la Suprema Junta Provisional Gubernativa y la Regencia. El pueblo participó y disfrutó en grande de este festejo.

(Imagen 1 Entrada del Ejército Trigarante)

Estos arcos, propios de las fiestas virreinales, y originalmente entendidas como de exaltación a la monarquía, se mantuvieron a lo largo del siglo XIX, a pesar de que los motivos fueron variando paulatinamente. Uno de los grandes festejos a la manera novohispana de que tenemos noticia, y sobre todo, referencias visuales, después de la consumación de la Independencia, sucedió en 1864 para recibir al emperador Maximiliano y su esposa, la princesa Carlota Amalia. Lo significativo del evento, hacía a los nuevos emperadores, de estirpe real, merecedores de distinción de tal magnitud.

Su llegada causó tal revuelo que las ciudades por las que la comitiva imperial pasó organizaron grandes festejos para recibirlos. El puerto de Veracruz, las ciudades de Córdoba, Orizaba, Puebla y, por supuesto, la capital del país, se engalanaron para recibir a los augustos personajes. Tanto en Puebla como en la ciudad de México, Maximiliano y Carlota tuvieron oportunidad de apreciar los arcos triunfales que se erigieron en su honor. Desafortunadamente no pudieron admirar los que se construyeron en la ciudad portuaria, debido a que una fuerte lluvia, resultado de los continuos “nortes” que asolan al golfo de México, los destruyó antes de que ellos recorrieran sus calles.

En la capital poblana se construyeron varios y las calles aledañas a éstos fueron adornadas con banderas, estandartes y demás elementos decorativos para hacer del evento una fiesta inolvidable. La población participó de manera festiva así como las fuerzas imperiales, lo cual quedó captado en las litografías que se editaron ese mismo año para

dejar constancia del recibimiento.

El diseño y elaboración de estos arcos estuvo a cargo de distintos miembros de la comunidad poblana. Uno de ellos, financiado por el Ayuntamiento, se instaló en la 1ª Calle de Mercaderes, justo antes de ingresar a la Plaza de Armas. El diseño corrió a cargo del profesor José María Medina y el encargado de realizarlo fue Bernardo Guerrero, discípulo del artista poblano Bernardo Olivares. Este arco, lucía en la parte superior las armas de la ciudad, y dos estatuas sentadas a los lados representando la justicia y la paz. El monumento estaba rematado por una estatua blanca, símbolo de la ciudad, en actitud de ofrecer la corona y el cetro.

(Imagen 2 Arcos triunfales en Puebla en honor a Maximiliano)

No sólo el Ayuntamiento poblano ordenó la construcción de arcos triunfales, también la sociedad civil participó activamente, de ahí que un grupo de distinguidas damas mandara a erigir en la calle de Mesones un arco en honor de Carlota Amalia, que en un breve lema resumía el sentir de ese sector de la población: “Las Hijas de Puebla a Su Augusta Emperatriz. 1864”.

Conforme se aproximaba la fecha de la llegada de Maximiliano y Carlota a la capital del imperio, los preparativos se habían acelerado a marchas forzadas. Se tenían programados varios arcos. De los que tenemos referencias visuales, destacan los siguientes: uno en las cercanías de la Alameda, que era el Arco de la Paz, otros dos en el Zócalo, dedicados uno a la emperatriz y otro a Maximiliano, y el cuarto, conocido como el Arco de los potosinos, financiado por el Departamento de San Luis Potosí, en la calle de Plateros, a la altura de la calle de Palma. No todos quedaron terminados a tiempo, debido a que a última hora hubo cambios en el programa de la entrada de los emperadores, no obstante las imágenes y las reseñas de estas obras efímeras dejan ver el esmero con el que fueron diseñadas y construidas.

Para la elaboración de los arcos se contrataron los servicios de los artistas más destacados del momento, como fue en el caso del Arco del Emperador, en cuyo diseño y elaboración participaron el arquitecto Ramón Agea, los escultores

Epitacio Calvo y Felipe Sojo, así como el pintor Petronilo Monroy. Dado que Calvo y Sojo eran maestros de la Academia de San Carlos, que para ese entonces cambió de nombre por Academia Imperial de Bellas Artes de San Carlos de México, también se contó con la participación entusiasta de los alumnos de esa institución.

(Imagen 3 Arco del Emperador en la ciudad de México.)

Entre los elementos que distinguen a este arco estaban los relieves con reproducciones alegóricas de las ciencias y las artes, así como la representación de la Comisión de Miramar y de la Junta de Notables. En la parte superior destacaba la estatua del Emperador, de 2.50 M. de altura, que portaba el estandarte patrio en la mano derecha y en la izquierda el cetro imperial. Lo flanqueaban dos figuras: la Equidad y la Justicia. Y la composición poética de dos versos era Niceto de Zamacois y





estaba inscrita en la misma estructura:

El Soberano la Nación dirige;  
 La Ley gobierna, la Justicia rige.  
 Por base el trono a la Justicia tiene,  
 Y en la Equidad y el Orden se sostiene.

En esta obra se juntaron cabalmente todos los elementos propios del arco triunfal como se concebía en el periodo virreinal: era para recibir festivamente a un poderoso al inicio de su gestión; mediante esta obra se adulaba al poderoso; se encomendó por el Ayuntamiento a pintores, escultores y poetas distinguidos; pero además, tenía un carácter popular, en la medida en que era una forma de presentar al pueblo la imagen solemne de la autoridad así como los rasgos principales del personaje en cuestión.

Durante el Imperio de Maximiliano, también se erigieron arcos triunfales en las fiestas cívicas de los republicanos, sobre todo en aquellos departamentos en los que se establecía el gobierno itinerante. Con esta clase de actividades festivas se legitimaban en el poder y refrendaban las ideas

políticas con las que estaban identificados. En San Luis Potosí, ciudad en la que el presidente constitucional Benito Juárez se había establecido en 1867, la batalla del 5 mayo se celebró con grandes festejos y arcos triunfales, uno de ellos erigido en la fachada del Palacio de gobierno. El objetivo de la celebración era mantener el sentimiento de esperanza entre la población de que el triunfo de la república sería alcanzado en poco tiempo.

Después de la caída del Imperio de Maximiliano, el gobierno republicano continuó con esta práctica festiva. La entrada del presidente Juárez a la capital de la república fue celebrada por todo lo alto y no podían faltar los arcos triunfales. Todo se tenía programado para la gran recepción que sería el 13 de julio, pero debido a las malas condiciones del camino, la comitiva se retrasó dos días. Los arcos triunfales se instalaron en lugares clave por los que transitaría el presidente Juárez, uno de ellos se ubicó en la Plaza de Guardiola y otro más en las calles de Bucareli.

Uno de los años en que la ciudad de México se vio profusamente engalanada con arcos triunfales, y de lo cual contamos con registros visuales, fue 1899, debido a que en el mes de septiembre se conjuntaron varias celebraciones. Además de las fiestas patrias y el onomástico de Porfirio Díaz, se dio el triunfo de la campaña política para una nueva reelección que cubriría el periodo de 1900 a 1904. Para esta fecha, diversos estados de la República costearon algunos de ellos, como fue el caso de Tabasco, Sonora, Morelos, Durango, Guerrero, Chihuahua, Hidalgo, Chiapas, Guanajuato, Puebla, Yucatán, Campeche y Oaxaca, que se diseminaron a lo largo de las calles de Plateros, San Francisco, (actualmente Madero), avenida Juárez hasta desembocar en el Paseo de la Reforma, ya que era la principal arteria de la ciudad, por la que desfilarían las fuerzas armadas así como los carros alegóricos patrocinados por diversas empresas, como la Compañía de Seguros La Mexicana, la dulcería El Globo, o las compañías tabacaleras.

(Imagen 4 Arco de Durango.)

De acuerdo con sus posibilidades económicas e intereses artísticos, cada uno de los estados contrató a diseñadores y constructores de la patria chica a fin de ésta quedara representada digna-



mente. De allí que echaran mano de ingenieros connotados, Ignacio y Luis L. de la Barra quienes gozaban de gran prestigio, sobre todo Luis, que tres años antes proyectó Manicomio de la Casañeda; o bien Adolfo Obregón, encargado de la construcción del Muelle de Tampico entre 1872 y 1875. Se integraron historiadores y arqueólogos de la talla de Alfredo Chavero y Leopoldo Batres. Entre los artistas plásticos, destaca la participación del escultor franco-italiano Enrique Alciati, maestro de la Academia, conocida en el Porfiriato como Escuela Nacional de Bellas Artes, quien en 1910 realizó la escultura del Ángel de la Independencia, así como el caricaturista José María Villasana, que en ese entonces estaba encargado de la clase de dibujo en la Escuela Nacional

Preparatoria. Los escenógrafos del Teatro Principal, Gumy y Clemente Martínez, colaboraron activamente en la elaboración de los lienzos.

(Imagen 5 Arco de Tabasco.)

Los temas seleccionados para estos arcos triunfales fueron muy variados. Unos se inclinaron por estructuras alegóricas como Tabasco, adornado por esculturas de la victoria que sostenían en lo alto coronas de laurel y se completaba con lienzos de seda roja y flecos dorados, que unían las columnas ubicadas en los extremos. Otros por un estilo ecléctico, más acorde con la arquitectura finisecular, mezclando elementos arquitectónicos árabes y bizantinos, re-

matando con una cúpula indostánica de forma bulbosa, como Durango. Chiapas prefirió un arco tradicional de estilo neoclásico, que recordaba los del periodo de la Roma imperial. Y otras entidades quisieron realzar su gran bagaje prehispánico, como Yucatán y Oaxaca, que se inclinaron por construcciones alusivas a sus zonas arqueológicas, por lo que el primero se inspiró en las





grecas de los edificios de Chichén Itzá y Oaxaca en las de la arquitectura de Mitla.

(Imagen 6 Arco de Yucatán.)

Desde el punto de vista iconográfico, los arcos erigidos a finales del siglo XIX evidenciaban el apoyo de las diversas entidades del país al régimen porfirista mediante elementos que se referían a la paz, la victoria y temas afines. De la misma manera, ponían de manifiesto los avances que se habían llevado a cabo en el campo del rescate de nuestro pasado prehispánico a la vez que se patentizaba el conocimiento que se tenía de los movimientos estilísticos de vanguardia. Las inscripciones se convirtieron en dedicatorias al presidente de la República, que ensalzaban sus logros. Frases como “Invicto en la guerra y magno en la paz”, “Al héroe de la paz” o simplemente “Al general Porfirio Díaz” dan cuenta de ello. (Imagen 7 Arco de Chiapas.)

En las celebraciones dentro de la república que, como dijimos, eran comunes para conmemo-



rar las fiestas patrias, los arcos triunfales también se erigían para recibir al presidente de la República o para rendir homenaje a los gobernantes locales. Como ejemplo citaremos, los contruidos para la visita del general Díaz a la ciudad de Toluca en el año de 1900 que se vio engalanada por cuatro arcos triunfales pagados por los distritos de Tenancingo, Valle de Bravo, Tenango y Texcoco, dispuestos en la Avenida principal por la que el presidente Díaz hizo su entrada triunfal. Ese mismo año la ciudad de Hermosillo honró con tres arcos triunfales al gobernador del estado de Sonora, el general Luis E. Torres, personaje que posteriormente quedaría inscrito en la historia patria por su férreo combate a los indios yaquis y su deportación a Yucatán.

(Imagen 8 Arco al Gral. Torres)

Naturalmente, para las fiestas del Centenario las expectativas fueron mayores. Se tenían contemplados múltiples eventos, en la capital, en los estados y en los rincones más remotos del país. Se pretendía mostrar no sólo a nivel nacional, sino sobre todo hacia el exterior, que México se había situado en el contexto de las naciones civilizadas. Y la fecha no era para menos. ¡Se celebraban 100 años de la Independencia!

Los arcos triunfales contruidos para este festejo, además de contar con las características ya señaladas, incluyeron un elemento que los ubicó en la modernidad, y fue el que por la noche se iluminaban con luz eléctrica, al igual que la Catedral, el Palacio Nacional y algunos otros edificios públicos. Esto fue una gran novedad. Uno de los ejemplos que lució la iluminación eléctrica en todo su esplendor fue el Arco doble ya mencionado que se instaló en la calle de Orizaba. Así como el arco triunfal que se instaló en la calle de San Francisco en 1821 significaba la entrada a una nueva etapa del país, de la misma manera el que se instaló en la calle de

Orizaba en 1910 dio paso, no sólo a la modernidad, sino que sin imaginárselo en ese momento, a una nueva época de la nación mexicana. Se cerraba un ciclo y se iniciaba otro.

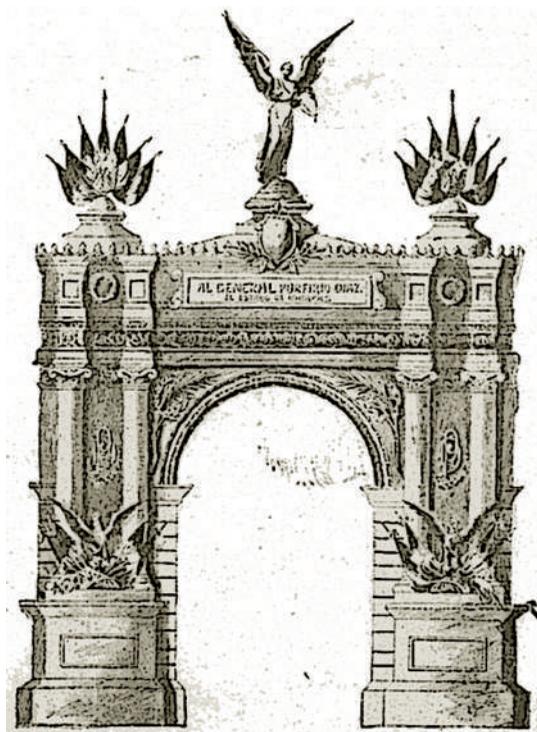
(Imagen 9 Arco luminoso de la calle de Orizaba)

El hecho de haber colocado este arco en la Colonia Roma fue significativo, pues era una de las nuevas colonias residenciales de la capital, a donde había cambiado sus residencias gran parte de la burguesía mexicana. Contaba con todos los servicios necesarios para que sus habitantes gozaran de las comodidades modernas, como amplias avenidas arboladas, parques y jardines, así como luz eléctrica. ¡Qué más se podía pedir!



otros elementos, acordes con las nuevas tecnologías. Durante el siglo XX la iluminación eléctrica marcó la pauta y en tiempos recientes los espectáculos con rayos láser han ocupado la escena. De igual manera siguen siendo espectáculos efímeros pero con nuevas tecnologías. Lo único que los recuerda en la actualidad son los que se realizan con flores en las festividades religiosas de algunos barrios de la capital o en las poblaciones que aún conservan sus tradiciones.

(Imagen 10 Arco de flores contemporáneo)



Con el pasar del tiempo las celebraciones patrióticas, desfiles y recepciones de personajes distinguidos siguieron llevándose a cabo, pero paulatinamente dejaron de construirse los arcos triunfales. La modernidad a la que el país entraba aceleradamente impuso cambios en los ceremoniales y en la parafernalia de los mismos. Estas construcciones efímeras fueron sustituidas por

PARA SABER MÁS:

LILLIAN BRISEÑO, *Candil de la calle oscuridad de su casa. La iluminación en la ciudad de México durante el porfiriato*, México, Porrúa/Instituto Mora, 2008.

ELISA GARCÍA BARRAGÁN, "La exaltación efímera de la vanidad", en *El arte*

efímero en el mundo hispánico, México, UNAM-IIE, 1983, pp. 278-291.

MARÍA JOSÉ GARRIDO ASPERÓ, *Fiestas cívicas históricas en la ciudad de México, 1765-1823*, México, Instituto Mora, 2006.

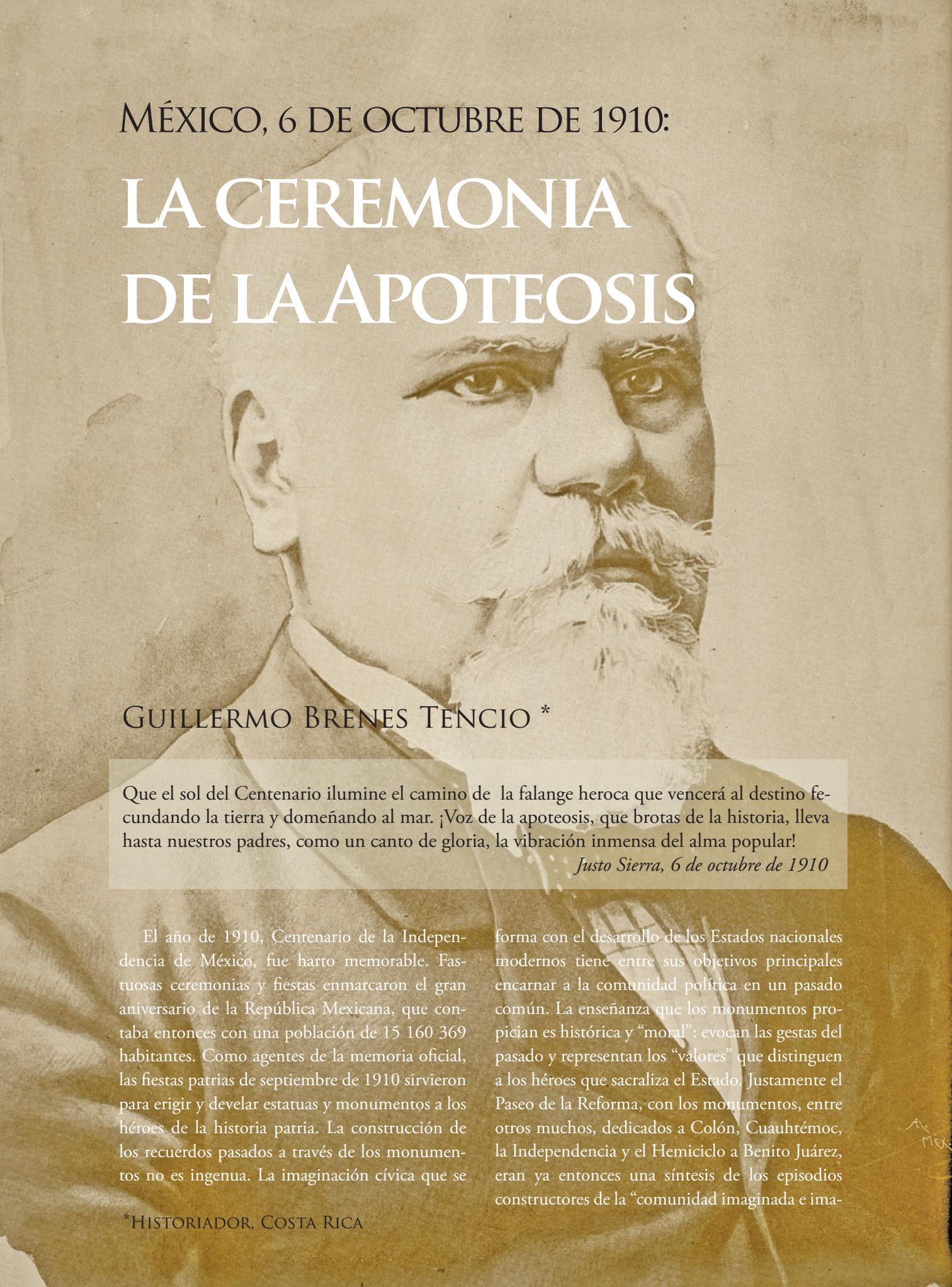
CLAUDIA PARODI, "El lenguaje de las fiestas: arcos triunfales y villancicos", en

*Teatro y poder en la época de Carlos III: Fiestas en torno a reyes y virreyes*, coord. de

Judith Farré Vidal, Pamplona, Universidad de Navarra/Iberoamericana Vervuert, 2007, pp. 221-235.

\* Selección de fotografías del INAH en México en el centenario de su independencia,

[www.youtube.com/watch?v=qjxrZY-hm8g&feature=related](http://www.youtube.com/watch?v=qjxrZY-hm8g&feature=related)



MÉXICO, 6 DE OCTUBRE DE 1910:

# LA CEREMONIA DE LA APOTEOSIS

GUILLERMO BRENES TENCIO \*

Que el sol del Centenario ilumine el camino de la falange heroica que vencerá al destino fecundando la tierra y domeñando al mar. ¡Voz de la apoteosis, que brotas de la historia, lleva hasta nuestros padres, como un canto de gloria, la vibración inmensa del alma popular!

*Justo Sierra, 6 de octubre de 1910*

El año de 1910, Centenario de la Independencia de México, fue harto memorable. Fastuosas ceremonias y fiestas enmarcaron el gran aniversario de la República Mexicana, que contaba entonces con una población de 15 160 369 habitantes. Como agentes de la memoria oficial, las fiestas patrias de septiembre de 1910 sirvieron para erigir y develar estatuas y monumentos a los héroes de la historia patria. La construcción de los recuerdos pasados a través de los monumentos no es ingenua. La imaginación cívica que se

forma con el desarrollo de los Estados nacionales modernos tiene entre sus objetivos principales encarnar a la comunidad política en un pasado común. La enseñanza que los monumentos propician es histórica y "moral": evocan las gestas del pasado y representan los "valores" que distinguen a los héroes que sacraliza el Estado. Justamente el Paseo de la Reforma, con los monumentos, entre otros muchos, dedicados a Colón, Cuauhtémoc, la Independencia y el Hemiciclo a Benito Juárez, eran ya entonces una síntesis de los episodios constructores de la "comunidad imaginada e ima-

\*HISTORIADOR, COSTA RICA

ginaria” llamada México, un libro de historia en bronce, mármol y granito, que se leía al pasear, un homenaje a los héroes que dieron libertad y patr

El aspecto simbólico aparece en los ritos de la nación. Así, podemos figurarnos la noche del 6 de octubre de 1910, cuando en el patio principal del Palacio Nacional en la Ciudad de México se efectuó una “emotiva y brillante ceremonia” que no sólo sirvió para clausurar con magnificencia y liturgia detallada las fiestas del Centenario, sino también un intento oficial para recuperar de una vez a varios de los héroes que se relacionaban con la gesta independentista de 1810, cuyos restos y cenizas reposaban desde el 17 de septiembre de 1823 en la bóveda de los virreyes bajo el Altar de los Santos Reyes de la Catedral Metropolitana, en espera del gran mausoleo que algunos suponían como panteón nacional.

Bien es sabido que la reconstrucción didáctica del pasado —centrada en la edificación de monumentos perennes o temporales y en actos para recordar gestas o personajes que alentaban el sentimiento patriótico— fue tarea del Estado porfiriano que buscaba su legitimación y se orientó, sobre todo, al culto cívico en una dimensión republicana. Honrar los despojos y pertenencias sagradas de los héroes-mártires y la ofrenda máxima de su vida en el altar de la patria es una tarea básica para formar la conciencia nacional.

La Apoteosis, proveniente de la Antigüedad clásica, consistía en la posibilidad de los mortales más insignes de ser parte del “Olimpo” histórico y adquirir así pasaporte a la inmortalidad. En una estructura jerárquica como



la porfiriana, constituyó una ceremonia cívica de índole oficial y elitista, en la que estuvieron presentes el general presidente Porfirio Díaz y las altas esferas civiles, militares y eclesiásticas de la nación. En las invitaciones para el evento se hacía hincapié en el atuendo de los caballeros: uniforme y condecoraciones; para las señoras y señoritas, vestido de gala. En el mundillo de las representaciones sociales, el ritual cívico se reservó a la gente de alto nivel y de buen ver y se excluyó a los sectores populares.

La crónica oficial de las Fiestas del Centenario no deja lugar a duda sobre los logros del régimen: “Como Roma tuvo a Augusto e Inglaterra su Victoria, México tiene a Porfirio Díaz. Todo está bien en México. Bajo Porfirio Díaz se ha creado una nación”. Es sabido que el Porfiriatto fue un régimen de facto, de acusado carácter personalista y autoritario legitimado, al menos ocho veces, por un presunto expediente electoral. Porfirio Díaz permaneció en el poder entre 1877 y 1911, con una sola tregua de 1880 a 1884. Para sus defensores, el régimen de “la Paz, el Orden y el Progreso” dio pábulo al México moderno en su más amplia acepción, aunque sus detractores lo describen como un régimen sanguinario que se erigió sobre el sacrificio de las libertades públicas y la coerción más descarnada a cualquier asomo





más vistoso y enaltecer los sentimientos nacionales, el pasado, los héroes? No es fortuito, pues, que un cenotafio erigido por el arquitecto Federico Ernesto Mariscal y Piña, se levantara en el centro del patio destinado para la ceremonia, el cual se techó y alumbró en forma eléctrica —símbolo y realidad del progreso mexicano. El mausoleo, hecho según órdenes académicas y con un estilo neoprehispánico, consistía en un gran

disidente. Según el historiador Luis González y González, a fin de aminorar el desgaste político y sus evidentes estertores de decadencia: “la pasión política se retrajo y al hambre se le distrajo con inauguraciones, desfiles, procesiones, cohetes, repiques, cañonazos, músicas, luces, verbenas, serenatas, exposiciones y borracheras”.

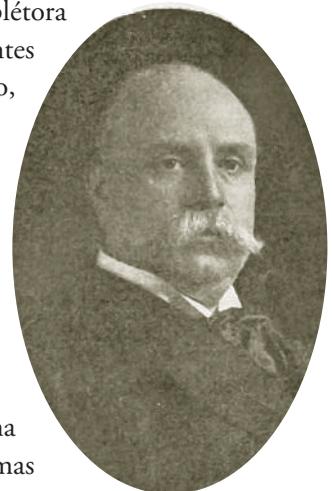
México poseía, hacia 1910, todo un conjunto de ritos ceremoniales, con una fuerte carga simbólica. De suerte que,

a pesar de realizarse al abrigo de las miradas ciudadanas en el Zócalo, la ceremonia de la Apoteosis fue magna y solemne y selecta la concurrencia. El Palacio Nacional fue embanderado e iluminado en grande para la ocasión; y los invitados, cultos y distinguidos, se mostraban sorprendidos por el espléndido decorado y los muebles magníficos. La ceremonia se inició —según estipulaba el estricto protocolo oficial— a las ocho de la noche. Las tribunas, los corredores y las galerías se vieron colmadas por más de 10,000 personas, vigiladas por una guardia de honor. El programa mereció ser perpetuado de manera visual y escrita en la enorme Crónica Oficial del Centenario.

Las liturgias porfirianas exigían la existencia material de “altares de la patria”. ¿Qué podría ser

basamento de escalera frontal, cuerpo cuadrado y catafalco superior, en el que se depositaron los restos o cenizas de varios de los caudillos de la Insurgencia. Al frente se colocó una placa que decía: Patria 1810-1910, y los nombres gloriosos de los principales héroes del imaginario nacional a los lados. En las esquinas del basamento y los ángulos de la plataforma inferior, cuatro braseros daban volumen a la composición. Cada esquina se decoró con un haz de cañas, hachas pretoriales y ocho remates flameros votivos, unidos por guirnaldas de hojas que caían a los lados de la placa y acababan en una flor descomunal de exuberancia exótica. En la parte superior, un águila mexicana con las alas extendidas descollaba sobre la azotea de Palacio Nacional, entonces aún de dos plantas. Los restos mortales de don Miguel Hidalgo y Costilla, José María Morelos y toda una pléthora de próceres insurgentes hacían del monumento, construido con materiales efímeros —madera, hierro, tela y cartón pintado—, una “presencia activa” del acontecimiento.

Era una fiesta de carácter republicano y en la puesta en escena estuvieron los emblemas



patrios —la bandera y el himno nacional—, el presidente de la República y funcionarios del nivel más alto del régimen. Pese a la modernidad y racionalismo con que pretendía proceder el Estado porfiriano, no pudo evitar —como otros tampoco podían— el uso de insignias y símbolos de todo tipo.

Es fácil suponer que el acto empezó a la llegada del señor presidente y su esposa, doña Carmen Romero Rubio de Díaz y de los invitados especiales, quienes —según testigos contemporáneos— no escondían su satisfacción. Ninguno pensaba que habría un estallido revolucionario poco más de un año después.

Los episodios musicales fueron importantes en el desarrollo de la ceremonia; la orquesta y los cuatrocientos integrantes del coro del Conservatorio de la Ciudad de México entonaron las notas vibrantes del Himno Nacional, la “Marcha Heroica” de Camille Saint-Saëns, la “Apoteosis” de Héctor Berlioz, y luego, en lo que fue una cumbre palpitante, la Marcha Fúnebre del “Crepúsculo de los Dioses” de Richard Wagner. De tal modo, el rito de la Apoteosis nos permite analizar cómo el México de “la paz porfiriana” logró



elegir y ordenar una simbología nacionalista al servicio de sus intereses de dominio, mediante la oficialización de los días de fiestas cívicas y patrióticas, de protocolos y del culto a sus figuras más destacadas.

Los discursos no podían estar ausentes en la ocasión. El primer orador en la tribuna cívica fue el secretario de Relaciones Exteriores y ex gobernador del estado de Chihuahua, Enrique C. Creel, quien hizo un “brillante panegírico” a los héroes del pasado y sus gestas. Dijo vívidamente, y con la cadencia de un rosario laico, que la patria mexicana:

[...] alza hoy en este recinto un templo; en ese templo, altares, y vertiendo en ellas flores y quemando ante ellos perfumes, glorifica y enaltece a sus redentores y entona en su honor himnos triunfales. El hombre será indigno de su grandeza y la humanidad no merecedora de los inmensos bienes de que disfruta, si no se mostraran gratos a todo cuanto los colma de bendiciones, lo mismo al astro que alumbra su cielo, que a la flor que perfuma sus campos, y lo mismo al fruto que los nutre, que al techo que los cobija y á la mano providente que los protege.





LA NIETA DEL PADRE DE LA PATRIA  
RODEADA DE NIÑAS ESCOLARES, BAJO LA PILA EN QUE FUE BAUTIZADO HIDALGO  
FOR. SEM. ILLU.

Como tenía que ser, Creel enfatizó en la idea de reverenciar a los héroes nacionales, a quienes había que “[...] rendir culto y [...] tributar; ante sus imágenes revividas en la memoria del pueblo mexicano y palpitantes en su corazón, como ante sagrados íconos, doblamos la rodilla; y puestas en lo alto de nuestras aspiraciones y elevadas como hostias nuestras almas, entonamos el hosanna triunfal glorificador de nuestros héroes y de nuestros mártires”. Más adelante exaltó a ultranza la figura de don Porfirio y su “monarquía con ropajes republicanos”, transformando un día de rememoración en uno de propaganda para el proyecto liberal oficial. Lo que sigue es un buen ejemplo:

El tiempo había de llegar en que una nueva reedición se iniciara y se consumara para el pueblo mexicano. Era fuerza realizar una nueva epopeya, una odisea de la paz y del trabajo; y al Ulises de esa nueva epopeya no necesito nombrarlo.

Venciendo obstáculos al parecer insuperables; luchando contra rancias preocupaciones y añe-

jos errores; haciendo frente á los hombres, tanto como a las cosas y a las ideas, emprendió, y la logró, la regeneración del país. Gracias a él y a la trascendencia de su obra, reinan la paz y la prosperidad; la Nación Mexicana disfruta de alto crédito y es objeto de las atenciones y agasajos de todos los pueblos civilizados; gracias á él, hemos podido solemnizar nuestro Centenario y esta magna apoteosis con incomparable magnificencia, entre el aplauso y las cordiales manifestaciones de simpatía de todas las Naciones del orbe y en medio de las aclamaciones de un pueblo libre, próspero, culto y feliz. Así considerada, esta solemnidad se agiganta.

La inclusión oficial de la Iglesia Católica Apostólica y Romana en las fiestas del Centenario patrio se reconocía en la presencia del culto y heterodoxo sacerdote e historiador liberal Agustín Rivera y San Román, quien hizo la oración cívica en la que ensalzó y glorificó “a los padres de [la] libertad con la magia y soberanía de su palabra”. Frente a la urna con los restos de los insurgentes, Rivera dijo a la enorme concurrencia que:

Hidalgo, puesto en pie en el umbral de su templo, con la palabra clara, convincente y conmovedora, iluminó las almas de aquellos parias, les hizo ver los grandes males del gobierno colonial y los grandes bienes que resultarían de la Independencia, y ellos lo comprendieron, porque eran ignorantes, pero no eran tontos, y corrieron luego á armarse, unos con machetes, otros con lanzas, con cosas, con flechas y con hondas. Esto pasó al amanecer del 16 de septiembre.\*\*\*

Ulteriormente,  
el Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, Justo Sierra Méndez, leyó un largo y hermoso poema épico. La interpretación de Sierra sintetizó —con el retórico



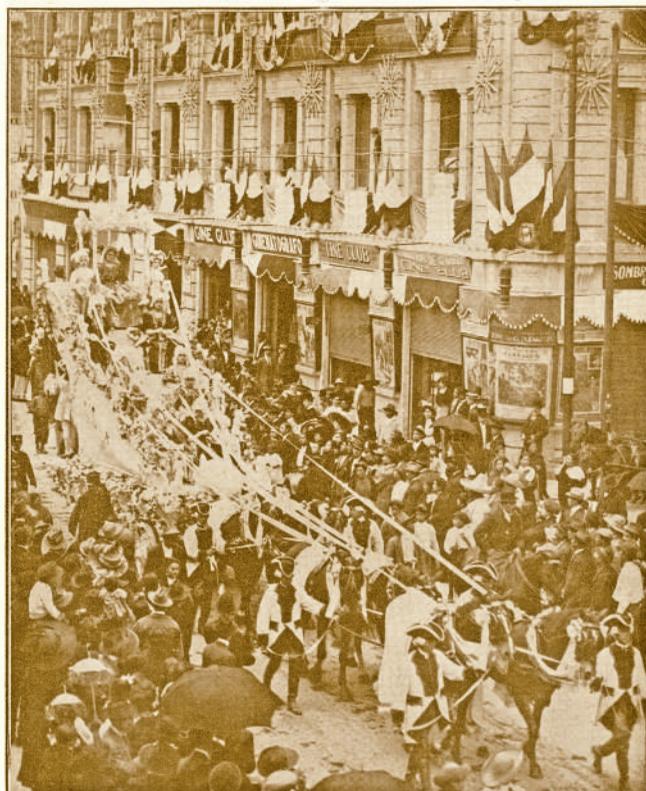


entusiasmo verbal que lo caracterizaba— lo que significaba el monumento de corta vida y toda la apoteosis a aquellos hombres que la patria y los mexicanos debían reconocer. Asimismo, rendía tributo a España y a la Iglesia, y reconocía a los insurgentes de 1810 como vástagos de ambas. La apoteosis de México era una comunión, una “santa causa”. En palabras del máximo ideólogo del orden porfiriano:

Y por eso escogisteis, desde la primera hora,  
un lábaro invencible: la virgen redentora  
que dio al indio por égida su propio corazón.  
Hoy la paz y el trabajo de vida nos circundan,  
las escuelas el alma del porvenir fecundan  
y arraiga en vuestro polvo un inmortal laurel;  
y, galardón supremo de vuestra augusta hazaña,  
á loar vuestra empresa surge la Madre España;  
con su león luchasteis y el vencido fue él.  
Pero sois hijos suyos, suya es vuestra memoria,  
sois retoños segados del árbol en su Historia.  
Cuya simiente un mundo engendró en libertad;  
sois sus hijos, lo dice el empeño invencible  
de inyectar vuestra sangre en un sueño im-

posible,  
y como el Cid, ya muertos, tornarlo realidad.  
Aquí la Patria oficia como madre y pontífice;  
no la cubre de oro y gemas el orífice,  
mas de esmeraldas, perlas y rubíes la luz.  
Y elevan á los cielos sus manos soberanas,  
perfumadas de incienso de flores mexicanas,

Uno de los Carros más Hermosos de la Fiesta del Domingo





chedumbre “ratificó el homenaje que la Nación rendía, encarnada en el más conspicuo de sus representantes”. Se trató así de un claro ejemplo de invención y “resemantización” de tradiciones, ya que estas suponen la elaboración de ritos y símbolos —de verdaderas narraciones— que contribuyen a la explicación de la realidad y juegan un papel determinante en el comportamiento de los actores sociales en el denominado “teatro estatal del nacionalismo”.

El monumento de arquitectura efímera y los actos relativos a la apoteosis de los Héroes de la Independencia no fue un hecho aislado, sino el final de una larga serie de eventos conexos con

la de los cristos nuestros, ensangrentada cruz.

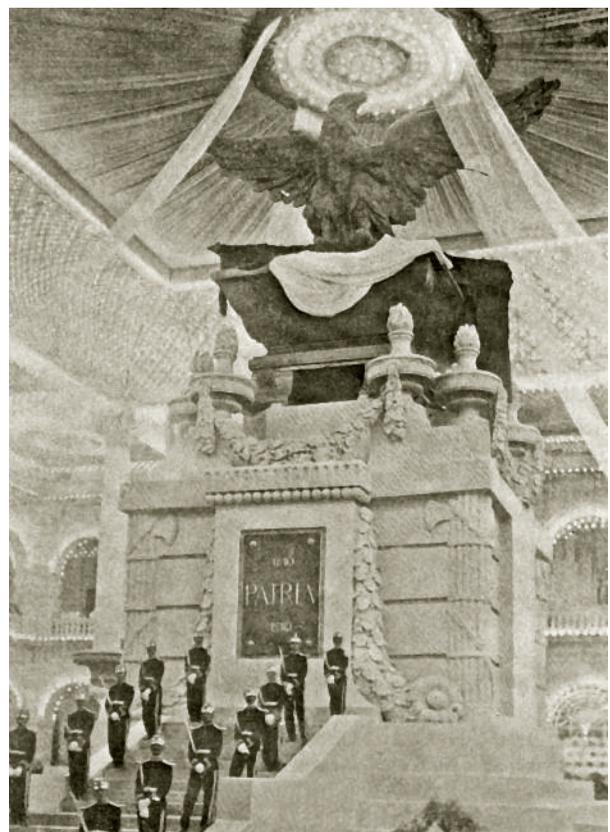
Como acontecimiento culminante del rito supremo conmemorativo, el presidente Porfirio Díaz, una suerte de “oxígeno de la República”, guardado por una disciplinada escolta de la plana mayor del Ejército, subió al primer escalón del monumento —convertido real y simbólicamente en altar de la patria—, donde depositó una corona de laurel (símbolo de la victoria) sobre la lápida en que estaba inscrita la palabra PATRIA. De este acto, la pluma del cronista oficial y testigo excepcional, el abogado, escritor e historiador Genaro García y García y Rojas, refiere que: “... en aquel momento, el salón [del Palacio Nacional] tenía verdaderamente el aspecto de un templo cívico en el que el jefe de Estado celebraba el rito de la gratitud popular”.

Terminados los homenajes de oratoria, el anciano caudillo —canonizado simbólicamente como divinidad rectora de la patria— manifestó con vibrante emoción lo siguiente:

En este acto, al que han acudido los Representantes de las Naciones Extranjeras, que nos traen el saludo de los pueblos amigos, en nombre de la Patria vengo á ofrecer á Hidalgo y sus dignos colaboradores esta corona, que simboliza la gratitud de un pueblo hacia sus héroes.

Una aclamación estruendosa de la mu-

las conmemoraciones septembrinas, en las que el régimen de Porfirio Díaz hizo un buen intento de promover una religión cívica, que incluyó la producción masiva de material ceremonial (fiestas, mitos, ritos y rituales) y de imponentes monumentos y grupos escultóricos: desde la Columna de la Independencia (1902 – 1911) coronada por un ángel colosal en bronce dorado de 6.70 metros de altura, el “Ángel de la Independencia” (una re-





presentación alada de la Victoria que sujeta con la mano derecha una corona de laurel y con la izquierda una cadena rota); hasta el Hemiciclo, de severo estilo griego, al Benemérito de la Patria Benito Juárez, en el bello parque de La Alameda, en el cual un Juárez sedente está acompañado de las alegorías femeninas de la Patria y la Justicia. Al erigirse estos emblemáticos monumentos en la soberbia y majestuosa Ciudad de México, el régimen coronaba, con éxito, la ideología del progreso y de la modernidad y apostaba por su legitimación y por la conciliación nacional, sin saber en ese entonces, que cerraba con broche de oro el extenso mandato de Díaz.

A diferencia de tales monumentos de componentes imperecederos, el monumento a los “mártires redentores” —que consumaron el movimiento independentista— fue dismantelado luego del ceremonial cívico, dado su carácter temporal. Y, tras la parafernalia conmemorativa, los despojos mortales de los máximos héroes nacionales, los caudillos de la Independencia de septiembre de 1810, se guardaron por largos años más en el templo de mayor jerarquía de la nación, hasta que el día 16 de septiembre de 1925 encontraron —un último y honroso asilo— en una

cripta construida en el interior de la Columna de la Independencia en el Paseo de la Reforma, convirtiéndose ésta en un monumento de carácter cívico y funerario.

PARA SABER MÁS:

ENRIQUE AYALA ALONSO, “El Panteón Nacional”, en Carlos Alberto Mercado

Limones y Luz de Lourdes Serna Cerrillo (comps.), *Catrina y Sepulcro*, México,

Universidad Autónoma Metropolitana–Unidad Xochimilco, 2006, pp. 141 – 155.

GENARO GARCÍA, *Crónica Oficial de las Fiestas del Primer Centenario de la*

*Independencia de México* (facsimilar), México, Centro de Estudios de Historia de

México Condumex, 1990.

LOUISE NOELLE GRAS, “México: las fiestas del Centenario, 1910”, en

*Apuntes*, vol. 19, núm. 2, julio–diciembre de 2006, pp. 228–235.

VERÓNICA ZÁRATE TOSCANO, “La conformación de un calendario festivo en

México en el siglo XIX”, en Erika Pani y Alicia Salmerón (coords.), *Conceptualizar lo*

que se ve. François-Xavier Guerra, historiador: Homenaje, México, Instituto Mora, 2004, pp. 182-214.

# ORIZABA Y LAS FIESTAS DEL CENTENARIO

Eulalia Ribera Carbó

Instituto Mora





El México de 1910 no era lo que parecía, y menos aún lo que el gobierno de Porfirio Díaz intentaba que pareciera.

Es verdad que el balance de los 33 años, si contamos el cuatrienio de Manuel González, durante los cuales el general Díaz ejerció el mando supremo del Estado, era altamente positivo, sobre todo si se compara la situación del país en 1910 con la de 1877.

El sólido aparato estatal construido por los liberales reformadores de mediados de siglo, hizo posible que la alianza concertada en los años ochenta entre el poder político y los grandes terratenientes, principales beneficiarios de la desamortización y de la nacionalización de los bienes de las corporaciones, rindiera frutos. El desarrollo económico era notable, nadie podía poner en duda la estabilidad política, y la paz social, conseguida más a base de palo que de pan, eran fieles testimonios de los logros alcanzados.

Sin embargo, el desarrollo económico dependía de las condiciones prevalecientes en las potencias industrializadas que adquirirían nuestros productos. La estabilidad política era, en lo fundamental, resultado de una férrea dictadura pactada con los señores de la tierra y del dinero,

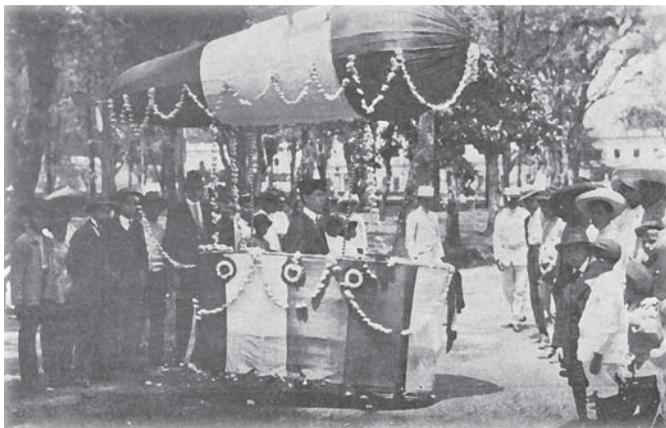
y la paz social encubría la gran ofensiva de los hacendados sobre las tierras de los pueblos, el despojo a pequeños propietarios, salarios de hambre, jornadas de trabajo de 14 horas, tiendas de raya, justicia patronal ejercida por propia mano y una larga lista de agravios que la mayoría de la población parecía soportar resignada y calladamente.

Cuando el siglo XX empezó con una crisis económica originada en Estados Unidos, las voces de la oposición, expresadas en órganos de prensa siempre amenazados, crecieron no sólo con nuevas publicaciones cada vez más radicales, sino con la organización de círculos liberales que se plantearon la necesidad de recuperar la vigencia de las garantías individuales consignadas en la Carta Magna y de parar las pretensiones de la Iglesia católica de recuperar espacios y riqueza. El malestar soterrado se empezó a politizar. Los magonistas, a través de su periódico Regeneración, parecían llegar a todas partes y los clubes liberales proliferaban. Para 1906 la huelga minera de Cananea, en Sonora, y un conato de alzamiento revolucionario en Coahuila en 1908 fueron indicios, que se intentó pasar por alto, de que la cosa no iba tan bien. En enero de 1907 la feroz represión de la huelga de Río Blanco, Veracruz,

señaló de nuevo que el sistema ya no funcionaba como lo había hecho hasta hacía poco. Ese mismo año se inició otra crisis capitalista en Estados Unidos, ésta mucho más profunda que la de 1901, y al comenzar el año de 1908 el “tirano honrado” anunció que ya no se postularía para un nuevo periodo presidencial. Todo se precipitó a partir de aquel momento. Otro intento revolucionario ese mismo año, pugnas entre los secretarios del gabinete para alcanzar la silla presidencial, y la oposición nacida en el seno de la propia oligarquía.

En su libro *La sucesión presidencial en 1910*, Francisco I. Madero propuso la creación de un partido, e invitó a Porfirio Díaz a postularse para la presidencia, junto con un miembro del nuevo partido para la vicepresidencia. Sordo a la propuesta de transición pacífica que se le ofrecía, Díaz se volvió a postular con su mismo vicepresidente. Entonces, obligado a radicalizarse, Madero hizo campaña con la bandera del sufragio efectivo y la no reelección, pero fue detenido y apresado a un mes de las elecciones, que dieron un triunfo fraudulento a Porfirio Díaz.

Fue en ese ambiente en el que se dieron los festejos del primer centenario del inicio de la guerra de Independencia. Las celebraciones echaron un resplandeciente velo sobre la gravedad del momento y el país pudo mostrar ante el mundo sus logros recientes y su capacidad para dar solución a problemas ancestrales. La ocasión fue amplia y hábilmente aprovechada para reafirmar la autoridad y los méritos de Porfirio Díaz, héroe de la guerra patriótica y héroe de la paz promotora del orden y el progreso, y la capital de la República



fue el escenario privilegiado del gran despliegue de la grandeza mexicana.

Los festejos en la ciudad de México fueron los de mayor resonancia del país. Sin embargo, en cada ciudad y en cada pueblo, los poderes locales se aprestaron a organizar sus propias celebraciones. Seguramente había en ello un auténtico sentimiento patriótico y un real gusto por la efeméride. Pero sin duda también, el fasto acontecimiento ofrecía la ocasión a cada ayuntamiento para exhibir, desde su ámbito, la prosperidad del régimen porfiriano.

Orizaba era un lugar conspicuo en aquel panorama de modernidad tan ponderado por el gobierno de Porfirio Díaz. Durante las décadas de 1880 y 1890, en apenas 20 años, la ciudad y su valle se habían convertido en la región industrial más moderna de México, sobre todo por las grandes fábricas textiles que habían encontrado ahí las condiciones propicias para su instalación y funcionamiento exitosos. La antigua y señorial villa cosechera del tabaco, que había vivido su esplendor urbano en el siglo XVIII con la riqueza que el cultivo de la “hoja” había permitido amasar a unas poderosas elites locales, estaba convertida un siglo después en un hervidero de innovaciones que alteraba sin remedio su armónico y tranquilo semblante colonial.

El Ferrocarril Mexicano había empezado a correr por las anchuras de Orizaba a finales de 1872 y con él se habían abierto las puertas a la transformación. Muy bien lo comprendió Manuel Payno cuando en 1864 escribió que el “tren de carros y el convoy de pasajeros” pronto acabarían con las “vejeces” y desplazarían a los antiguos cosecheros y a los descendientes de los administradores del tabaco. El ferrocarril fue



efectivamente un condicionante principal para hacer de Orizaba un enclave conveniente para el florecimiento de la industria. Otro lo fue el agua. Y es que en los años ochenta y noventa, grandes capitales franceses amasados en México en la actividad comercial y otros europeos canalizados a través de sociedades anónimas, fueron invertidos para levantar las ingentes fábricas de la región orizabeña, que funcionaron con la energía eléctrica que podía producirse con los caudales del río Orizaba y el Río Blanco.

Años atrás, Tomás Grandisson, el escocés que fuera administrador de la famosa fábrica de Colaplan, lo había augurado cuando dijo que en tiempos no muy lejanos, Orizaba sería la Manchester mexicana. Parecía que la profecía se estaba cumpliendo: cinco fábricas de textiles de algodón, una fábrica de textiles de yute, grandes cervecerías con producción asociada de hielo, varias fábricas de cigarros y puros, tres grandes talleres de barro cocido para materiales de construcción, un aserradero de mármol, carpinterías mecánicas, molinos de maíz y trigo, máquinas para beneficio del café, curtidurías, fundiciones, tenerías, tejerías, panaderías, zapaterías, sastrerías y camiserías, sin dejar de mencionar los grandes y modernos talleres mecánicos de la estación del Ferrocarril Mexicano. Muchos de estos establecimientos funcionaban con la energía eléctrica que producían los dinamos de las hidroeléctricas de la cascada de Rincón Grande, del Salto de Barrio Nuevo, de la barranca de Ojo de Agua y de Zoquitlán; pero además, eran centros de trabajo que aglutinaban, muchos de ellos, a centenares de obreros, y algunos, como las imponentes Río Blanco y Santa Rosa, a cerca de 2000 cada una.

En poco más de cinco lustros, Orizaba había aumentado su población a más del doble. La ciudad y todo el valle eran un trasiego de gente oriunda y otra que venía de fuera; trabajadores textiles que llegaban de Puebla, Tlaxcala y la ciudad de México; campesinos de Oaxaca que buscaban acomodo en las industrias. También llegaron operarios extranjeros a las nuevas empresas: ingleses y escoceses al ferrocarril y a la maquinaria textil, franceses a las industrias textiles, alemanes

a las cervecerías, estadounidenses a la ingeniería hidroeléctrica, sin contar a los españoles ocupados en los giros comerciales tradicionales, y hasta algún sueco que vendía máquinas de coser, muebles y pianos.

La modernidad que iba de la mano de la industrialización se manifestaba en todo. La ciudad se comunicaba con un amplio sistema de tranvías de tracción animal y se iluminaba con focos de arco gracias a contratos celebrados entre el Ayuntamiento y las hidroeléctricas que servían a las fábricas; se construían casas, un nuevo cementerio municipal, un manicomio; se levantaban monumentos y estatuas, se ajardinaban las plazas e instalaban kioscos; se inauguraban elegantes hoteles, se fundaban sociedades científicas, artísticas y academias de música; se abrían escuelas y se ha-



cían reformas educativas, y hasta se creaba uno de los primeros equipos de fútbol de México, el Orizaba A.C.

El progreso orizabeño parecía no enfrentar obstáculos. Pero, como sucedía en todo el país, la bonanza y la renovación escondían por detrás de sus fachadas, malestares provocados por la explotación inmisericorde de la mano de obra trabajadora en las fábricas por la falta de libertades políticas y la mano dura de un gobierno que solo en apariencia era monolítico. La irrupción de una inestable población proletaria, numerosísima y de raíces campesinas apenas disimuladas, incomodaba a la “gente decente” y de refinadas maneras urbanas, tenía en vilo a las “buenas conciencias”, a los espíritus cultos de las familias linajudas de la ciudad. Se habían creado círculos mutualistas,

escuelas nocturnas para obreros, bibliotecas populares que fomentaban las celebraciones cívicas del santoral liberal. Las protestas de los trabajadores y la fundación del Club Antirreeleccionista Ignacio de la Llave, con sucursales por todas las villas fabriles del valle, eran un constante motivo de inquietud para la gente de orden. El 5 de mayo de 1910, un gran mítin antirreeleccionista fue dispersado por la policía estatal, y el 22 se llevó a cabo una multitudinaria manifestación en la Alameda por la llegada de Madero a Orizaba.

En ese panorama, las fiestas de celebración del primer centenario de la Independencia iban a ser una gran puesta en escena de la prosperidad, la modernidad y las buenas maneras de los orizabeños. El centenario sirvió de pretexto para hacer mejoras urbanas que acicalaban la imagen de la ciudad. En marzo de 1910, por ejemplo, el Ayuntamiento otorgó una autorización a la Comisión de Paseos y giró la instrucción al tesorero municipal y al ingeniero de la ciudad para trasladar el centro de la fuente pública situada frente a la iglesia de los Dolores a una de las fuentes de la Alameda, dejando frente a la citada iglesia un “hidrante” para servicio del público. También se la facultó para que mandara construir un centro para otra de las fuentes del principal paseo de la ciudad y para que se quitara la columna que se encontraba en el centro del parque Alberto López, remitiéndola al panteón en lo que se le hallaba un lugar más conveniente. Todo, como se decía, para que Orizaba no se quedase atrás y presentara también sus calles y jardines de manera agradable



a la vista de los visitantes que la honraren con su presencia el día 16 de septiembre.

Como era ya una tradición de años, el cabildo nombró a una Junta Patriótica que había de encargarse de organizar las festividades. La lista de los integrantes de la Junta solía estar encabezada por el Jefe Político del Cantón y seguir con el alcalde municipal, los síndicos y regidores del Honorable Ayuntamiento, entre quienes se encontraban siempre nombres conocidos por la prosapia de las antiguas familias de cosecheros del tabaco o propietarios destacados por sus pingües negocios urbanos. Esa Junta de varias decenas de personas, nombraba a su vez a la comisión encargada de detallar el programa de actividades que debían solemnizar el aniversario.

Cien años eran cien años, así que en 1910 los festejos no durarían solamente el 15 y 16 de septiembre como de costumbre, sino que, iniciando el 14, se alargarían hasta el 18.

El programa oficial de las fiestas con que se celebraría en la ciudad de Orizaba el primer centenario de la independencia nacional empezaba así:

#### MEXICANOS:

Desde las márgenes del Suchiate hasta las orillas del Bravo, del Atlántico al Pacífico y en el poblado más humilde como en la misma ciudad capitalina, no hay lugar en la República donde no se presten los buenos mexicanos a conmemorar, en la medida de sus fuerzas, el centenario del movimiento insurgente con que se inició la magna empresa de nuestra emancipación política.



(...)

Si faltan en nuestros festejos los esplendores de la opulencia, en cambio palpitará en ellos el regocijo de nuestro espíritu patriótico, que sabrá dar a tal solemnidad toda la animación que desbordan nuestros corazones en un aniversario de recuerdos tan gloriosos.

Por eso, sin distinción de creencias, partidos, posición y jerarquías, todos, absolutamente todos cuantos llevamos en nuestras venas la candente sangre de Cuauhtémoc, debemos cooperar con nuestro esfuerzo individual a fin de que la conmemoración resulte digna de quienes derramaron su sangre por legarnos nacionalidad.

Con esta inflamación patriótica empezaron los festejos el miércoles 14 de septiembre a las seis de la mañana, izando el pabellón nacional en todos los edificios públicos, y con una salva de 21 cañonazos y repiques de las campanas en todos los templos de la ciudad. A las diez, en la glorieta central de la Alameda, en presencia de las autoridades del Cantón, los miembros de la Junta del Centenario, la Academia Cantonal de Profesores y los invitados, se entregó la bandera nacional a un "Batallón Escolar", que recorrió las principales calles de la población hasta el parque Castillo, donde se entonó un himno frente a la estatua de Miguel Hidalgo y Costilla. Por la tarde, hubo en la Alameda un concurso infantil de trajes y, al terminar, los niños trajeados, por supuesto hijos de familias acomodadas, repartieron juguetes a los niños pobres que concurrieron al evento. Eso sí, en el parque Castillo todos los niños, ricos y po-

bres, pudieron participar de un baile organizado para ellos. Después de arriar la bandera a las seis de la tarde, el jolgorio de ese primer día continuó con serenatas en los parques Castillo, Alberto López y Teodoro A. Dehesa, que lucieron magníficamente iluminados hasta las once de la noche.

El jueves 15, se izó de nuevo la bandera a las seis, saludada con los mismos 21 cañonazos y repiques de campanas, pero también con músicas y silbatos de todas las sirenas de fábricas, talleres y locomotoras de Orizaba. El día fue de inauguraciones. A las diez de la mañana, las autoridades civiles y militares, empleados, corporaciones, colegios y vecinos se reunieron en el Palacio Municipal, para dirigirse en caravana al puente Porfirio Díaz, que fue solemnemente inaugurado con música de la banda militar y un aplaudido discurso de don Rafael Escandón, de ilustre apellido. Acto seguido, la comitiva se dirigió a la 1ª calle de la Santa Escuela para descubrir las placas en que estaba inscrito el nuevo nombre de las ahora calles de la Independencia y, después, se colocó la primera piedra del que había de ser el puente de la Independencia que uniría las calles de Montiel con las antiguas de la Santa Escuela. Ahí también ahí hubo un discurso, éste a cargo de Don Cristóbal Granillo, destacado pasante de Jurisprudencia. Enseguida, la comitiva se dirigió a la Alameda, donde fue inaugurado un kiosco construido por el Ayuntamiento, con una serenata de la banda infantil del Hospicio Municipal, formada con el patrocinio del Jefe Político del Cantón. Esa misma banda habría de amenizar después el reparto de 500 trajes a los niños pobres de la ciudad, que





harían señoras, señoritas y caballeros designados por el llamado Centro de Dependientes.

En la tarde de ese 15 de septiembre, después de la comida, los habitantes de Orizaba se dirigieron de nuevo a la Alameda para ver cómo arrancaba una cabalgata de distinguidas señoritas y jinetes vestidos a las usanzas mexicana y europea, que recorrió las principales calles de la ciudad con banderas y ramos de flores que fueron depositados al pie del monumento erigido al héroe de Dolores. Siguieron las serenatas populares en el parque Castillo y en el Alberto López, mientras que la crema y nata de la sociedad orizabeña asistía en el Teatro Llave a una velada literario-musical. A las 11 de la noche, llegado el punto más importante

de aquellos festejos, en el balcón central del mismo teatro, la primera autoridad política del cantón vitoró la Independencia y, en ese momento, todos los edificios públicos, los paseos y las avenidas de Orizaba fueron iluminados

mientras las campanas de los templos se echaron al vuelo y el aire fue atronado con salvas y cohetes. De tal manera aquella noche se recreó, en la original ceremonia del “grito”, la convocatoria del padre Hidalgo a toque de campana a la heroica gesta de los insurgentes mexicanos.

El día no había acabado. Los elegantes ocupantes de los balcones del Teatro Llave, seguidos por los humildes espectadores de la plaza, se encaminaron hasta el templo de San José de Gracia para inaugurar un moderno reloj colocado en la torre, mediando unas palabras del profesor de Instrucción Pública Miguel Saavedra Guzmán. Y entonces sí, para acabar, todas las agrupaciones sociales de Orizaba recorrieron en “Gran Vitor”, como se había previsto en el programa oficial, las calles de la ciudad, acompañadas por el pueblo y música incesante.

Poco rato de sueño tuvieron los orizabeños para rehacerse de jornada tan intensa, porque al día siguiente, a las nueve de la

mañana, volvían a reunirse en la Jefatura Política todas las autoridades locales, empleados, obreros, invitados de las colonias extranjeras y ciudadanos comunes, para recorrer en procesión cívica la ciudad. La columna, en la que también participaban carros alegóricos, recorrió las calles de 5 de Mayo, de Mercaderes, de Teodoro A. Dehesa, de la Corrección, la avenida de la Libertad, la de la Reforma y toda la avenida Colón hasta la Alameda, donde hubo un breve acto con dos números musicales y un discurso de un tal señor Ulloa. En la tarde se llevó a cabo un vistoso combate de flores en la Alameda y la avenida Colón, y en la noche se cerraron los festejos del día con serenatas en todos los parques y un espectáculo pirotécnico en la avenida de la Libertad.

Había concluido la jornada más señalada de la efeméride, pero, como dijimos, las celebraciones habrían de prolongarse dos días más. El sábado 17 se inauguró, en la 2ª calle de Aldama, la escuela Miguel Hidalgo para mujeres que la Comisión del Centenario mandó construir como “recuerdo material” del primer centenario de la Independencia. El acto consistió en una larga sucesión de números musicales a cargo de una orquesta, un barítono y unas señoritas sopranos, intercalando poesía, discurso y declaración oficial. Por la tarde se inauguraron también las bancas colocadas en el paseo del parque Teodoro A. Dehesa, mientras las bandas militar y municipal amenizaban el evento. Por la noche, de vuelta las serenatas de ocho a once y, al terminar, bailes populares en el Teatro Gorostiza y el Salón Verde.

El domingo fue el último día de



fiesta. Se inauguró el parque de los Hé- roes con la alocución, la declaración y la música correspondientes, y en la Escue- la Cantonal “Ignacio de la Llave” hubo una exposición de trabajos manuales. La colonia francesa obsequió un lote de cobertores al hospital. A las dos de la tarde se inició una gran kermesse en la glorieta central de la Alameda a cargo de la cual estuvieron las “principales da- mas” orizabeñas, que terminó con una batalla de confeti que después debió dar mucho trabajo a los barrenderos de la ciudad. La población obrera de Orizaba también tuvo sus responsabilidades; los trabajadores del Departamento de Fuerza Motriz del Ferrocarril Mexicano, de las fábricas de cigarros La Violeta y El Progreso, de la Empresa de Pulques y los tex- tileros del Yute de Santa Gertrudis, los Cerritos y Cocolapan tuvieron la encomienda de levantar arcos triunfales en las calles 5 de Mayo, San Ra- fael y las avenidas Libertad y Colón.

Se llegaba al final de las celebraciones. Aquellas jornadas de pompa y regocijo terminarían con un gran desfile, en el que debían participar todas las agrupaciones obreras de Orizaba, las corporacio- nes, los niños hospicianos que estrenaban unifor- mes de gala y las colonias extranjeras, portando cada una sus sus estandartes respectivos.

Mucho habían cuidado las autoridades polí- ticas del cantón que la ciudad y sus habitantes se mostraran con la mayor decencia y lucimien- to posibles. Al igual que en la ciudad de Méxi- co, hasta a los indios se les quiso acicalar lo más



posible y se conminó a los ayuntamientos a que procurasen, por todos los medios posibles, a lo- grar que “la raza indígena” supliera su habitual vestido por el pantalón, la blusa, los zapatos y el sombrero charro, y así confirmar el renombre de México como nación culta del mundo.

Durante cinco días, Orizaba fue una ciudad feliz. Los orizabeños parecían todos hermanos al son de un sentimiento patriótico inspirado en el recuerdo de los héroes que nos dieron patria. Pero, como dice la canción, al terminar la fiesta, el pobre volvió a su pobreza y el rico a su riqueza y el 5 de octubre, Francisco I. Madero lanzó su plan revolucionario convocando a los mexicanos a levantarse en armas contra el presidente espurio.

#### PARA SABER MÁS:

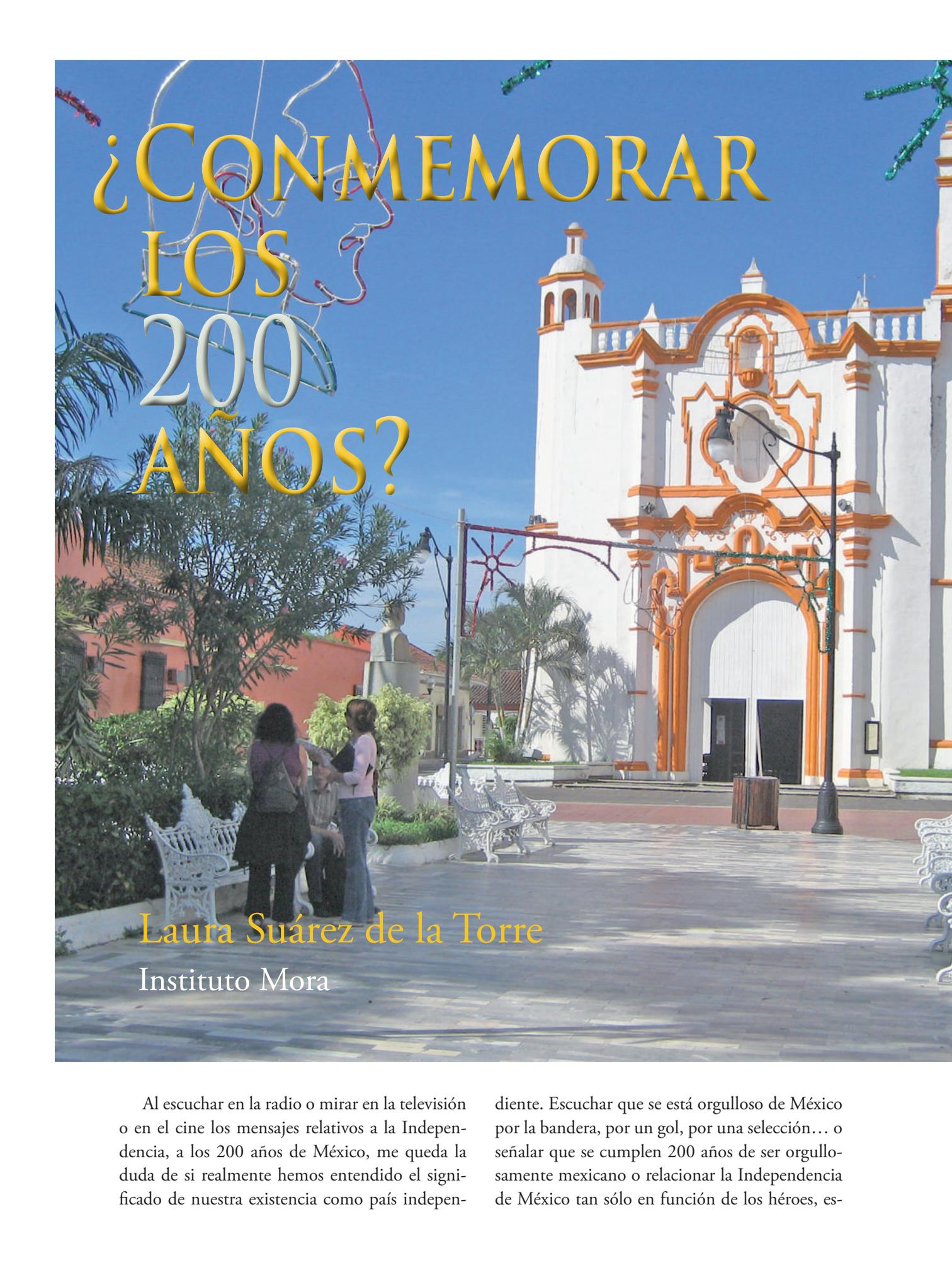
BERNARDO GARCÍA y LAURA ZEVALLOS, Orizaba. Veracruz: imágenes de su historia, México, Gobierno del Es- tado de Veracruz/Archivo General del Estado, 1989.

RAFAEL DELGADO, *Los parientes ricos*, México, Porrúa, 1993 (Colección de Escritores Mexicanos).

EULALIA RIBERA CARBÓ, *Herencia colonial y moder- nidad burguesa en un espacio urbano. El caso de Orizaba en el siglo XIX*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 2002.

\* Visita a la ciudad de Orizaba, al Archivo Municipal de Orizaba (esquina de Sur 9 y Oriente 4, Orizaba) y al Mu- seo de Arte del Estado (ex Oratorio de San Felipe Neri, Orizaba).





# ¿CONMEMORAR LOS 200 AÑOS?

Laura Suárez de la Torre

Instituto Mora

Al escuchar en la radio o mirar en la televisión o en el cine los mensajes relativos a la Independencia, a los 200 años de México, me queda la duda de si realmente hemos entendido el significado de nuestra existencia como país indepen-

diente. Escuchar que se está orgulloso de México por la bandera, por un gol, por una selección... o señalar que se cumplen 200 años de ser orgullosamente mexicano o relacionar la Independencia de México tan sólo en función de los héroes, es-



cogiéndolos según la tendencia política: Miguel Hidalgo, José María Morelos, Ignacio Allende, Xavier Mina, Josefa Ortiz de Domínguez, Guadalupe Victoria, Vicente Guerrero, o Agustín de Iturbide, o reducir las dos centurias a las fechas

15 y 16 de septiembre o incluso a los años 1810 y 1821, o pensar que caricaturizando a los próceres se está innovando nuestro conocimiento, todo esto me hace pensar si se otorga a la historia un significado y un valor. Símbolos, personajes y fechas son indispensables en la construcción de una nación, pero si quedan sujetos a una visión reduccionista de la historia, patentizan la incompreensión de nuestro caminar a lo largo de estas dos centurias.

Los 200 años han dado sin duda mucho de qué hablar, en distintos sentidos del término. La propaganda que surgió a raíz de 2010 refleja intereses de actores varios involucrados en la tarea de recordarnos a los mexicanos el pasado con orgullo y el presente con cautela, teniendo cada uno de los involucrados -la televisión, el gobierno, los intelectuales, las instituciones, la gente común- intereses diversos. Las diferentes voces, sin embargo, coinciden en referirse a la fecha porque, en general, existe un consenso (aunque hay quienes insisten en polemizar si fue en 1808 o 1821). Alrededor de ella han surgido proyectos diversos que buscan influir en los ciudadanos haciéndonos tomar conciencia del ayer y del ahora de México a través de sus habitantes, los personajes históricos, el pasado, la riqueza natural, la diversidad geográfica, entre muchas otras representaciones, que han encontrado espacios para presentarse, proyectarse o recrearse en revistas, exposiciones, libros, películas, conferencias, etcétera. Imágenes, escritos y obras que han sido alabados por unos y criticados por otros; algunos convertidos en propuestas polémicas, inadecuadas, dispendiosas o incluso mezquinas porque es muy difícil en estos





asuntos dar gusto a todos y a cada uno de los mexicanos interesados o entusiasmados por querer otorgar un sentido a esta celebración.

Algunos periodistas, politólogos, historiadores, comunicólogos, por ejemplo, se han ocupado por señalar aciertos y desatinos respecto de los responsables de hacer eco del acontecimiento

histórico, pero más que emprender un verdadero análisis del significado se han quedado únicamente en el señalamiento superficial, son una crítica que no es propositiva y que, por lo mismo, no es provechosa. Otros han recurrido al momento para hacer de la conmemoración una propaganda



personalista o de partido que tampoco genera un beneficio. Se puede decir incluso que en algunos pareciera existir nostalgia por el general Porfirio Díaz, por la magnificencia de los festejos que su gobierno preparó para la conmemoración del Centenario que, dicho sea de paso, más que para los mexicanos estuvieron pensados para enseñar las glorias de México en el exterior, para hablar del progreso alcanzado, y mostrar la inserción del país en el concierto de las naciones, imagen que la Revolución se encargaría de contrariar muy pronto. En lo que todos coinciden es que para la población en general, es imprescindible que lo que se presente en torno al acontecimiento, sea fidedigno, festivo, alegre, vistoso, que agrade y pueda ser disfrutado. Sin embargo, ha sido tanta

la explotación del hecho que ha llegado el momento en que la gente se muestra cansada de escuchar palabras huecas que no le dejan nada y que, más allá, no le ayudan a comprender realmente el significado que ha de tener esta conmemoración.



Tanto en el siglo XIX como en el XX y en el XXI hubo y hay una clara aceptación en reconocer a un México grande, rico y variado. No se ha querido explorar no obstante, encauzar y valorar la diversidad de la población y, por lo mismo, el multiculturalismo que enriquece a nuestro país. Si bien es cierto que nos asumimos como mexicanos existen, al mismo tiempo, fuertes diferencias entre nosotros que nos llevan a poner en duda nuestra identidad en tanto habitantes de un mismo país. Las diferencias entre el norte y el sur, entre los pobladores de las costas y los de la meseta central y aun entre los mismos indígenas, son insoslayables. Al mismo tiempo, las separaciones económico-sociales nos llevan a pensar si realmente todos nos sentimos mexicanos en igualdad y derechos, ciudadanos de un mismo país, nacidos del movimiento insurgente. El conocer nuestra historia nos ayudaría a entendernos mejor, a sabernos herederos del mismo patrimonio, a trabajar por un mismo proyecto: México.

Falta, asimismo, mirarnos como mexicanos en un país que brega constantemente por mantener la independencia, no ya como una cuestión de separación política, sino refrendando nuestra soberanía y enfrentando los retos de la nación mexicana en medio de la "globalización". Muchos se preguntan qué y por qué celebrar cuando se depende económicamente de otros países y cuándo la cultura extranjera nos ha invadido. Es justo en este escenario en el que debemos actuar otorgando un nuevo significado a la Independencia, al reconocernos en nuestro legado histórico y al defender nuestra cultura —tradiciones, comida, idiosincrasia— la que nos hace diferentes frente al "otro", pero sobre todo buscando lo que quere-

mos para el futuro de nuestro país.

Vale entonces la pena interrogarnos sobre el sentido e importancia de esta fecha histórica. Ha habido tentativas de hacerlo. Los más letrados lo han intentado en tanto historiadores, literatos, artistas y políticos, pero sus esfuerzos no logran interesar a los demás, a las mayorías, al pueblo. Sus discusiones se centran en nuevas visiones de la gesta histórica, a veces con un carácter protagonista. A menudo lanzan mensajes tan eruditos que no alcanzan a llegar al habitante común. Puede decirse que su desempeño está más encaminado a impresionar a sus colegas que a sus conciudadanos. Otros, más tradicionalistas, presentan una historia plagada de acontecimientos políticos y militares, generalmente, con una visión desde el centro. Se niegan a desprenderse de la historia fáctica, de la visión oficial priísta. No pueden renunciar a los nombres y las fechas, las que para ellos otorgan sentido a la historia e incluso dan mayor peso a ciertos periodos de nuestra historia. Este panorama revela cuán difícil resulta encontrar la vía para establecer un diálogo con la historia a través de agentes distintos. Pocas son las ocasiones que se prestan para hacer un examen introspectivo de lo que somos y de lo que significa México tras 200 años de existencia y, sin embargo, enfrentar ese reto ha resultado muy difícil.



Desde otra perspectiva, se han presentado algunos proyectos que podrían considerarse conocidos -lo que no implica que logren cumplir cabalmente su cometido- y que parten de propuestas gubernamentales o particulares. Unos cuantos de los múltiples que se han apoyado para este fin han logrado tener un impacto en un número



mero más significativo de mexicanos, como lo son, por ejemplo los programas de radio en los que se abordan de manera anecdótica y amena pasajes distintos de la Independencia, el programa “Discutamos México”, la colección de libritos Charlas de café..., el libro Historia de México, propuesta lanzada por la Academia Mexicana de la Historia que cuesta 39.00 pesos, o los más de 27 millones de ejemplares de la obra Viaje por la historia de México que entregó el gobierno federal o las variadas revistas, aquellas que por su prestigio son reconocidas y cedieron algunas páginas para hablar de la conmemoración como Nexos, Este País, Letras libres, Proceso. Otros han aspirado a llegar a públicos más amplios con la recreación del pasado, sin que, por diversas razones hayan logrado su cometido, como BiCentenario, 2010, Relatos e historias, Bicentenario de Proceso, que desde muy diferentes enfoques tratan en sus páginas de estos tan manidos 200 años de la Independencia.

Si bien estos proyectos pueden considerarse pensados y planeados con una visión histórica, es necesario reconocer que han captado la aten-

ción de los mexicanos, como lo son, por ejemplo los programas de radio en los que se abordan de manera anecdótica y amena pasajes distintos de la Independencia, el programa “Discutamos México”, la colección de libritos Charlas de café..., el libro Historia de México, propuesta lanzada por la Academia Mexicana de la Historia que cuesta 39.00 pesos, o los más de 27 millones de ejemplares de la obra Viaje por la historia de México que entregó el gobierno federal o las variadas revistas, aquellas que por su prestigio son reconocidas y cedieron algunas páginas para hablar de la conmemoración como Nexos, Este País, Letras libres, Proceso. Otros han aspirado a llegar a públicos más amplios con la recreación del pasado, sin que, por diversas razones hayan logrado su cometido, como BiCentenario, 2010, Relatos e historias, Bicentenario de Proceso, que desde muy diferentes enfoques tratan en sus páginas de estos tan manidos 200 años de la Independencia.



ción de pocos mexicanos si consideramos que el total de habitantes del país es de más de 100 millones. El número de oyentes, televidentes o lectores que se han interesado por los “productos” históricos puestos a su alcance representa un porcentaje mínimo de la población, lo que nos lleva nuevamente a cuestionarnos si lo que existe entre los mexicanos es una falta de interés por conocer el pasado o lo que ha fracasado es la pericia de quienes tenemos en nuestras manos la posibilidad de pensar la historia y concebirla para los demás.

Habría que aludir también al sentido de nuestra historia en tanto enseñanza fallida. Emprendida desde la cúpula del poder a través de los libros de texto –siempre polémicos por la tendencia o los periodos incluidos o excluidos– o concebida por los académicos para los privilegiados del saber o asumida por los medios de comunicación como fórmula de entretenimiento, que no busca transmitir el conocimiento histórico y, por ende, su aprendizaje y comprensión resultan inútiles. De allí que la población en general desconozca su pasado y, consecuentemente, no otorgue a la conmemoración la importancia que merece tener.

Los acontecimientos que posibilitaron el cambio que nos separó de España con el objetivo de llegar a ser un país independiente y construir a la nación mexicana se aceptan como primordiales, lo que no significa que realmente se hayan asim-



lado. Muchas interrogantes surgen alrededor del proceso que conllevó una serie de acontecimientos que se dieron en las dos primeras décadas del siglo XIX, que se continuaron a lo largo de los años siguientes. Muy pocos están conscientes de que ser independientes ha sido un proceso lento que conllevó a los mexicanos de aquella centuria a enfrentar múltiples sucesos –la expedición española, encabezada por Isidro Barradas, la guerra de los Pasteles, la ofensiva contra Texas, las pretensiones monárquicas, la invasión estadounidense, la intervención francesa, la penetración económica, entre otros– frente a los cuales los mexicanos debieron luchar para ratificar que el país existía en tanto independiente.

La reflexión en torno al significado de ser independientes ha quedado como tarea pendiente y, por lo mismo, aquí habría que señalar que un pueblo que desconoce su historia, es un pueblo que no puede celebrar un hecho que le es ajeno, porque no puede identificarse con su pasado, sus héroes, sus símbolos, su cultura, si le son muy distantes.

Conocer nuestra historia resulta fundamental para asumirnos como mexicanos y



ello no puede quedar reducido a frases simples, repetidas constantemente, que no inciden en el conocimiento. La publicidad diseñada para tal fin, concebida por distintas instancias públicas y privadas, se ha ocupado de mostrar aspectos divertidos o curiosos que pretenden atraernos hacia nuestro pasado e identificarnos como mexicanos, imágenes instantáneas en las que no existe una intención verdadera de comunicar la historia. Se elude la responsabilidad de acercarse al pasado con sus grandezas, pero también con sus miserias y sus errores, lo que no ayuda a la construcción de una imagen más certera de México porque, en realidad, su historia, es desconocida.

Preocupa que, ante una cultura mayoritariamente mediática, los medios de comunicación son los que, muchas veces sin escrúpulos, muestran en sus emisiones “contenidos históricos”; presenten programas con pasajes pretendidamente históricos en los que se confunden los periodos y se mezclan personajes con el fin de hacerlos atractivos. Existe además una nueva tendencia a presentar la historia a través del escándalo, que, en su más amplia acepción, desnuda a los héroes e inventa en torno a ellos cuentos sin sustento



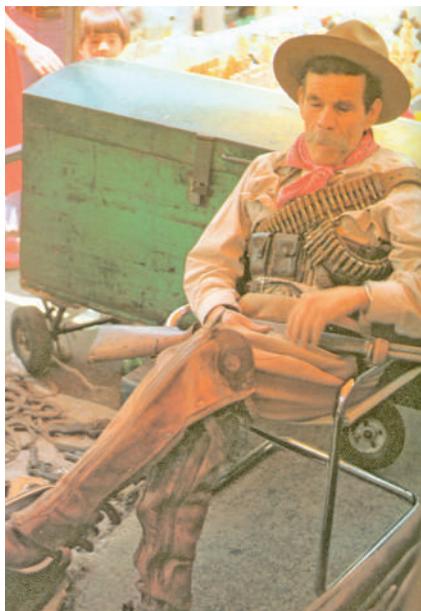
que atraen a los neófitos. Sus escritos se comentan ampliamente y pueden convertirse en historias reales para aquellos que creyeron instruirse en esas páginas y que, por los mismo, las repiten frente a otros aprendices...

Todo ello es prueba de que los mexicanos de hoy ignoramos lo que debía ser una gran preocupación. Las enseñanzas escolares en torno a nuestro país resultan limitadas y los esfuerzos y negocios emprendidos por quienes quieren tener presencia en estos actos no han logrado dejar huella. Conocer nuestro pasado nos permitiría reconocer el gran patrimonio de ser un país multicultural en el que se de prioridad al diálogo, en el



que se disipen las diferencias para comprendernos mejor. Somos una “joven nación” que cumple apenas 200 años, celebración que nos da la gran oportunidad para rescatar y fortalecer las visiones históricas que nos unen y para borrar las partidistas; para eliminar también aquellas que no contemplan el quehacer del pueblo como hacedor de la historia; las que tienen un tinte maniqueo y las que la asumen como la actuación de buenos y malos o excluyen tendencias y actores que discrepan de la visión de un grupo dominante.

Necesitamos emprender una escritura libre, quitando a la historia la máscara que no nos deja reconocer nuestros infortunios; eliminando las escenografías que ocultan realidades desagradables que debemos asumir, pero, al mismo tiempo,



integrando hechos y figuras que forman parte de nuestra historia. Intentemos una versión incluyente que deje de lado la visión que ha prevalecido desde el siglo XIX; que no se centre únicamente en cuestiones políticas y grandes personajes, pero que tampoco los ignore, porque superaron sus fallas como humanos en pro de la construcción de algo mejor; que incluya también

el quehacer cotidiano de los mexicanos y mexicanas y que se aleje del folclor. Promovamos una historia que se asuma con respeto y sin arrebatos pasionales, que tenga como finalidad ayudarnos a comprender el largo proceso que ha implicado la construcción de la nación mexicana a través del tiempo.

México necesita en este momento de festejos y conmemoraciones, con desfiles, banderas y cohetes para recordarnos que ha valido la pena nuestra existencia en tanto nación independiente. Pero más que eso exige de una introspección que nos conduzca a construir un proyecto de nación, no en función de los partidos políticos, sino edifica-



do sobre nuestro pasado, con las raíces que lo han nutrido. Para ello se reclama un debate de altura que alimente la reflexión histórica, que incorpore el conocimiento de nuestra geografía para reconocer nuestro patrimonio natural, nuestra situación en el mundo y que explore nuestra literatura con el fin de encontrar en ella visos de nuestro ser. Estos tres estudios, relacionados entre si, nos ayudarían a establecer un verdadero diálogo con el pasado y con nuestro presente; nos enseñarían la grandeza de nuestro país, en un sentido amplio; favorecerían la preservación de lo nuestro y nos conducirían a dejar de mirarnos empequeñecidos frente a otros, porque al compararnos sabríamos reconocer nuestro poder y, al mismo tiempo,



nuestras debilidades.

Dos centurias representan un tiempo amplio que ofrecen la posibilidad de promover una reflexión profunda sobre nuestro ayer. Si emprendemos esta tarea, dejaremos de ser una sociedad confrontada, pues lograremos la comprensión a partir de nuestras diferencias y a través de nuestra identificación como mexicanos, reconoceremos también que nuestra cultura recoge del pasado y del presente influencias que la enriquecen. Con la transmisión de nuestra historia podremos entonces valorar a la Independencia como punto de partida de un tiempo nuevo, como la raíz de nuestra identidad.

Es un hecho que México no está bien desde hace tiempo, como tampoco lo estaba hace 100 o 200 años. Se han heredado los problemas de regímenes que dejaron a la mayoría de los mexicanos sin el goce de los beneficios que fueron tan solo para unos cuantos y que no hemos sabido resolver. Es por ello que ahora que estamos con-

memorando el segundo centenario, no debemos celebrar para lucirnos, sino para entendernos, para reconocer lo que hemos hecho o lo que se ha quedado pendiente. Es el tiempo para escuchar a las distintas voces en el país que están

manifestando algo... Es un momento en el que debemos buscar espacios, tomar los libros para estudiar nuestra historia, y reescribirla no con la pretensión de impresionar a nuestros colegas, sino con la convicción de cumplir con la tarea pendiente y alcanzar a nuestros conciudadanos ofreciéndoles escritos orientados a divulgar la historia



de México y llevarla a los rincones del país para que podamos estar en una misma frecuencia y así, ayudarnos a reconocernos como mexicanos en cualquier punto de nuestro dilatado territorio.

Mientras no hagamos de “este país” “nuestro país”, difícilmente podremos festejar 200 años de la historia de México con la madurez de haber comprendido nuestro pasado. Y la forma de lograrlo es conociéndonos a través de nuestra historia.

Para saber más...

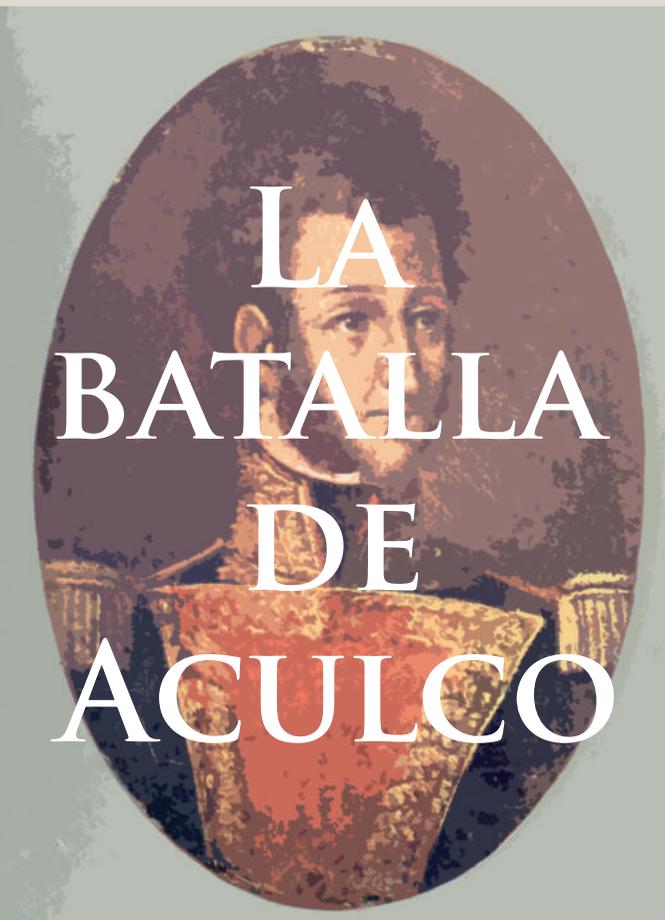
Paz, Octavio, *El laberinto de la soledad* (distintas ediciones)

López Velarde, Ramón, *La suave patria* y otros poemas, México, Planeta, 1999.

Florescano, Enrique, *Imágenes de la patria a través de los siglos*, México, Taurus, 2005.

Visita la exposición “México 200 años”

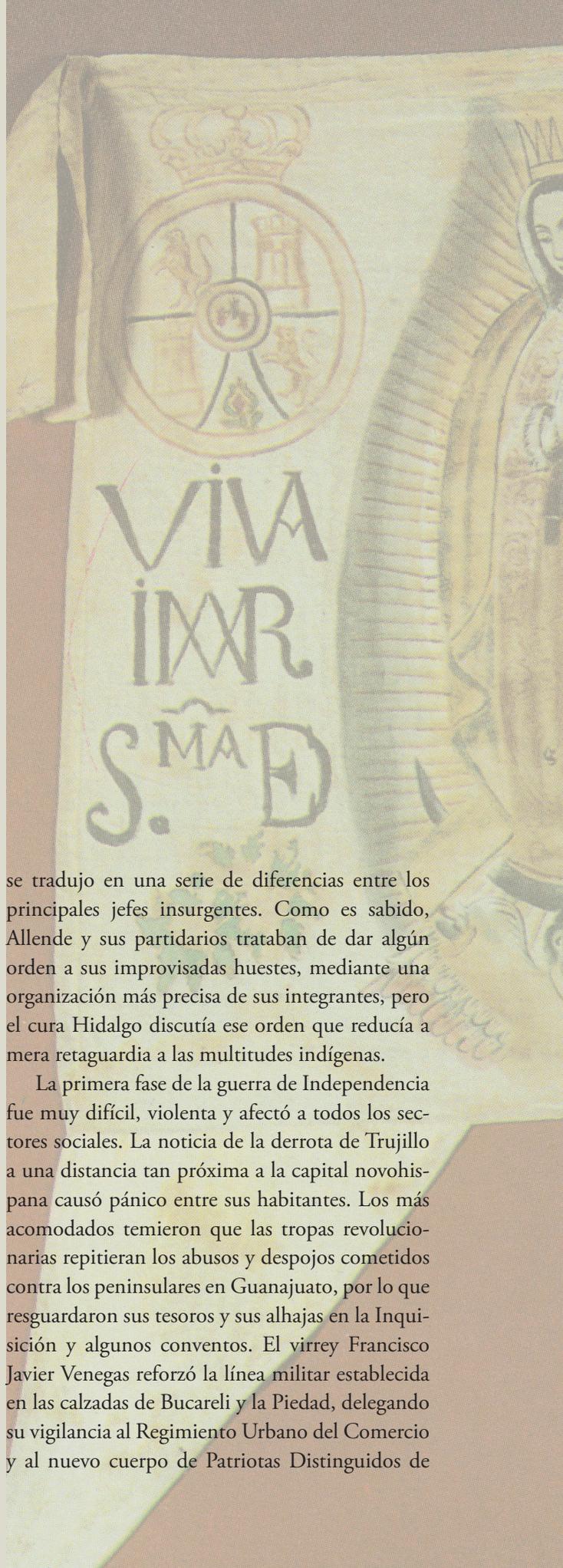




# LA BATALLA DE ACULCO

## CRÓNICAS OPUESTAS DE UN MEDICO Y UN MILITAR

La victoria del 28 octubre de 1810 en el Monte de las Cruces constituyó un gran triunfo para las tropas de Miguel Hidalgo e Ignacio Allende; no sólo por haber derrotado al ejército realista comandado por el general Torcuato Trujillo y mercedado en su ánimo, sino por haber sido la batalla en un terreno estratégico para la conquista de la ciudad de México. Paradójicamente, el triunfo



se tradujo en una serie de diferencias entre los principales jefes insurgentes. Como es sabido, Allende y sus partidarios trataban de dar algún orden a sus improvisadas huestes, mediante una organización más precisa de sus integrantes, pero el cura Hidalgo discutía ese orden que reducía a mera retaguardia a las multitudes indígenas.

La primera fase de la guerra de Independencia fue muy difícil, violenta y afectó a todos los sectores sociales. La noticia de la derrota de Trujillo a una distancia tan próxima a la capital novohispana causó pánico entre sus habitantes. Los más acomodados temieron que las tropas revolucionarias repitieran los abusos y despojos cometidos contra los peninsulares en Guanajuato, por lo que resguardaron sus tesoros y sus alhajas en la Inquisición y algunos conventos. El virrey Francisco Javier Venegas reforzó la línea militar establecida en las calzadas de Bucareli y la Piedad, delegando su vigilancia al Regimiento Urbano del Comercio y al nuevo cuerpo de Patriotas Distinguidos de

Fernando VII.

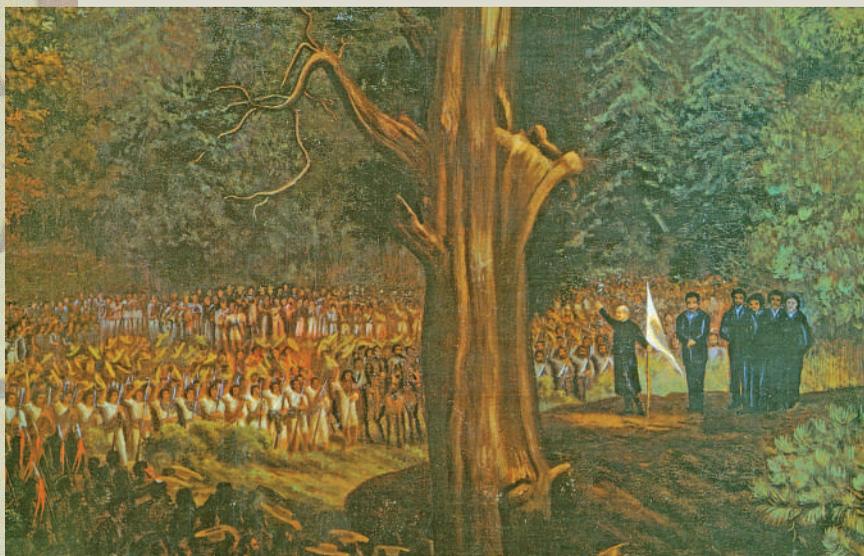
José Mariano Jiménez llevó un pliego al virrey, el 31 por la tarde, en el que Hidalgo, como capitán general de las fuerzas insurrectas, le instaba a llegar a un acuerdo. El rechazo de Venegas, sumado a la escasez de víveres y de armamento, lo llevó a tomar la resolución de alejar con sus hombres hacia el pueblo de San Jerónimo Aculco, a pesar de las objeciones de Allende. Sin embargo, al saber que el teniente general Félix María Calleja y Manuel de Flon, conde de la Cadena e intendente de Puebla, habían reunido sus fuerzas en Querétaro y se disponían a atacarlos, los jefes rebeldes acordaron que fingirían marcharse del posible sitio del encuentro para luego retroceder y atacarlos y así poder vencerlos. Calleja no lo permitió; la mañana del 7 de noviembre se ganó las palmas de Aculco, en poco más de una hora, mediante un nutrido fuego de artillería.

Las opiniones sobre los hechos de insurgentes y realistas fueron públicas desde el inicio del movimiento. Cada parte brindaba su apreciación de los mismos e inclusive pretendía atraer el favor de sus oyentes o lectores. La batalla de Aculco, acaso por haber sido la primera derrota de los insurrectos, generó gran interés. Aquí presentamos dos visiones opuestas: la del soldado Pedro García y la del médico Luis Montaña, las cuales revelan tanto la complejidad del proceso revolucionario como la idea que se iba formando de los sucesos en los distintos estratos sociales de la Nueva España.

García trabajaba como dependiente en la casa comercial de Ignacio Allende en San Miguel el Grande cuando se sumó a la insurrección. En marzo de 1811 fue aprehendido en Acatita de Baján con los principales jefes insurrectos, pero él pudo recuperar la libertad y se estableció en Dolores, donde radicó el resto de sus días. Es conocido por sus Memorias sobre los primeros pasos de la Independencia, donde relata con gran simpatía la etapa inicial del movimiento, desde el grito del 16 de septiembre (que le contaron) hasta la muerte de los caudillos en la villa de San Felipe

el Real (hoy Chihuahua).

Luis Montaña era un médico distinguido, radicado en la ciudad de México, quien trascendió en el medio científico —a pesar de su condición de criollo y expósito—, por haber sido precursor de la reforma de la profesión médica en la Nueva España, por su investigación de las virtudes curativas de algunas plantas americanas y por su valiente y lúcido desempeño en varios brotes epidémicos, como la viruela de 1797 y las “fiebres



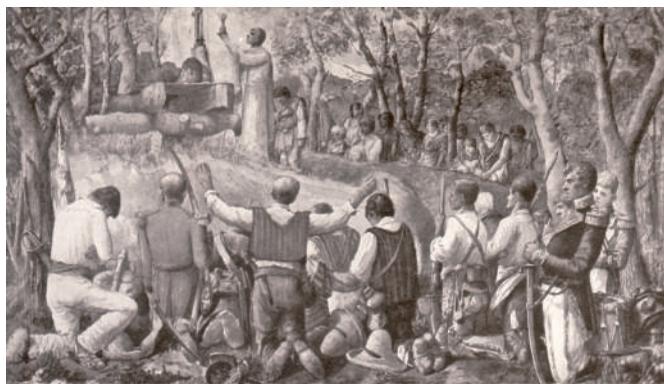
misteriosas” de 1813. Su gusto por la literatura lo llevó a establecer una “academia de poesía y elocuencia” en su propia casa. Montaña advertía los problemas imperantes entre criollos y peninsulares así como el malestar general de la población, pero estaba totalmente en contra de que se renegara de la metrópoli y de la violencia que revelaba el conflicto.

Los escritos que enseguida mostramos —con la ortografía actualizada para facilitar la lectura— abordan la batalla de Aculco desde perspectivas contrarias. Son, primero, un fragmento de las Memorias de Pedro García, cuyo manuscrito no fue publicado sino hasta 1928 por el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología de México. Segundo, casi todo el folleto intitulado *Carácter político y marcial de los insurrectos de Luis Montaña*, impreso por la Oficina de D. Mariano Ontiveros en 1810 y que hoy se localiza en la biblioteca del Colegio Preparatorio de Xalapa,

Veracruz, y en la Colección Lafragua de la Biblioteca Nacional de México.

En el primero, el ex soldado García deja ver tanto el desorden como la división que prevalecían en el bando revolucionario y, de forma turbadora, nos hace sentir la confusión y el nerviosismo de la tropa novata ante la terrible vivencia de la guerra. En el segundo, en cambio, el Dr. Montaña trasluce el ánimo dichoso y burlón con que los capitalinos, a una jornada de distancia de la batalla, hubieron de superar el pánico que sufrieron y percibir la derrota y la retirada insurgente; de allí que al final califique alegóricamente la

sangriento y aterrador, causó grande impresión en aquel ejército, que prorrumpió en actos de ternura en que abundaron las lágrimas: se desbandó una gran porción de hombres con objeto de buscar, entre los muertos, ya sus amigos ya sus hermanos y parientes: este desorden impedía la marcha; entonces se determinó recoger y enterrar aquellos cadáveres, a lo cual se prestó la tropa, de buena voluntad: muchos brazos se ocuparon en esta lastimosa operación: se concluyó, por fin, y también se pudo restablecer el orden para seguir adelante. Este ejército, dos días antes, tan entusiasta y atrevido, se le veía marchar cabizbajo, taciturno, demostrando algún abatimiento que poco a poco se fue desapareciendo, dejando algunas señales de su estrago. Después de un rato de descanso, llegó la noticia de que Calleja y Flon llegaron aquel día a Arroyo Zarco. No era la intención encontrarse con Calleja, pues se conocía que el ejército independiente no podía tan pronto batirse con el que venía de refresco y, a más, no se encontraba aún libre de las fuertes impresiones que ocasiona a una tropa bisoña el ruido, aparato imponente y consecuencias de una batalla: por estas consideraciones, se pensaba fraccionar aquel ejército, entretener al enemigo y marchar en retirada para Guanajuato para arreglar mejor los medios de combatir los avances del enemigo: se dispuso una partida de 900 caballos y 900 infantes que cubrieran la retaguardia, en unión de un cañón, de a 4 de los quitados a Trujillo. Como se estaba en el camino que debía traer Calleja, se dejó éste para dirigirse a S. Jerónimo Aculco: en estas y otras determinaciones se fue pasando el día, y se llegó al pueblo mencionado, ya siendo de noche. La pequeñez del lugar, no podía proporcionar, ni medianamente, los recursos necesarios. Mucho trabajo costó conseguir cinco reses para surtir de alguna manera: eran las 12 de la noche y apenas se habían matado aquellos animales: faltaba destazarlos y repartirlos a prorrata y a cosa de las dos de la mañana, se hicieron lumbradas para asar carne por los mismos soldados; a esto se agregaba la fatiga del día y la desvelada que era consiguiente; la caballada y mulada habían sufrido la misma escasez y mala noche así es que aquel ejército aprovechó muy poco las horas de la noche para poder dormir y descansar. Se habían



relación entre jefes y soldados rebeldes como la de la zorra que se precipita a seducir y alebrestar a un gallinero sin experiencia.

### **Daniela Vázquez Corral**

Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

#### MEMORIAS DE DON PEDRO GARCÍA

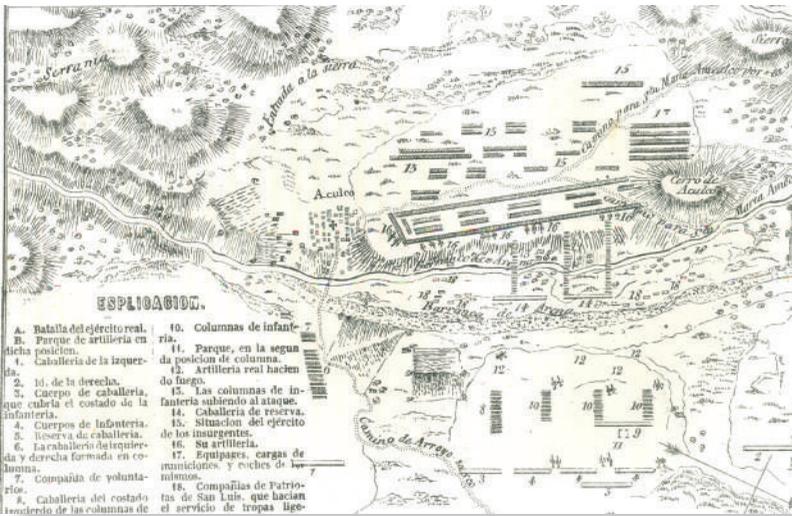
[Después de la derrota de los realistas en el Monte de las Cruces], el señor Hidalgo tomó el camino de Pátzcuaro, rumbo a Morelia, y de allí a Guadalajara. Recogió en su tránsito alguna tropa y con ella, y con la que llevó del ejército que estaba en las Cruces, formó una división de más de dos mil hombres y siguió su destino.

El Sr. Allende, que quedó mandando el ejército, ordenó en aquel mismo día la marcha de retroceso por el mismo camino que se había llevado dos días antes, teniendo que atravesar por el mismo sitio donde había tenido lugar la batalla con Trujillo. El campo estaba aún regado de cadáveres: a la vista los destrozos, y humeaba aún la sangre derramada. La vista de este espectáculo

puesto las avanzadas necesarias por el rumbo de Arroyo Zarco, pues se supo en la noche que Calleja había llegado a este punto. No se esperaba que este jefe, después de una marcha larga, intentara buscar sobre la marcha al ejército independiente, que se hallaba a poca distancia. Sin embargo, por las noticias que se tenían de que el enemigo estaba cerca, se mandó que, al amanecer, todo estuviera listo para seguir la marcha rumbo a S. Felipe del Obraje. Así se estaba verificando; y tanto los hatos de mulas que conducían los reales, como los demás carruajes y cargas de equipaje hacían movimiento para marchar. Los soldados se entretenían en asar las truchas de carne fresca que les quedaba de la noche anterior. Ocupados estaban en esta operación, cuando se avisó por las avanzadas que se veían por el rumbo de Arroyo Zarco unas partidas de caballería, que sin duda eran del enemigo y se dirigían por el campo independiente. Esto dio motivo a determinar que algunos regimientos fueran saliendo a formar en el punto más a propósito para esperar al enemigo, caso de que éste pensara en una acción [...]. No había intención de comprometer una batalla y sólo se quería entretener al enemigo ínterin las cargas y carruajes podían tomar el camino de S. Felipe del Obraje. Así estaba dispuesto, pero aconteció que una de las guerrillas independientes, a pesar de las órdenes que tenía sólo de observación, comprometió un tiroteo que poco a poco se fue extendiendo en las dos líneas de caballería; frente a frente, se fueron acercando las del enemigo, hasta ponerse a tiro de cañón; los independientes esperaban a pie firme los avances del enemigo, que con mucha precaución se había acercado. Los independientes, que no querían la batalla, se abstendrían de hacer uso de la artillería, pues sólo pensaban contener al enemigo y ganar tiempo para que pudieran los hatajos tomar el camino designado, para lo cual se activaba a los arrieros. Así andaban las cosas



cuando un incidente inesperado vino a echar a tierra aquella combinación. Es el caso que en el fuego de artillería que el enemigo fue interesando, sin hacer avanzar su infantería, quiso la fatalidad que una bala de cañón llegase hasta donde estaba situada una partida de caballería independiente, tumbando la cabeza a un soldado montado. El cuerpo permaneció a caballo, por unos momentos. Debilitado ya por la abundante sangre que había derramado, cayó al suelo con estrépito. El caballo, que ya estaba azorado con el ruido de las balas que repetían por aquel punto, y quedando el jinete atorado de un estribo, corrió precipitado por entre la caballería, arrastrando un buen trecho al cadáver que a poco se desprendió, no sin ocasionar un grande alboroto en aquella caballería. El enemigo, que atento observaba aquel movimiento, entendió que lo ocasionaba su artillería y siguió dirigiendo por aquel punto sus tiros. La caballería, ya desordenada, que se veía hecho el blanco del enemigo, se desbandó en gran parte, diseminándose por el ejército un terrible movimiento de desorden, que fue a parar a los arrieros y cocheros: los unos dejaron los hatajos a medio cargar abandonando las mulas y los grandes intereses que conducían; los otros abandonaron los carruajes, dejando uncidas las mulas; las gentes que ocupaban los coches vagaban a pie, buscando el camino. En tan críticos momentos, se ordenó que se rompieran los sacos del dinero: ya para que tomaran los soldados lo que pudie-



to repentino de retirada, bien podía ser un ardid de guerra, y no quiso aventurarse. Por esto fue que habiendo la acción comenzado a las nueve de la mañana, no se determinó Calleja a reconocer el campo sino hasta las tres de la tarde, dejando entonces la actitud de mero espectador y, ya sea por precaución militar, ya por una buena dosis de temor, o ya también porque se pudo recoger un apreciable botín, lo cierto es que la moratoria de Calleja dio lugar a Allende para reunir cuanto soldado se hallaba disperso [...] Arreglado del modo posible el ejército de Allende que se había desbandado en Aculco se determinó a conducirlo con dirección a Guanajuato [...].

ran y ya también para que los enemigos tuvieran en que entretenerse, caso que intentaran la persecución. El Sr. Allende, en vista de semejante desorden, mandó a algunos generales y oficiales que saliendo al camino contuvieran con empeño aquella dispersión: pensaba, que pudiendo reunir mil o más caballos, volver sobre el enemigo de un modo brusco y desesperado. Mas este intento no se logró, porque el mismo Sr. Allende, que salió al camino a reconocer la gente reunida, como viera que eran pequeñas partidas que no llenaban el objeto que se había propuesto, desistió de él y pensó de otra manera. Así fue que se dirigió a S. Felipe del Obraje para hacer alto y que sirviera de punto de reunión; así se verificó y, al día siguiente, había reunido más de seis mil hombres, de los cuales se hablan dispersado, llevando la mayor parte sus armas, que no abandonaron y que, en aquel caso eran un gran recurso. Se determinó dar algún arreglo a aquella multitud: se formaron compañías y después regimientos. Esta medida, provisionalmente, para que pudiera mejor marchar aquel ejército tan desordenado.

Al separarse Allende del campo donde había tenido lugar aquella catástrofe, había dejado una partida de caballería, como de observación, para que le diera parte a cada momento de los movimientos del enemigo y por ellos arreglar los suyos, ya retirándose o ya esperando a reunir aquella dispersión. El primer parte contenía la noticia de que el enemigo, luego que observó que cesaron los fuegos de los independientes y se habían retirado de la línea de batalla, hizo alto y no se atrevió a avanzar, creyendo sin duda que aquel movimien-

#### CARÁCTER POLÍTICO Y MARCIAL DE LOS INSURGENTES, por LUIS MONTAÑA

El público está informado de la victoria con que honra los fastos de N.E. el Sr. D. Félix Calleja en el campo de S. Jerónimo Aculco.

A la verdad compatriotas: si el sebo del pillaje congrega ejércitos: la conciencia del delito hace cobardes. Por el contrario: si el número de guerreros es insuficiente; la verdadera virtud inspira valor. No pocos cañones: una posición dominante escogida de antemano y fortificada: una inmensa muchedumbre que por su sola masa oprimiera nuestros batallones: la necesidad de sostener el crédito y confianza, el riquísimo botín y las vidas de los cuatro rebeldes: sus huestes intrépidas y robustas: su práctica en aquel territorio: la cercanía a los amigos para pedir socorros: el orgullo que debió infundirles la especie de victoria conseguida pocos días antes sobre aquellas nuestras poquísimas tropas que evacuaron a Toluca y a Lerma, y replegadas al monte de las Cruces, pelearon por fin en retirada hasta Cuajimalpa: las ventajas que los rebeldes debían prometerse debilitando nuestras fuerzas veteranas con razón temibles, y que en fin la ocasión crítica de ratificar los pueblos en el error de que van a labrar nuestra felicidad: todo empeñaba a los cuatro rebeldes en un lance que previeron: que seguramente calcularon; y que esperaban.

Así es que muchos de mis conciudadanos tem-

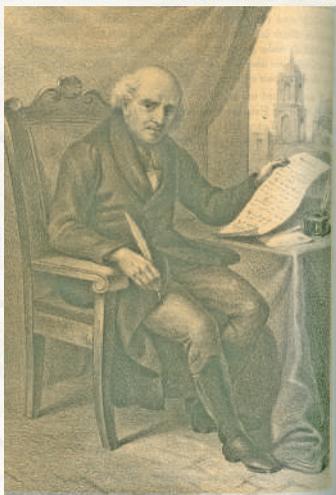
blaron el éxito de nuestra campaña. Yo a fe contra ese terror, calculaba sobre otros datos. Creo en el efecto reducirse a dos clases toda la gente de ese Hidalgo.

La primera y más numerosa de codiciosos pobres, y de forajidos y holgazanes. La segunda de crédulos e incautos, sea por ignorancia y rusticidad, sea por liviandad de ánimo o preocupación, sea por una desgraciada organización del cerebro; y estos últimos abundan siempre en todas las revoluciones, como se conoce por la historia; los cuales no son delinquentes como se cree, pues como testifica el versadísimo Horacio:

Maxima pars hominum morbo mulctatur eodem

Esto es: muy gran parte de los hombres padece del cerebro o falta de juicio. Y más quizá habría dicho éste filósofo poeta, si hubiera ejercido la medicina y fijado por consiguiente sus ojos observadores en la ciencia de la fisonomía. La primera clase pues de aquella gente que en hatos conducen los fautores de la rebelión, jamás era temible; y el hombre de narices limpias percibe que no es lo mismo volar en enjambres a chupar el jugo de pueblos de poca o ninguna defensa, que esperar de pie firme las balas al raso y sin mas botín a la vista que gramas y hormigueros.

Por lo que toca a la segunda clase, que es de hombres verdaderamente miserables: hay menos aún que temer; porque si se han desentendido de los avisos y exhortaciones, no han sido sordos a la horrible voz de nuestras bocas de fuego; y quizá en este momento ya sospechan que tratan de acabarlos sus jefes. Y a la verdad cuando éstos no hayan concebido designio tan atroz, lo cierto es que si los indios prosiguen en campaña, se acabaron en las islas y el continente (Dios nos libre) se poblara de negros. Sea como fuere, ved paisanos, la verdad en la siguiente



## FÁBULA

Acercóse la Zorra muy taimada hacia un grande y cercado gallinero: ¿Por qué, decía, a un grasiento cocinero, tan bella gente estar subordinada? Tanto hermoso plumaje que volando alegrara la alta esfera ¿En polvo ha de vivir vida rastrera? ¿Qué? ¿No hay honor? ¿Se sufre así el ultraje? ¡Ea! Digo ¡So Gallinas! ya que natura os ha provisto de alas: dos mil enhoramalas (sic) cacaread a los jefes de cocinas. ¿Qué? ¿Siempre habéis de andar por esos suelos, y acorraladas siempre? Y vuestros hijos prendas de vuestros nobles entresijos no habrán de conocer a sus abuelos? ¿No veris ni un renuevo que honre el hogar del belicoso Gallo, y herede en el serrallos su inmortal gloria? ¡Malogrado huevo dijo una copetona el que puse esta tarde y del que en grande escándalo hice alarde! ¡Ha! ¡Cuál le sorbería dueña tragona! No más corral ni huevos. ¡Cuál celebra la Zorra sublevarlas! ¿Mi artificio apruebas por tus mañas y buen juicio y mi ingenio? pregunta a la Culebra. Esta, que atrae el polluelo, y se le traga, y arrastra cola de un delito viejo que pisarle han, la dice: mi consejo y mi auxilio, creeré te satisfaga. Tú, la cerca escalar, Zorra, no puedes, y así muy poco vales; yo mino cien corrales: yo taladro cimientos y paredes. La Zorra bien quisiera no dar parte de la empresa, al reptil falso y astuto, y coger todo el fruto de su agudeza, sus colmillos, y arte. Mas conociendo que por si no puede su hambre saciar; adula a la anciana Serpiente: disimula y como maestra primicias la cede. Roe la Culebra, y abre muchas puertas, y con pompa y bambolla guía al campo una lucida tropa polla. ¡O livianas crestudas inexpertas! Salen en pos los leales perdigueros: las corretean, fatigan y despluman. Dispersas, su desgracia ellas consuman. ¿Y los jefes hambrientos? Sin senderos desde la altura de una piedra tosca la Zorra se despeña. La Sierpe en la maleza halla una breña donde en estrechos círculos se enrosca. Lector, si tú no entiendes lo que quiere decir la fabulilla: no importa; entenderálo la gavilla que a los Hidalgos sigue y los Allendes.

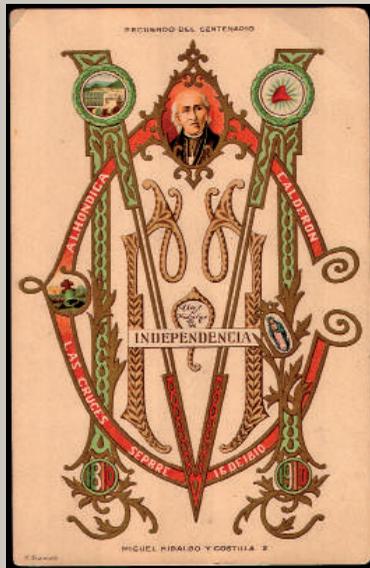




# RECUERDOS DEL CENTENARIO



El régimen de Porfirio Díaz dio tal importancia a la conmemoración del Centenario de la Independencia que una Comisión Nacional se consagró a organizarlos y coordinar las actividades en cada rincón de la república desde abril de 1907. El gobierno tendría, naturalmente, un



papel relevante. Se propuso exaltar a los héroes mexicanos, como Miguel Hidalgo y Benito Juárez, aunque en el panteón patrio el presidente Díaz ocupó un lugar a su lado, en uniforme de gala y con el pecho cubierto de condecoraciones.



Resultado de este afán celebrador fue, por el lado del gobierno, la inauguración de instituciones, monumentos, edificios y otras obras públicas así como el despilfarro de recursos para obsequiar a las delegaciones extranjeras a lo largo del año de 1910. Por su lado, distin-





tas asociaciones privadas organizaron congresos, exposiciones y concursos. Y desde luego abundaron los desfiles, los conciertos y las escenificaciones teatrales.



Los recuerdos del Centenario fueron un componente primordial de los festejos. Las empresas dedicadas a la produc-



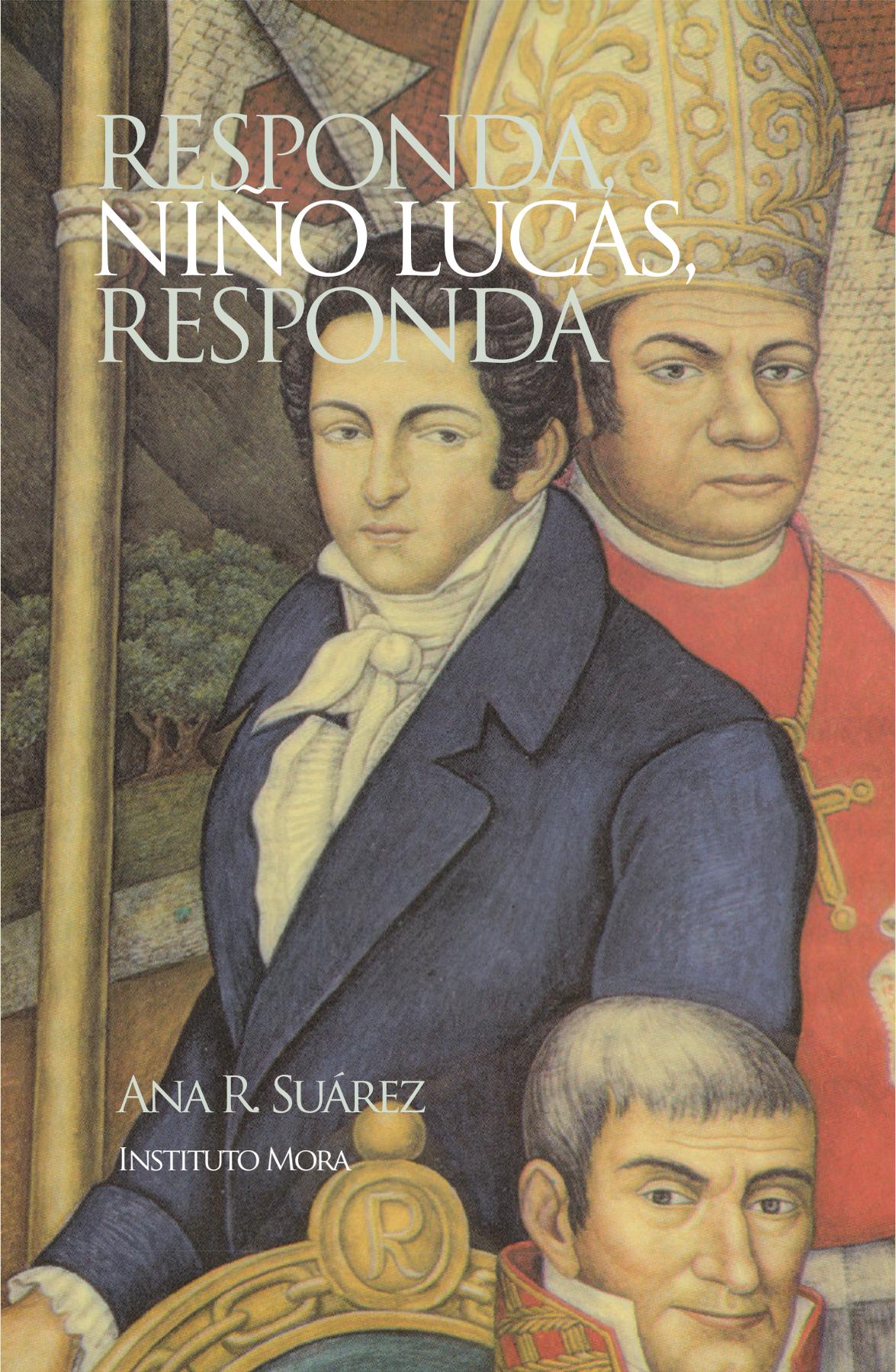
ción de objetos especiales para la conmemoración, bien como negocio, bien como encargo oficial, mismos que se multiplicaron, en especial, las tarjetas postales y fotografías, aunque también hubo monedas, medallas, estam-

pillas, monedas, insignias, galardones, libros, fistles, gallardetes, partituras, carteles, hojas sueltas, menús, invitaciones, programas, etcétera. Estos “recuerdos” gozaron de un valor altamen-



te afectivo, pues quienes los hicieron suyos —mediante la compra o incluso el robo— debieron valerse más tarde de ellos para evocar un momento o unos días extraordinarios, en especial durante los tiempos aciagos que estaban por llegar. SF y RA





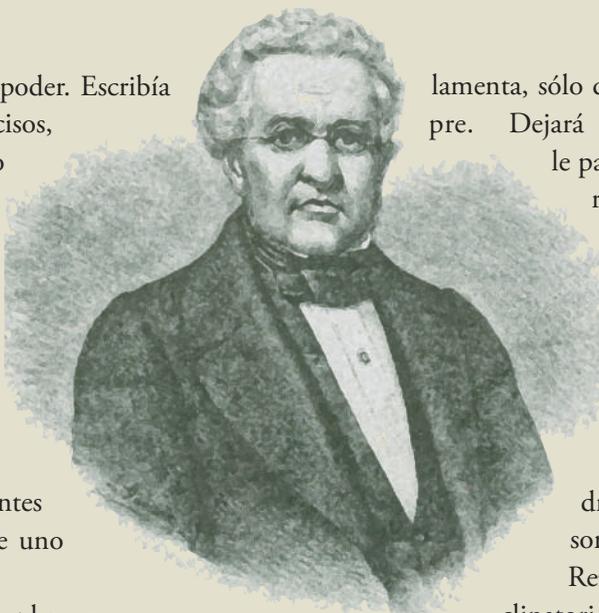
RESPONDA,  
NINO LUCAS,  
RESPONDA

ANA R. SUÁREZ

INSTITUTO MORA

El anciano irradiaba poder. Escribía con trazos firmes y precisos, absorto, sin duda el ceño fruncido le ayudaba a fijar la atención. Ponía ahora la pluma en el tintero, se miraba en el espejo de marco estofado en oro y, con un peine de carey que extraía de la levita, se arreglaba los abundantes cabellos blancos, sin que uno solo quedara sin colocar.

Lucas no reconoce la plaza que se deja ver por la ventana, pero al observarla con esmero se percata de que es la Plaza Mayor de la ciudad de México, el sol mañanero que dispone juegos de luz y sombra en las fachadas la hace lucir más bella que en cualquiera de las ilustraciones guardadas en casa. Algo espeso le escurre por la cara, se palpa una herida en la sien, le duele, cómo se la causó, en qué momento, dónde se encuentra. Cierta, el caballo se encabritó ante las llamas que surgían de la Alhóndiga y no pudo dominarlo. Abre los ojos, vaya, el día se extinguió, su madre descubrirá pronto su falta, en todo caso, lo sabrá en cuanto note su ropa vuelta harapos y sucia de tierra y tizne, además ha de tener el cuerpo lleno de cardenales. Lo mejor será marcharse, le queda un buen trecho por recorrer y más si se sigue por callejuelas y atajos para no ser notado. No puede levantarse, siente que todo gira a su alrededor, le palpita la sien, se recuesta de nuevo, vaya, su escapada se malogró y la curiosidad lo ha metido en un lío, aunque también el secreto anhelo de romper reglas que a veces lo asalta, en particular desde que doña Ignacia tomó el mando familiar. No quería contrariarla, pero tuvo que comprobar si los insurgentes se hallaban en verdad a las puertas de Guanajuato, pues bien, lo hizo y lo

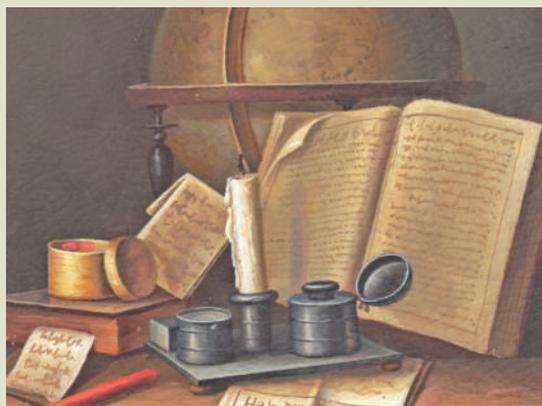


lamenta, sólo desea alejarse para siempre. Dejará al anciano, quién será, le parece familiar pero no lo recuerda, su rostro es serio y solemne como el de los desconocidos que casi saltan de los retratos colgados en el salón, el semblante duro y amargo le trae a la memoria a su madre, desde que enviudó sonríe rara vez, sólo a él.

Rezaba de rodillas en el reclinatorio colocado en el rincón, ante la imagen de la virgen de los Remedios. Lo hacía con devoción, en voz baja, pero le escuchaba rogar que se le concediera fuerza para cumplir con su misión de proteger a la Iglesia. Se sacudía el polvo de las rodillas y alisaba las supuestas arrugas de una impecable levita obscura antes de sentarse frente al escritorio. Miraba su imagen en el espejo, su cabello seguía en orden, pero lo peinaba de nuevo, como si no pudiera evitarlo. Por fin movía la pluma sobre el pliego mientras susurraba que debía conservarse la religión católica, único lazo que ataba a la nación y la redimiría de los males que la amenazaban.

Está de acuerdo, la culpa de lo que pasa es de ese cura Hidalgo por alzar a la indiada, su obligación como párroco era ayudar al gobierno a guardar el orden, no enardecer a la multitud. Tiene que retornar, hará el esfuerzo, allí corre peligro, y su madre no entenderá ni le personará, si dirá que mandó que nadie saliera. Observa a su alrededor para situar a su caballo, silba para

que se acerque, intentará montarlo y luego se dejará ir en él. No asoma, de seguro trota asustado por la cuesta de Marfil, con prisa por alcanzar el corral. Qué hará, ir a pie es impensable, nada más de alzar la cabeza todo le da vueltas, la herida le





disparan al aire, dos o tres esgrimen carrizos que portan la imagen de la virgen de Guadalupe, otros alumbran el camino con ocotes ardientes, esa pesadilla le acosará mientras viva.

Recorría el aposento de un lado a otro, se paraba delante de la ventana para examinar la Plaza Mayor y de inmediato volvía a andar, pisaba con fuerza el tapete que vestía de

arde, le punza el oído, Dios Santo, qué tiene. Se apartará de los rescoldos, la Alhóndiga se incendió cual pira gigante, el maíz y la harina y los víveres acopiados la atizaron, falta que lo que resta del techo acabe por derrumbarse y se desplome sobre él una viga en llamas. Se alza poco a poco, se arrastra lentamente a lo largo de unas varas y cae postrado en un zaguán, apenas a tiempo para evitar a la turba que fluye hacia el recinto; así tuvo que ser la que invadió el Nuevo Mundo, con puro indio armado de palos y flechas y hondas y lanzas, capaz de todo. Unos cuantos llevan fusiles y

púrpura el piso de duela, como si de esa forma desahogara el enojo y le servía, cierto, se notaba más dispuesto. Ahora reñía con un militar sentado a su frente, se trataba de alguien importante, de uniforme extraño, de seguro correspondía a algún regimiento recién desembarcado de España. Por último el anciano aprobaba, a disgusto, con el mismo enojo que su madre exhibía cuando actuaba como Doña Ignacia. El militar se iba, chispeante de gozo. Volvía el rasgar de la pluma y la voz que declaraba que la tropa se iba a reducir a lo imprescindible para perseguir a los indios bárbaros y dar seguridad en los caminos, nada más. .

Esto le asusta, qué imprudencia, la revolución obliga a aumentar el ejército, si su más grande afán deber la represión de esos indios que han perdido toda compostura. Tiembla de pensar en ser pillado y confundido con un gachupín, la ropa sucia y rota no oculta el color de su piel y su cabello rubio, ese cabello del que su madre se siente tan orgullosa, los exacerbará. Se acurruca cuánto puede, si hunde el estómago y junta la cabeza y las piernas y retiene el aliento salvará el mal momento,



al menos dejará de oír esos pavorosos mueras al mal gobierno. Mejor piensa en que la brigada del general Calleja está a punto de presentarse, aunque ya demoró, quienes yacen entre las ruinas callarán los últimos hechos para siempre. Mejor desvía la mirada, esos miserables revelan el suplicio de fuego que sufrieron y él, que nunca vio más cadáver que el de su padre, tendrá



con los de esa jornada para el resto de sus días. Lo atraparán si sigue allí, Dios Santo, qué alguno de los peones de casa eche de ver que su caballo llega sin jinete y corra a avisar a su madre. El calor lo ahoga, la humareda lo asfixia, se tapa la boca para evitar los tosidos y aprieta los párpados para detener las lágrimas.

El anciano susurraba que la decisión era vil, podía derivar en algo peor, pero acaso no había otro modo de dar un feliz término a la nación.

Con la cara entre las manos y los codos sobre el cartapacio, era evidente que dudaba y se afligía y los riesgos le perturbaban.

Siente pena por él, quiere acercarse, consolarlo, como hace con su madre cuando se extravía en sus tristezas. Ahora el anciano gruñía y alzaba la voz clamando que no había más remedio que llamar al general Santa Anna, ese tal por cual indigno de su confianza, vaya que él se encargaría de ponerle límites y atinar con la mejor manera de, a la postre, deshacerse de él.



Oye blasfemar y se pega a la puerta, pero yerra al subir la mirada y ver como unos indios escarban entre los escombros y al no topar con nada irse entre maldiciones. Nada hay, el saqueo fue absoluto, los caudales y la pólvora y las armas que se guardaron son ya una quimera, únicamente restan maderos quemados y fierros retorcidos, Dios Santo, y



cuerpos calcinados o hechos pedazos y cubiertos de sangre, si hasta él hiere el tufo que empiezan a despedir, los valientes que se cercaron en la Alhóndiga no merecían morir así. Las lágrimas se le escapan, limpiándolas con la manga, siente frío, no calor, el insoportable calor del incendio le hiela y algo por dentro le acusa de ser el culpable de todo, entonces jura a Dios y a Doña Ignacia que no los volverá a retar, respetará a la autoridad y hará que la respeten.

Garabateaba de prisa, como receloso de arrepentirse, una y otra vez humedecía la pluma en el tintero y secaba luego secaba sus letras. Para tener un buen gobierno, exponía, era imprescindible prescindir del sistema federal, representativo y popular y que un Consejo de Estado supliera al Congreso. El anciano enloquece, si hasta los mismos insurgentes proclaman al príncipe Fernando como el rey verdadero de la Nueva España. Ocultaba el rostro entre las manos, luego movía arrebatado la cabeza y golpeaba con fuerza el escritorio. Ese rostro le recuerda a su madre junto al ataúd de su padre, el rostro descompuesto, el ceño arrugado, los cabellos revueltos, los labios estirados, es la angustia que lo carcome y la men-

te vuelta campo de batalla. Abría un misal de piel oscura y cantos dorados para abstraerse en un retrato de don Fernando allí escondido; era como si de esa guisa se diera valor y vaya, le servía, se notaba más sereno, en lo suyo, ahora veía su imagen reflejada en el espejo y arreglaba las canas con el peine de carey. Volvía a escribir, musitaba que el trono mexicano se adjudicaría a un familiar del difunto Fernando VII. Imposible, si el príncipe está preso en Francia, pero vive y aún no tiene herederos.

Se le ocurre que puede haber alguien en la casa de junto y se anima. Toca la puerta con suavidad, una, dos veces, un poco más fuerte, aguza los oídos, nada oye. Y es que la mayoría de los vecinos

se marchó tan pronto supo que el cura Hidalgo y sus secuaces se acercaban, pocos permanecieron en Guanajuato para afrontarlos desde la Alhóndiga y esos pocos fallecieron. Dios Santo, cuándo saldrá del apuro, mejor no imagina lo que le ocurrirá si lo pescan, que va ocurrir. De la cercana plazuela de Cata le llegan los gritos de borrachos y los lloridos y las risas de unas mujeres, no los distingue, es el escándalo que hace la indiada para festejar su buena hora. Cuándo, cuándo se presentarán las tropas del virrey, prefiere irse, pronto, lo intenta y logra pararse, pero el vértigo retorna imponiéndole apoyarse contra la madera y resbalar hacia el suelo, crece el dolor del oído, ha de tener algo grave, algo se le ha roto por dentro y va a morir y no quiere, allí no, menos solo, lejos de su madre y de casa. Debe resistir e idear que Calleja y la partida que dispone Doña Ignacia lo van a salvar.

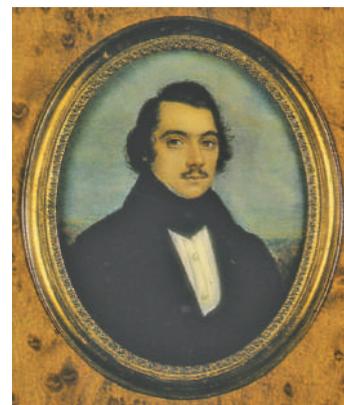
De pie frente a la ventana, el anciano parecía contemplar la Catedral y el Palacio Virreinal, pero lucía inseguro, farfullaba que lo haría, sólo así la nación recobraría la seguridad que el cura Hidalgo le arrebató en su día, estaba en sus manos, tan pronto firmara comenzaría el cambio.

Algo llamaba su atención y le ponía fuera de sí, era esa turba de indios que entraba en la plaza y se dirigía a palacio en forma desordenada y confusa, olían a mugre y alcohol. Lucas lo entiende, también le repelen la insolencia y las amenazas de quienes ya no piden, únicamente exigen, y ese hedor intolerable. El anciano teme, como él. Ahora respiraba profundo, parecía más sereno, con pie firme regresaba a su escritorio y una vez sentado



reunía los pliegos recién escritos, tomaba el primero para escribir en el margen superior Plan de Gobierno, 1853, y en el último, Lucas Alamán, con una rúbrica.

Lucas, niño Lucas. Sí que no comprende nada, apenas es el año del Señor de 1810 y él es Lucas, de apellido Alamán. Lucas, niño Lucas, dónde está, responda. El anciano se sacudía la levita y alisaba la abundante cabellera cana, el espejo le restituía un rostro muy joven, como el suyo. Lucas, niño Lucas, despierte, diga algo, Doña Ignacia está muerta del susto, nos mandó a buscarlo, no podemos regresar sin usted, niño Lucas, por favor responda. Las voces le suenan familiares, es su gente, vaya, puede reposar. Alguien le sacude por el hombro y palmea su cara y rocía su rostro con agua fresca, reparadora. Mírese nomás, niño, mírese como está. Entreabre los ojos, reconoce a sus peones. Mientras lo cargan y le ayudan a subir a un caballo, se acuerda del anciano y se pregunta quién es, aunque no importa, ya no importa, lo único importante es irse que el peligro subsiste. Él pensará nada más en que pronto llegara a casa y en que pedirá perdón a Doña Ignacia y en que acaso esta vez su madre le dé una sonrisa.



#### PARA SABER MÁS

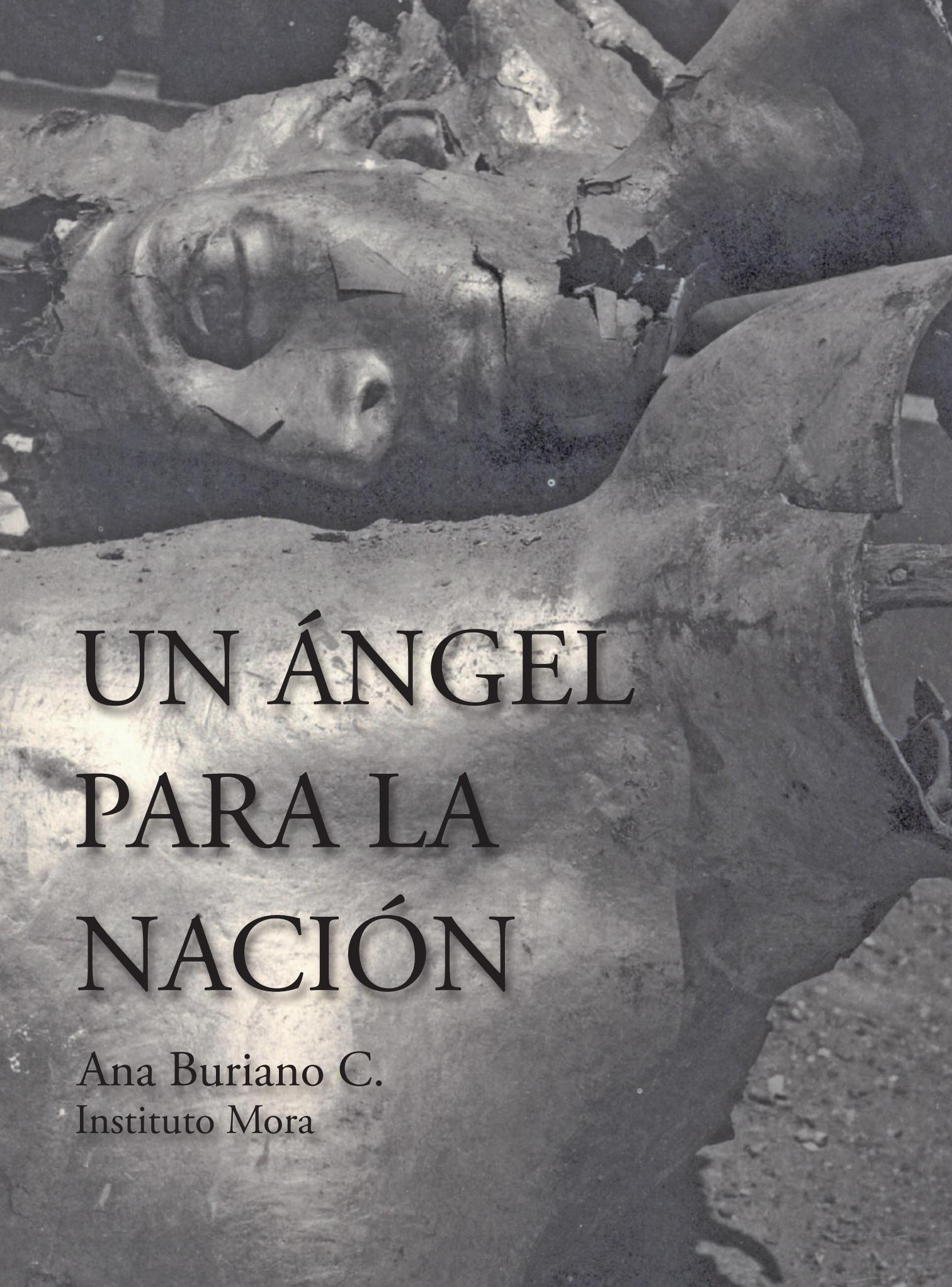
Muñoz, Rafael F., Santa Anna: el dictador resplandeciente, Fondo de Cultura Económica, México, 2005.

Lira, Andrés, Lucas Alamán, Cal y Arena, México, 1997.

Ver “Dolores Tosta de Santa Anna y Lucas Alamán” en <http://www.youtube.com/watch?v=6VrDrnywaOk&feature=related>

Ver “La Toma de la Alhóndiga de Granaditas” en

[http://www.youtube.com/watch?v=bEHC6Bla6DA&feature=PlayList&p=175AA243E483D6CC&playnext\\_from=PL&playnext=1&index=25](http://www.youtube.com/watch?v=bEHC6Bla6DA&feature=PlayList&p=175AA243E483D6CC&playnext_from=PL&playnext=1&index=25)



# UN ÁNGEL PARA LA NACIÓN

Ana Buriano C.  
Instituto Mora

“El día que Madero entró hasta la tierra tembló” fue la tonadilla que acuñaron las decenas de miles de habitantes de la Ciudad de México que fueron a recibirlo el 7 de junio de 1911. Los capitalinos lo recordaban como el temblor más intenso del que tenían memoria. Algún derrumbe se produjo en un cuartel de artillería por la Ribera de San Cosme, hubo cuarteaduras en edificios públicos y en muchas casas de Santa María la Ribera, uno de los barrios más dañados. Sin embargo, el “temblor Madero” quedó opacado por el sismo social que sacudía al país y produjo quizá menos especulaciones que el pasar del cometa Halley, poco más de un año antes.

Pese a la intensidad del movimiento la majestuosa columna conmemorativa, rematada en su capitel por una Victoria alada recubierta en oro, que se había inaugurado poco más de ocho meses antes, se mantuvo incólume. El monumento con el que Porfirio Díaz había querido coronar las fiestas del Centenario de la Revolución de Independencia se mostró más sólido a las trepidaciones telúricas y sociales que el régimen que lo creó. Quizá lo mantuvo enhiesto su juventud, quizá los suelos del centro de la capital todavía no se habían erosionado con la extracción de las aguas del subsuelo que el desarrollo urbano les impondría luego. Cierzo es que el Ángel de la Independencia correría con menos suerte la madrugada del 28 de julio de 1957, cuando un nuevo terremoto lo hizo vacilar, caer al vacío y estrellarse contra el Paseo. Las festividades patrias del año siguiente lo volvieron a situar en su posición, una vez reconstruido y reforzada la columna que lo sustenta, cuya última restauración se realizó en 2006. La belleza y simbolismo que conjunta, en medio de una avenida especialmente diseñada con un propósito político, lo han hecho portador y referente de la nación, aun más allá de la propuesta que le dio origen.

Ils. 1 y 2

### Los festejos del Centenario

Las ceremonias conmemorativas del Centenario fueron deslumbrantes. Instituciones, congresos, exposiciones, edificios, avenidas, monumentos, adornos urbanos con luz eléctrica, monedas y medallas conmemorativas, todo confluía para



proyectar al mundo la imagen de un México moderno y progresista, asentado en la paz; cosmopolita pero al mismo tiempo portador de una tradición histórica que hundía sus raíces en una de las más altas civilizaciones americanas. **II 3 y 4**

Aunque los festejos se extendieron más allá del mes de septiembre de 1910, la verdadera apoteosis se concentró en los días festivos de la agenda cívica. Cuentan las crónicas que el 14 de septiembre una gran procesión avanzó desde la Alameda a la Catedral y depositó flores en la tumba donde estaban sepultados los héroes. El 15 se realizó el desfile histórico marcado por la visión evolucionista que la intelectualidad del régimen tenía sobre la historia patria; desde la Plaza de la Reforma, donde estaba situado entonces El Caballito, y a lo largo de la avenida Juárez, arribaron a la Plaza de la Constitución grandes contingentes que representaban las tres eras progresivas que había vivido la patria y la habían conducido a las glorias del presente porfiriano: la Conquista, la Colonia y la Independencia. Cada una de esas etapas fue representada por numerosos cuadros vivos a pie,

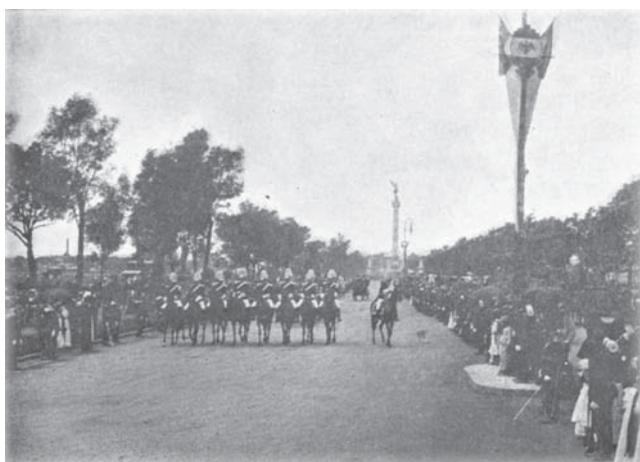
a caballo y en carros alegóricos que involucraron algo así como cinco mil personas. Como una especie de “clase de historia en vivo”, definen los especialistas a estas multitudes que caminaron por las enjanzadas y modernizadas calles de la ciudad. Los organizadores de la coreografía del desfile, la Comisión Nacional del Centenario de la Independencia, deseaban, con el espíritu cientificista de que estaban imbuidos, que las escenas reprodujeran los momentos de manera auténtica y “ajustada a la verdad histórica”. Por ello, debieron acudir a los gobernadores de Oaxaca, San Luis Potosí, Tlaxcala, Morelos y Chiapas para solicitarles que les enviaran indios, entre ellos algunas



sencia: se habla de más de 50 mil asistentes. No puede negarse, pues, que las conmemoraciones contribuyeron a extender en ellos, los sentimientos de identidad de lo mexicano.

Don Porfirio dio el “grito” en la noche de su cumpleaños, en un Zócalo iluminado con luz eléctrica y fuegos artificiales. En medio de la verbena popular se escucharon algunas vivas a Madero y circularon unas fotos del personaje barbado, pero la prensa oficialista no lo dijo, sino que exaltó la belleza de la ciudad que lucía como una piedra preciosa.

El 16 de septiembre, día de los festejos oficiales, fue apoteósico. El historiador Carlos Martínez Assad recoge los detalles de la ceremonia: la mañana soleada; las esposas de los altos funcionarios luciendo chalinas con los colores patrios; el cuerpo diplomático y los delegados extranjeros, el gabinete, la banda de la policía, las grandes banderas, los escudos y Porfirio Díaz llegando e instalándose en un pabellón-tribuna efímero, pero grandioso donde la oratoria fue extensa. Antonio Rivas Mercado, el autor de la columna la descri-



mujeres hermosas y a las organizaciones hispanistas para que colaboraran con los tipos físicos españoles. El mestizo glorificado por Justo Sierra no era problema; lo proveía la patria, porque era la raza nueva y superior que condensaba en sí las virtudes de los polos originarios y se encargaba de reconciliar a conquistados y conquistadores. Cien años después se soldaban así las rupturas que se conmemoraba.

Ahora bien, no se trataba de que la ciudad de México careciera de sus propios pobladores originarios, pero el higienismo consustancial al darwinismo social porfiriano decidió ocultarlos a la mirada de las delegaciones extranjeras. Se les prohibió circular por la ciudad a menos que lo hicieran vestidos adecuadamente y no con calzón de manta y guaraches, como acostumbraban. Por ello fue necesario pedir el préstamo a los estados. Aunque se intentó disciplinar y blanquear sus costumbres los sectores populares tuvieron pre-



bió a detalle. El subsecretario de Gobernación Miguel Macedo y el diputado y poeta Salvador Díaz Mirón, quien declamó un himno a la patria, arrancaron aplausos. Un gran desfile militar avanzó por el Paseo de la Reforma hasta el Palacio Nacional luego que don Porfirio inaugurara de manera solemne el monumento a la Independencia y se interpretara el himno nacional.

Il 5 y 6

### Los avatares de un ángel

Un ángel nuevo, en tanto, guardaba la ciudad. Desde sus 36 metros de altura se erguía sobre los edificios de la avenida remozada y era el eje nodal de una urbe antigua pero reinventada bajo la oferta renovada del Porfiriato. No era este el primer y único proyecto de nación. Desde el Estado todos aquellos que habían guiado los destinos del país albergaron la idea de crearla y rodearla de sus símbolos y mitos. Desde el inicio existió el consenso de que la patria, prefigurada y rastreada desde el espesor histórico del mito centralista y originario, del águila sobre el nopal comiéndose una serpiente en el centro del lago de la gran Tenochtitlan, tuvo su momento moderno con la independencia. No todos los proyectos refundacionales de la nación habían estado de acuerdo en quiénes debían ser los héroes honrados, -si Hidalgo y sus huestes populares o el Ejército Trigarante con Agustín de Iturbide al frente- ni cuál era la fecha exacta en la que debía conmemorarse, si 1810 o 1821. Pero todos coincidían en que la Independencia inauguró la patria moderna.

Así lo visualizó Antonio López de Santa Anna cuando, en 1843, abrió el concurso público, bajo el jurado de la apenas reorganizada Academia de San Carlos, para construir un monumento conmemorativo a la Independencia de México. Las bases se inspiraron en la antigüedad clásica: el monumento debía erigirse sobre una pilastra elevada rodeada de bajo relieves y estar dotada en su interior de una escalera en espiral. Entre los doce proyectos presentados resultó triunfador el del arquitecto español Lorenzo de la Hidalga. Por supuesto el emplazamiento estaría en el centro de la capital, en la Plaza Mayor

y para el mismo se propuso aprovechar las piedras del mercado del Parián, recién demolido.

La columna que diseñó De la Hidalga era grandiosa, su altura superaba las torres de la catedral. Se desplantaba a partir de un

cuadrángulo que albergaría el panteón nacional de los héroes, coronado por un balcón con balaustrada de bronce, destinada a las proclamas cívicas. Cada una de las esquinas estaría ocupada por ocho estatuas de los héroes que consumaron la independencia. Una segunda base cuadrada sería el contrafuerte de sostén de la columna y sus esquinas lucirían cuatro estatuas que simbolizarían la Justicia, la Ley, la Fuerza y la Vigilancia. El pedestal estaría revestido de bajorrelieves con escenas de la independencia y alguna que evocaba las acciones de armas del propio Santa Anna. La columna sería lisa, excepto en su parte central, decorada con 24 estrías que aludían a las correspondientes entidades que entonces componían la República, unidas por un anillo de bronce. La cornisa del capitel sostendría un mirador, rodeado a modo de barandal por un águila mexicana





posada sobre laureles. Una figura alada, bañada en oro, algo más austera que un ángel, remataría el conjunto.

Por fin, la piedra inaugural se colocó el 16 de septiembre de 1843. En la excavación se encontró una caja de zinc, que contenía el decreto de erección del monumento, el Diario Oficial, un calendario de 1843, dos medallas de plata y una de cobre y una moneda de cada uno de los tres metales, recién acuñadas. **Il. 7 y 8**

En medio de muchas dificultades por las características acuosas del suelo se erigió la base del monumento o zócalo, pero el drama nacional de los años que sobrevendrían motivó el abandono de la obra. Sin embargo, el zócalo de De la Hidalgo permaneció en su emplazamiento durante

mucho tiempo y terminó convirtiéndose en la forma epónima de la popular plaza, mientras los héroes de la independencia esperaron mejores épocas para fundirse en el bronce y el mármol de la historia. La voluntad persistía, sin embargo, pues proliferarían



los proyectos del más diverso origen a lo largo de los años siguientes, que no llegaron a plasmar en medio de la inestabilidad que promovían las pasiones políticas.

El conflictivo imperio que inauguró Maximiliano estuvo acompañado de un auge urbanístico y monumental. Al estilo de su protector Luis Napoleón, que modernizó París abriendo una red de grandes avenidas y bulevares con el apoyo del urbanista Haussmann e intencionalidad diversa, el príncipe austriaco, junto a un connotado grupo de urbanistas, artistas y fraccionadores especuladores, concibió una avenida monumental en diagonal que uniera el Paseo de Bucareli — en cuya glorieta inicial estaba situada, desde mediados de siglo, la estatua de Carlos IV (El Caballito de Tolsá)— con el Castillo de Chapultepec. Puso el trazado en manos de su paisano, el ingeniero Luis Bolland, quien con las miras puestas en las avenidas vienesas y los bulevares franceses inició la apertura en 1864. El proyecto concibió una sola glorieta para esa vía, en la que se planeó instalar una estatua de Cristóbal Colón. Abierta la avenida, pero sin ser habilitada al tránsito, no alcanzaría el segundo Imperio a ver el fin de la obra magna. Maximiliano propuso también algunos monumentos a los héroes de la independencia y llegó a emplazar el de José María Morelos y los de Agustín de Iturbide y Vicente Guerrero no llegaron a instalarse en su momento.

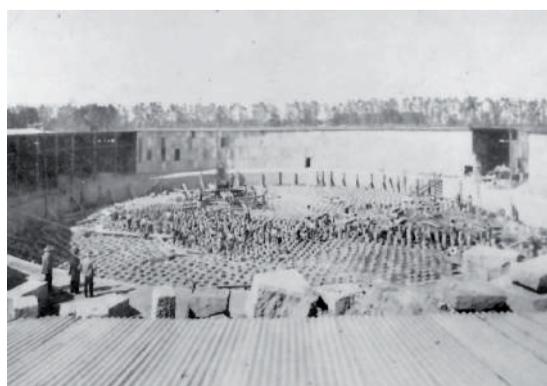
Il. 9 y 10

Los liberales que lo derrotaron reconfiguraron la avenida y la renombraron Paseo Degollado. Recién adquiriría su definitiva presencia en la nomenclatura como Paseo de la Reforma en 1872, durante el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada. Desde el ayuntamiento de la ciudad de México nacieron las iniciativas para embellecer esta calzada abierta por el invasor, que ahora recordaba la segunda independencia de México consumada con su expulsión. Ignacio Cumplido amplió sus laterales, proyectó los enjardinados y la forestó con líneas de árboles. Se acordó también dotarla de múltiples glorietsas. El riquísimo empresario

Antonio Escandón, interesado en el fraccionamiento de nuevas y confortables colonias a los lados del Paseo costeó finalmente la propuesta imperial del monumento al descubridor del “nuevo mundo”. Lo colocó, en 1877, en la segunda glorieta, en medio de celos y reyertas por haberse despreciado un proyecto de artistas mexicanos y por haber encargado su factura a un escultor francés.



El Estado porfiriano concibió el Paseo de la Reforma como el eje central del reordenamiento urbano, columna vertebral de un proyecto que trascendiera lo urbanístico y reforzara el centralismo político. Para que todo México estuviera presente en la capital y compartiese los sentimientos de integración nacional, se sembraron, a lo largo de la avenida las estatuas de “los hombres” de la Reforma de cada estado, intercalados con jarrones de forja y bancas. Muy al estilo de los Campos Elíseos y las ciudades jardín, bordeado de lujosas mansiones de la vieja y la nueva élite, que abandonaron los alrededores de la Plaza Mayor, en las siguientes dos décadas se convirtió en la conexión obligada

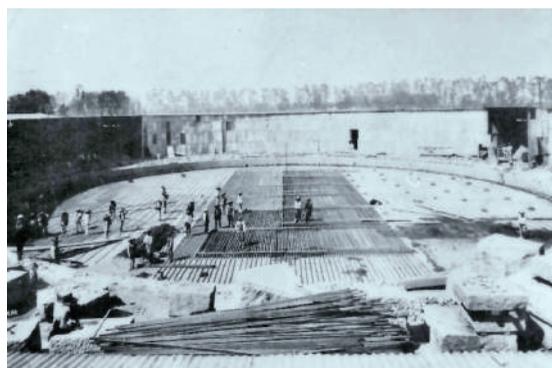


de las nuevas colonias con el centro de la ciudad de México.

Como ministro de Fomento del gabinete de Porfirio Díaz, Vicente Riva Palacio abrió los concursos correspondientes para finalizar el embellecimiento del Paseo. Así, en 1887, se instaló en la

tercera glorieta el monumento a Cuauhtémoc, primer héroe indígena en ser honrado, aunque no para honrar a las etnias originarias, en las que los liberales veían un obstáculo para la “civilización” y una traba para el progreso al que aspiraban. A Cuauhtémoc se le homenajeaba como “defensor de su Patria”, en una extrapolación mítica que fundía los orígenes de la nación mestiza con las glorias pasadas de un grupo indígena sublimado en particular,

el de los aztecas. Por el contrario, las dos grandes estatuas de guerreros que se emplazaron en 1891 frente al Caballito, en la entrada del Paseo, no gozaron de consenso y, ya cubiertas de la pátina



verde que les dio nombre, fueron retiradas al iniciarse el nuevo siglo. Los Indios Verdes, de Alejandro Casarín, no fueron espectadores del empuje final que recibió la avenida en la preparación de las conmemoraciones del Centenario.

Ils. 11 y 12

### La hora del Ángel

Con el Porfiriato llegó el momento de la paz y la consolidación del Estado que permitiría plasmar, finalmente, el acariciado proyecto de erigir un monumento a la Independencia. Cuando la secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas puso en manos del arquitecto Antonio Rivas Mercado la responsabilidad de erigirlo, habían sido pospuestos los dos proyectos anteriores.

Rivas Mercado tuvo a la vista los proyectos his-

tóricos y no dudó. Debía ser una columna como las que elevaron los grandes pueblos a sus héroes: la de Alejandro en Alejandría, la de Napoleón en Boulogne, la Antonina de Roma, la de la Vendôme de París y la de los Girondinos de Burdeos; y lo suficientemente alta como para sobrepasar las copas de los árboles y las casas. Desde su altura podría observarse toda la ciudad, desde el castillo de Chapultepec hasta el Zócalo de la ciudad. En 1902 inició la construcción, acompañado de un equipo de ingenieros dirigido por Roberto Gayol, mientras las esculturas fueron confiadas al escultor italiano Enrique Alciati.



La primera piedra se colocó a principios de enero, en presencia del presidente Díaz quien depositó sobre los cimientos una urna con el acta de Independencia y las consabidas monedas. Se avanzó en la obra, pero la cimentación inicial estuvo mal calculada y fue incapaz de resistir el peso de la estructura de acero y la cantera labrada de Chiluca que la reviste. De allí que, hacia 1906, la columna empezara a perder verticalidad y fuese necesario desmontarla para darle nuevos y más sólidos cimientos. Las fiestas del Centenario se aproximaban y es de imaginar el nerviosismo e irritación que produjo este contratiempo. **Its. 13-14**

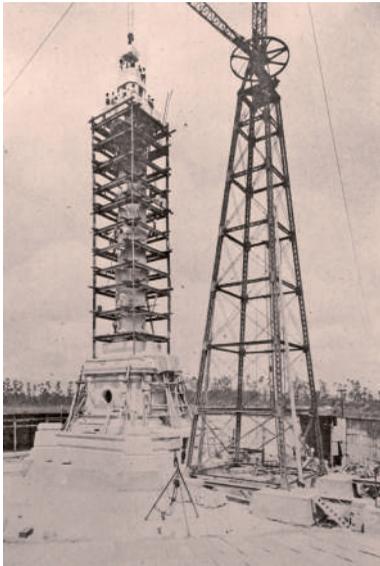
El proyecto de Rivas Mercado era, en gran medida, deudor de la antigua propuesta de De la Hidalga tanto en la configuración de la columna, con su fuste estriado, continuado por otros bloques decorados con palmas e inscripciones enrolladas en espiral, como en los conjuntos escultóricos, las águilas del capitel y la sola escultura dorada que la coronaría. Al fin obra de los liberales, el cura Hidalgo, labrado



en mármol de Carrara, ganó la escena en el basamento. Fue situado a la altura de la vista, para que no cupiera duda alguna de quién era el padre de la independencia de México, erguido por encima de un león hispánico guiado por el débil niño del nuevo mundo, en un contraste entre la inteligencia y la fuerza. Dos mujeres lo rodean: la Historia sostiene y escribe su libro y la Patria le brinda los laureles de la victoria. Cuatro estatuas lo escoltan desde las esquinas: José María Morelos, Vicente Guerrero, Nicolás Bravo y Javier Mina. Los demás, entre ellos Iturbide, quedaron reducidos a las inscripciones en los anillos y ornamentos que rodean los tramos cilíndricos que componen la columna. Cuatro estatuas sedentes en bronce acompañan el basamento cuadrangular. Simbolizan la Ley, la Paz, la Justicia y la Guerra, rodeadas por cuatro pequeños obeliscos iluminados con farolas. Como en el proyecto santanista, las águilas mexicanas rodean el capitel y sostienen un mirador sobre el que se erige una Victoria alada, al estilo de la de Samotracia, una Palas Niké, que popularmente es conocida como el Ángel. Fundida en bronce, a partir de los moldes de yeso que Alciati llevó a Italia y recamada en oro en sus casi siete metros de altura, sostiene en una mano los laureles de la victoria y en la otra esgrime las rotas cadenas de la opresión. En el vacío interior una escalera de caracol daba acceso al mirador. No fue sino hasta 1925 cuando se trasladaron a un mausoleo interno los restos de Hidalgo, Morelos, Guerrero, Leona Vicario, Aldama, Allende, Matamoros, Jiménez, Bravo, Victoria, Mina y Quintana Roo. Pocos años después, se colocó y encendió la llama votiva que arde eterna en su honor.

Como evidencia la imagen

Como evidencia la imagen



que tomó en el año de su inauguración el fotógrafo germano-mexicano Hugo Brehme, el conjunto monumental se alzaba sobre nueve escalones. El hundimiento del suelo obligó a incorporarle muchos más para compensar la diferencia de más de tres me-

tros que se ha generado a lo largo del tiempo.

Ubicado en la cuarta y más grande glorieta del Paseo, el monumento a la Independencia completó la obra de rediseñar la avenida como relicario y depósito de la memoria histórica oficial. El Paseo de la Reforma se convirtió así en una verdadera puesta en escena de la nación, un recorrido por la historia nacional, pautado por las glorietas, y sus monumentos concebidos como “lugares de la memoria”, al decir del historiador Pierre Nora. La estatua ecuestre de Carlos IV es el inicio de la aventura, Colón y Cuauhtémoc, sus monumentos intermedios, el clímax está en la Columna de la Independencia para culminar el viaje en el Hemiciclo al prócer de la Reforma. Esta evolución cíclica, fundada en la lógica racional y cientificista del positivismo, que iniciaba con la exaltación del pasado hispánico, encarnaba en el descubrimiento, para reivindicar la grandeza y valor del pasado indígena que en su conjunción habían dado origen a la nación mestiza, debía desembocar naturalmente en la cuarta evocación monumental dedicada a la Independencia.

Las conmemoraciones crean, generalmente, el contexto adecuado para la reinención de la nación. El Centenario de la Independencia nacional fue la oportunidad propicia y elegida por una élite que supo darle sustancia y condensación simbólica. La Victoria alada que posa sobre la monumental columna conmemorativa fue el complemento, el “libro abierto de la historia” es-

culpido en piedra —como deseó De la Hidalga muchos años atrás—, que permitía leer la versión oficial de un desarrollo linealmente ascendente, que llevaba a México desde las glorias del pasado hasta un futuro prometedor de infinita prosperidad, en cuya cúspide se encontraba en el Castillo de Chapultepec, la residencia oficial del presidente Díaz. Dos meses después estallaba la revolución y, como habitualmente sucede, la historia se encargaba de barrer las versiones oficiales que sobre ella labran los regímenes. **Il. 15 y 16**



#### PARA SABER MÁS

MANUEL AGUIRRE BOTELLO, “La columna de la Independencia: ciudad de México” en *Mexico Maxico* [en línea], [www.mexicomaxico.org](http://www.mexicomaxico.org).

KATHRYN S. BLAIR, *A la sombra del Ángel*, México, Santillana, 2010, 3ª ed.

MAURICIO TENORIO, *Historia y celebración: México y sus centenarios*, Barcelona, Tusquets, 2010.

\* Consultar “Columna del Ángel de la Independencia, Ciudad de México” en <http://www.flickr.com/photos/acuarela08/3432771505/>

\* Ver *Memorias de un mexicano*, Salvador Toscano, 1950. 110 min. (Ed. en DVD, 2010)

ÉPIGMENIO GONZÁLEZ

# QUERÉTARO:

LOS PRIMEROS

DÍAS



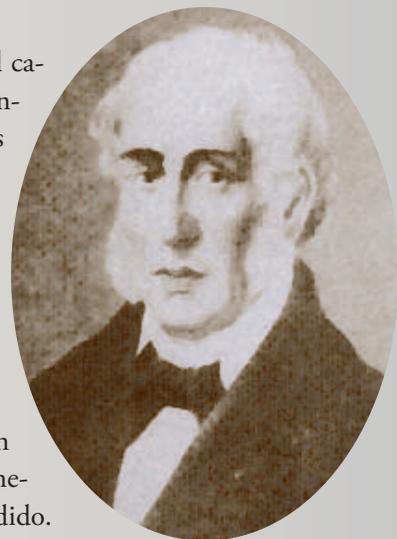
Cuando don Epigmenio González concluyó su relato ante los miembros de la Sociedad Literaria La Esperanza el día 28 de diciembre de 1853 debió haber experimentado un gran alivio. ¡Por fin se había liberado de los recuerdos que tantos años lo oprimieron, sin poder hablar de ellos, por lo menos hasta que volvió a México y aun después, pues entonces pocos le creían y no faltó

quien lo tomara por loco! Se había liberado, sí, pero algo que mucho le alegraba era compartirles con personas tan notables como don Jesús López Portillo y don José María Vigil, ellos, sin duda, no permitirían que se perdieran y así se transmitirían de generación en generación. Y es que para don Epigmenio su verdad era menester para completar la historia del tiempo en que México había



nacido, tiempo que, a la larga, fue feliz para la patria pues ganó su independencia, aunque infeliz para muchos que en el transcurso perdieron la vida o sus bienes o la libertad, incluso la honra. A ellos se los debía, naturalmente que se los debía... en primer término a su querido Emeterio, el hermano que siempre le apoyó y compartió con él la buena y la mala fortuna... Y al padre Hidalgo

y al capitán Allende y al capitán Aldama y... ¡a tantos otros! Pues bien, les había cumplido, ahora podía volver a lo suyo, estarse tranquilo, no soportar más el ayer. Sus recuerdos eran ya de los mexicanos todos.



Esa tarde invernal en Guadalajara, don Epigmenio habló largo y tendido. Habló ante una audiencia atenta e interesada sobre la parte que tuvo en la conjura de Querétaro y sobre su inmediata prisión, encomiando a aquellos que le pareció justo encomiar, como juez de Corte Juan Collado, a quien pintó como un español justo, o como el fraile filipense don Dimas Diez, el que corrió un gran riesgo al salvar del fusilamiento al pequeño tambor de Valladolid, y censurando a individuos como el capitán Joaquín Arias, a quien acusó de ser un traidor, o a los misioneros de Propaganda Fide, menos preocupados por alimentar la fe que los bolsillos del rey de España

Pero calló mucho, en particular aquello que lo atañía de manera más personal, como el papel de cabecilla que tuvo a veces o el dolor y los sufrimientos que padeció. Acaso lo hizo por recato, acaso por entender que ya no tenía caso divulgarlo y que todo bien había valido la pena ante el hecho consumado de que, finalmente, Nueva España había ganado su independencia, eso era lo que casi todos los conjurados deseaban cuando se empeñaron en procurarla y lucharon por ella. Es fácil imaginar que sus oyentes fueron corteses y que, en ese momento, respetaron y apreciaron el recato del anciano —frisaba en los 75 años—, aun cuando también, muy posiblemente, más tarde, en privado, obtuvieran de él más detalles

¿Qué calló Epigmenio González ese 28 de diciembre y que, por tanto, no registra el Memorial del que brindamos un fragmento? Lo que a la fecha sabemos —pues entonces lo supieron otros y se investigó después—; que él y su hermano Emeterio eran comerciantes y poseían una pequeña fortuna heredada de sus padres, la cual pusieron

al servicio de la conjura de Querétaro; que eran defensores fervientes de la libertad y la autonomía y por eso acudían a las reuniones “literarias” de Querétaro, ocultaban en su casa una armería donde reunían y fabricaban cartuchos, municiones y cabos para lanzas y que proveían de instrucción militar a 300 hombres en una hacienda cerca de Huichapan (hoy Hidalgo).

Atrapados en vísperas, y con evidencias más que suficientes para condenarlos, entre otras, papeles que referían a un plan revolucionario e incluso planteaban que, una vez lograda la independencia, el territorio se gobernaría con un emperador y varios reyes tributarios, se debieron enterar de lo que acontecía, tras las rejas. Al ser tan graves las acusaciones en su contra, se les trasladó a la ciudad de México. Pero de ningún modo se cruzaron de brazos, sino que colaboraron con la insurrección desde sus calabozos. Documentos situados en el Archivo General de la Nación nos dejan saber que fueron los autores de dos panfletos titulados “La Aurora Queretana” y “La proclama a los electores”, donde relataban los hechos vividos en Querétaro antes e inmediatamente después del 16 de septiembre de 1810 y que los hicieron circular entre los reos, a los que además pretendieron organizar.

Fracasaron y su condición empeoró. Al descubrir los “libelos” en 1815, a las autoridades virreinales les quedó más que claro que a los hermanos González se les debía dar un buen recaudo. Se les trasladó otra vez, ahora al castillo de San Diego en Acapulco, donde se quedaron mientras se les instruía una nueva causa, la cual terminó con una doble sentencia de muerte. Sin embargo, el recién llegado virrey Juan Ruiz de Apodaca conmutó esa sentencia por presidio perpetuo en las islas Filipinas, ya que era probable que la Corona española otorgara el perdón para los reos de deslealtad. La esperada Real Gracia del Indulto llegó en 1817, pero no a tiempo para que Epigmenio y Emeterio pudieran salvarse, pues zarparon desde San Blas en una nave con destino a Manila desde el puerto de



San Blas.

Allí vivieron durante muchos años. Retuvieron los grilletes pese a la consumación de la Independencia de México en septiembre de 1821, pues, al ser ésta rechazada por Fernando VII, se mantuvieron los castigos contra los insurgentes que aún residían en territorio de dominio hispano. Allí murió Emeterio, muy enfermo, y allí descansan sus restos. Por fin, la firma del Tratado de Santa María-Calatrava en 1836, en el que España reconoció la pérdida de su colonia, significó la libertad de Epigmenio. Sin duda, una libertad preciosa, aunque con las pesadas se-

cuelas de 25 años en prisión. Lo único que deseó entonces fue volver a México. Era imposible, sin recursos. Sin embargo, las autoridades isleñas se apesadumbraron por él y le sacaron un pasaje en un barco que salía para la península; una vez allí, se topó con un hombre dadivoso que le facilitó la vuelta a la patria, esa patria por que debió soñar todas las noches de los últimos 20 años y por la que —dijo alguna vez— sentía “verdadero amor”.

El arribo no fue tan aventurado como quizá pensó. Y es que nadie le conocía y casi nadie le recordaba. De no ser porque le rescató con una pequeña pensión mensual y el cargo honorífico de vigilante de la Casa de Moneda de Guadalajara, habría llevado una existencia miserable. Se las arregló con esto y con un pequeño negocio, que dedicó a la transformación de la linaza el ajenjo y otras plantas. Pero la prisión y el exilio no lo perdonaron; los vecinos solían contar cómo sus facultades mentales se hallaban bastante afectadas. Desee-mos que la tarde que pasó ante los integrantes de la Sociedad Literaria La Esperanza le ayudara un poco; después de todo, nos había heredado el peso amargo y doloroso de sus recuerdos y de sus convicciones. Vivió poco más; en 1858 falleció solo, enfermo y en la pobreza en su casa del callejón de Los Pericos de la capital tapatía.

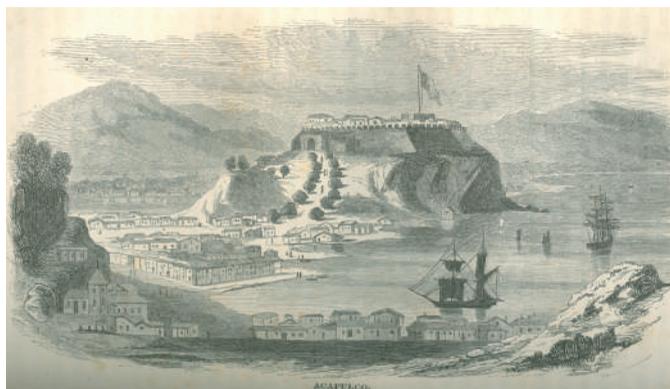
Ana Rosa Suárez Argüello  
Instituto Mora

[...] tuvimos noticia del proyecto [de Independencia de don Ignacio Allende...] por el sota-alcaide de la cárcel de Querétaro don Ignacio Pérez, agente secreto de la señora esposa del corregidor don Miguel Domínguez [...]. Pérez nos dio carta de conocimiento para Allende [...] así quedamos unidos a la grande obra, haciendo partido y [quien habla...] erogando los gastos necesarios con su pequeño capital y de su hermano don Emeterio González, ya en comprar efectos para munición; hacer pólvora por medio de algunos coheteros, con la que tenía ya hechos más de 2,000 cartuchos; acopiar armas; y en fin, en gratificar a algunos de los comprometidos, que a menudo pedían el diario para sus casas y era fuerza darles lo que pedían para tenerlos gratos.

El mes de agosto de 1810, salieron de San Miguel don Ignacio Allende y don Juan Aldama, a hacer una revista a sus aliados [...] Ambos señores llegaron a Querétaro el 24 del citado mes. A su llegada se le hizo saber al señor Allende que la noche del 12 habían asesinado alevosamente Francisco Araujo y Ramón Alejo Rincón al sargento de dragones Eugenio Moreno y a José el cohetero, el cual sobrevivió hasta el día siguiente, que todos cuatro eran del partido. [...]

En aquellos días, un oficial del regimiento de Celaya le preguntó a Allende qué sistema de gobierno seguiría hecha que fuese la Independencia. Allende contestó que él no lo había de determinar, pero que llamaría al sujeto que debía hacerlo. En consecuencia llamó al cura de Dolores don Miguel Hidalgo, quien se aprontó con la mayor brevedad. En junta que tuvimos presidida por aquel venerable anciano, se expresó de esta manera: Vamos a hacer esta revolución para poner el reino mejor de lo que está, que para ponerlo peor sería una iniquidad imperdonable. Lo que primero nos importa hacer es quitarles a los gachupines el mando, porque son los que todo nos lo han de estorbar. Todas las cosas deben seguir como están y poco a poco se reformarán aquellas que pidan remedio, con consulta de los hombres más ilustrados. En lo cual quedamos entendidos.

Poco después envió Allende a [...] llamar al ca-



pitán de granaderos del regimiento de Celaya don Joaquín Arias, para que presidiese la operación del grito en Querétaro, con el segundo batallón de Celaya, que estaba allí de guarnición. Llegado que fue y encargado del asunto, puso Allende en su poder dos mil pesos, para que gratificase a los soldados de dicho batallón, mil de los cuales exhibió [quien habla... y] los tenía en su poder y pertenecían a una obra pía, los mil restantes los agenció Allende, todos o en parte por cuenta de su molino [...].

El día mismo [en que casi...] contaba un mes de preso el asesino Araujo, cuando llamó al escribano de su causa [...] para decirle que si lo ponían libre manifestaría una cosa interesante al gobierno. El escribano lo participó al comandante de brigada Rebollo, y de acuerdo con el alcalde Ochoa, oyeron la denuncia de Araujo. Declaró saber el plan de Allende y que los González sus cuñados tenían acopio de armas y hacían partido en su ayuda.

A la media noche rodearon la casa de mi habitación con veinticinco hombres por compañía de Celaya con varios gachupines. A los repetidos golpes en la puerta de la tienda y, al descansar sobre las armas crecido número de fusiles, entendí que la cosa iba ya de veras. Abrí una ventana y se acercaron Rebollo y don Miguel Domínguez, quien me intimó le abriese a la justicia. Abrí, metieron al sereno a que registrase y habiendo hallado armas y cartuchos (los que ascendían a más de 2,000), como Araujo había dicho, comenzaron a atarnos, a los dos hermanos González [y a seis domésticos...]. A mí me llevaron al cuartel de la Alameda al calabozo de los sargentos, los siete restantes a la cárcel y los tres hombres a las bartolinas [...].

Amaneció el memorable día 15 y comenzaron por tomarnos declaración en Casas Reales. El pobre



corregidor don Miguel Domínguez manifestaba en el semblante una palidez mortal, acaso temiendo que en aquellos momentos saliese de mis labios su perdición. Ello no fue así y al salir de su apuro observé que su color natural le había vuelto.

Preguntado por [...] el escribano, a presencia de Rebollo y del corregidor, con qué motivo tenía las armas que hallaron en la casa de mi habitación la noche precedente, contesté que para resistir al francés que nos amenazaba. A lo que repuso: ¿No sabe Ud. que ese cuidado es del gobierno y no de ningún particular? Sé (respondí) que en España los gobernantes entregaron la península al enemigo y que los particulares actualmente hacen cuanto pueden por salvar la patria. Es (prosiguió) que el señor corregidor ha tenido noticia de que se trata de hacer una revolución contra el gobierno. Lo ignoro (respondí). A mi hermano y domésticos hicieron igual pregunta acerca de las armas y contestaron que yo respondería porque de nada les daba cuenta [...].

En vano esperé todo el día 15 el grito que debía dar en Querétaro don Joaquín Arias; tan lejos estuvo de querer cumplir su empeño, que el mismo día escribió el oficio siguiente, dado a luz por los editores de La Opinión No. 8: Conviene al real servicio que V. S. me mande poner preso como a reo de estado, exigiéndome los papeles que estén en mi poder [...].

Por la mañana (16) se acercaron soldados al calabozo y contaron que en la noche habían apresado a muchos, entre ellos al capitán don Joaquín Arias.

Por fin ha llegado el tiempo en que se sepa cuál fue el procedimiento de este mal mexicano. Él hizo traición a los que se fiaron de su persona; denunció en una larga lista a los que sabía estar comprometidos; disipó en el juego el dinero que le confió Allende, seguramente con el designio de no hacer nada; y en fin, envolvió al gobierno español, encargándose de ir a disuadir a Allende de la empresa o matarlo. [...]

Luego que se supo en Querétaro del pronunciamiento de Dolores,

comenzaron a abrir fosos, levantar trincheras y hacer todos los preparativos de defensa, para cuyos gastos pidió Rebollo al Ayuntamiento, albacea de doña Josefa Vergara, el dinero legado a beneficio de la Ciudad, el cual era mucho [...]. Con auxilio tan considerable, el gobierno de España tuvo para derrotar las nacientes fuerzas nacionales en las tres memorables batallas de Aculco, Guanajuato y Calderón.

[...] de todo lo que en aquellos días se hizo en Querétaro, ninguna retardó más lograr la Independencia, ocasionando y manteniendo la guerra por espacio de once años, que la misión extraordinaria que hicieron los religiosos, a quienes el vulgo llamaba Padres Santos, los Apóstoles de Propaganda Fide. A la verdad que estos misioneros cumplieron en cuanto les fue posible con su verdadera misión, la regia; trabajando, permítaseme la expresión, no en la viña del Señor, sino en la mina del rey de España.

Estando [Manuel de] Flon en aquella ciudad con fuerzas tan superiores a las de la insurrección, no se determinó a salir ni a una legua de allí cuando pudo auxiliar a los realistas de Guanajuato, temeroso de que su ejército, que era de puros criollos, se le desbandase; este inconveniente se evitó con la misión expresada. A mañana y tarde iban los frailes a predicar a los cuarteles y, cuando consideraron que estaban bien seducidas las tropas, que habían apagado en ellas los sentimientos del amor patrio y que estaban a toda prueba por la causa de España [Flon se reunió con Félix María Calleja y ...] regre-

saron a Querétaro a continuar disfrutando de las saludables doctrinas de los frailes gachupines. Estos sacrílegos misioneros no se contentaron con predicarle a las tropas realistas, salían también por las calles con la corona de espinas, la soga al cuello y el Santo Cristo en las manos, alentando a todo el pueblo a la guerra a muerte contra sus mismos nacionales, predicando en las iglesias y en las plazas proposiciones las más opuestas al espíritu del Cristianismo. Conservo en la memoria las expresiones de uno de ellos [...]: Algunas personas timoratas creen hacer pecado deseándoles mal a los insurgentes, y yo, para seguridad de sus conciencias, les digo, que no pecan con desearles, sino que pueden sin pecar hacerles todo el mal posible, porque se lo hacen a los enemigos de Dios, del Rey y de la Patria. [...]

Salieron de Querétaro Calleja y Flon con dirección a México al llamado de [l virrey] Venegas y en Aculco se encontraron con el ejército mexicano. En una exposición que hizo Calleja al ministro de España le dijo que en aquel punto (Aculco) temía que los suyos le faltasen, por no poderse persuadir de que los sentimientos del paisanaje dejaran de obrar en ellos. Pronto salió de la duda, pues hicieron fuego a los nuestros hasta derrotarlos y hacerles muchos muertos y prisioneros [...]. Regresó Calleja a dicha ciudad con sus prisioneros y allí manifestó su intención de fusilarlos, mas los principales vecinos intercedieron por ellos y solo fueron destinados al suplicio siete u ocho en quienes cayó la suerte fatal.

Caminando al patíbulo estos desgraciados por la calle del Hospital, se hallaba allí casualmente el filipense don Dimas Diez de Lara, quien observó que entre ellos iba un niño de pocos años nombrado Pablo Armenta, tamborcito de Valladolid. No pudo menos nuestro heroico don Dimas que arrojarle a quitarle, hecho que mereció tanto aplauso que Armenta fue perdonado y los demás murieron en la Alameda.

[...Al magistrado don Juan Collado] encomendó Venegas la formación de las causas de los presos de Querétaro, a donde pasó con [...] un



escribano, un ayudante de la reina, un alcaide y una escolta de milicias de México. Puso su juzgado en San Francisco, a donde yo estaba desde que se mudó allí el regimiento de Celaya, recogió allí los presos de su jurisdicción sacando de la cárcel a mi hermano Emeterio [y a mis domésticos...]. Principió por dar libertad al corregidor don Miguel Domínguez que estaba preso en la Cruz y a su esposa reclusa en Santa Clara, y continuó en darla poco a poco a los acusados por el capitán Arias que eran muchos. Sin embargo de esta baja eran tantos los presos que entraban diariamente por nuevas delaciones que fue necesario reducir a los religiosos al noviciado, dejando el resto del convento para prisión, no solo de los presos de Querétaro, sino también los sacerdotes tomados en Aculco y los que hicieron en Guanajuato [...] y varios [más...], a quienes no se determinó Calleja a fusilar en aquella ciudad.

Por supuesto le entregaron a Collado los papeles que me hallaron y por ellos se me hicieron cargos los más pesados, enviando al virreinato copia de ellos. Para tanta causa como diariamente se formaba, era sin duda poco el papel de resma y media que le dio el virrey Venegas a Collado.

Un día de tantos que esperaban a Allende [...] cuando [éste] caminaba a [l monte de] las Cruces, alarmados los gachupines comenzaron a fugarse para México. Collado tomó el mismo partido y el ayudante empaquetó las causas y todo el juzgado salió en fuga. En el camino le salió una división de don Julián Villagrán y fueron conducidos prisioneros a Huichapan. Villagrán le preguntó [...]

con modo áspero que cuántos había ahorcado en Querétaro, le contestó que a ninguno. ¿Pues de que han servido esas causas? (que también fueron apresadas). Respondió que por ellas constaba que no se había quitado la vida a nadie. Pues bien, dijo Villagrán, quemarlas y fueron incendiadas en la plaza.

Nunca pude saber de cierto en que consistió que Collado y sus agentes hubiesen salido libres del poder de Villagrán; lo cierto es que volvieron a Querétaro muy mal parados [...]. Temíamos los presos que Collado vengase sus injurias y malos tratamientos tratándonos mal, mas no fue así, se portó con nosotros con mucha moderación. En cuanto a la causa mía y de mi hermano, se sacaron copias de las enviadas a México para formarlas de nuevo y, estaba en la confesión de cargos, cuando Collado, enfadado de tan ímprobo e interminable trabajo, regresó a México [...].

Una vez que estaba yo presente en el juzgado, se expresó Collado así [...] Han preguntado que cuando empiezo a hacer ejecuciones. Que me revista yo de autoridad, que no lo hago porque no quiero, y les haré ver quiénes son los verdaderos

reos de esta causa. Esta plebe de España, estos hombres sin educación que han venido aquí a ser gente, son los que nos han perdido.

En honor sea dicho de la integridad de este magistrado español. Guadalajara y diciembre 28 de 1853.

#### PARA SABER MÁS

Mier y Terán, Marta y José Antonio Serrano, Las guerras de independencia en la América española, México, El Colegio de Michoacán, Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2002. (Memorias)

Agraz García Alba, Gabriel, Epigmenio González Flores, patriota y mártir insurgente, Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco, Guadalajara, 2007.

Taibo II, Paco Ignacio, El cura Hidalgo y sus amigos. 53 viñetas de la guerra de independencia, Zeta, México, 2007.

“Fuerte de San Diego, Acapulco” en <http://www.youtube.com/watch?v=qgFzLJ6El7s>.